

Lily
Cerda



Las Hermanas
Wadlow



LAS HERMANAS WADLOW

Por: Lily Cerda



Derecho de Autor

Las Hermanas Wadlow© 2019 por Liliana Cerda.

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibido, sin autorización escrita de la autora y los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos del autor, Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o difundida, en ninguna forma o ningún medio, sin el permiso previo y por escrito del Autor.

Dedicatoria

A mí Dios, por su amor inefable, por su fidelidad, porque no es hombre ni hijo de hombre, para mentir.

Una herencia escogida. Salmos 16

Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado. Oh alma mía, dijiste a Jehová:

Tú eres mi Señor; No hay para mí bien fuera de ti.

Para los santos que están en la tierra, Y para los íntegros, es toda mi complacencia.

Se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios.

No ofreceré yo sus libaciones de sangre, Ni en mis labios tomaré sus nombres.

Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; Tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, Y es hermosa la heredad que me ha tocado.

Bendeciré a Jehová que me aconseja; Aun en las noches me enseña mi conciencia.

A Jehová he puesto siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido.

Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; Mi carne también reposará confiadamente;

Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea

corrupción.

Me mostrarás la senda de la vida; En tu presencia hay plenitud de gozo;
Delicias a tu diestra para siempre.

Os querré siempre y para siempre.

L.C

Pr ó logo

Los señores Wadlow formaron sus hijos con respeto y bajo los mejores códigos morales y éticos, que un vicario, pueda darles a sus tres hijos.

El mayor, el señor Frederick Wadlow, se marcha de su lado, para forjar su futuro en la marina, tomando sus propias decisiones, las cuales, marchará su vida.

La señorita Layla Wadlow, es más prudente y rescatada, desde niña su actuación es la de una completa dama, más, al crecer, un amor imposible, marchará un cambio de actitud para ella, haciendo que acepte una propuesta impensable.

La menor de los Wadlow, la señorita Phoebe, soñadora, alicantina y con una verdadera espontaneidad al hablar, con su belleza se ganará la admiración de dos caballeros, uno audaz y picaron, que le enseñará el dolor, el otro caballero, la amará en silencio, más, la apartará de su entorno, haciendo que su familia sea desterrada de lo que siempre conoció como hogar, ella lo culpa y le odió, más aprenderá con el tiempo, que todo eso, puede hacer un caballero, por amor.

Los señores Wadlow por amor a sus hijos, dejaron que ellos tomen sus propias decisiones, así como también, que sean capaces de llevar las consecuencias de sus errores.

Una historia donde el primer beso, no es el último, y donde la felicidad, se escapa de las manos, para volar a un solo lugar, su corazón.

Tabla de contenido

[Derecho de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Tabla de contenido](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Fin](#)

Capítulo I

Las hermanas Wadlow estaban tranquilamente en la pequeña sala de estar, disfrutando de una taza de té, cuando su madre acompañada de la señora Wyatt, entraron en la estancia hablado sin detenerse y muy enfocadas en el tema de conversación, como si ellas no estuvieran presentes, y es que la madre no advirtió la presencia de sus hijas.

La señora Wadlow expresó:

—Hay parejas que ulterior de enlazados, y que los años transcurren, se vuelven silenciosamente enemigos.

—¿Enemigos señora Violet? No comprendo.

—Le explicaré, amiga Samanta, con el paso del tiempo, cada uno comienzan a ver las faltas del otro, la monotonía, la cotidianidad y la excesiva confianza va rompiendo poco a poco ese cordón invisible del amor y respeto. No hay que ser muy estudiados, para darnos cuenta, que así comienza la agonía de un amor.

—¿Cree usted que es eso lo que nos ocurre a nosotros?

—Usted es la que me está narrando sus problemas.

—Es verdad, nosotros para las personas de afuera, somos una pareja feliz, más los que conviven con nosotros saben, que no es verdad, vivimos en una guerra campal, no transcurre un día sin que los dos nos faltemos al respeto, o que la voz suba de tono, al hablar uno con el.

—Amiga, los conflictos llegan cuando el amor mengua, usted lo acaba de expresar, las guerras sin más se forman, cuando está en juego los intereses propios, más si ustedes retornan a desear los intereses del otro, eso terminará.

—Es muy fácil para usted decirlo, ya que su esposo es un santo y usted

dice apartate, en cambio, mi esposo es un egoísta, todo lo que desea es su bienestar personal, nunca piensa en mí.

—Y por eso usted ahora está pensando de la misma manera que él.

—Sí, ya me cansé de ser la utilizada, la que lleva la carga de esta relación, usted no sabe lo duro que es.

La señora Violet Wadlow sin más, escuchaba los parloteos y las quejas de la señora Samantha, en tanto, en silencio, le pedía a Dios que aquella señora por un momento estuviera consciente primero de sus faltas, entendía, que las damas que se le aproximaban para que las ayudaran, era un trabajo muy lento que se dieran cuenta primero de sus faltas, antes de señalar a de sus esposos.

—Le cuento señora Violet que mi amiga también está pasando por los mismo problemas, bueno un poco distintos, ellos se llevan muy bien con su pareja, siempre y cuando ella no hable, o al contrario, si es el esposo no habla, si uno abre la boca, comienzan los conflictos.

—Señora Samantha en la pareja siempre hay uno que es el explosivo, el flemático, el otro en cambio, es más callado, más aceptador, el que está dispuesto a callar por llevar la paz, más llega un momento, de que ese ente tranquilo, se cansa, se hastía y de ahí que comienzan los conflictos.

—Eso es lo que está ocurriendo en mi caso, ya me cansé de ser la callada, la que acepta todo, eso es, usted me comprende.

La señora Violet en ese momento escuchó con paciencia, todos los argumentos de la dama, después de un comentario, en el cual descargó todo su ira y frustración en contra de su esposo, estaba más tranquila.

—Bueno señora Violet, debo retirarme, gracias por escuchar mi dolor, y le suplico que ponga a mi esposo en sus plegarias, él en verdad lo necesita.

—Que tenga usted buen día señora Samantha, y si desea usted, pueda venir a la parroquia el viernes, así usted misma puede hacer su plegaría.

—No le prometo nada, pues los viernes son muy ajetreados, más lo tendré pendiente.

La señora Violet vio partir a la dama y suspirando, para ella se dijo, que siempre era lo mismo, ellas querían solución más no miraban el problema, deseaban que Dios la ayudaran, más ellas no querían ni siquiera pedirselo personalmente a Él, así que, caminó hacia la ventana, fue cuando distinguió a sus hijas:

—¿Señoritas que hacen aquí?

La señorita Layla la mayor respondió:

—Madre es que usted y la señora Samantha entraron en la estancia hablando sin parar, nosotras no deseábamos que ustedes se dieran cuenta de que estábamos escuchando todo.

La señora Violet observó a sus hijas, la mayor únicamente contaba con dieciocho años y la menor con diecisiete, ya estaban en edad casaderas, más las jóvenes escuchando aquellas damas que venía a pedir ayuda para sus matrimonios, al escuchar sus hijas esos problemas, ahuyentarían en gran manera, el deseo de ellas de encontrar pareja.

Fue la señorita Phoebe que logró sacar a su madre del ensimismamiento, al preguntar:

—¿Está bien madre?

—Sí querida, que me quedé recapacitando un momento, que ustedes al escuchar tantos problemas de damas enlazadas no desearán hacerlo.

La señorita Layla se ruborizó, su madre se dio cuenta al instante, ya que su hija le agradaba secretamente el hijo mayor de los señores Lee, más aquella

familia poseían muchas riquezas y era para todos bien sabido, que la madre deseaba una joven de la nobleza para su hijo y no la hija de un párroco protestante.

La señora Violet suspiró, al decir:

—Quizás no sea tan malo, que ustedes escuchen los problemas de las damas, pero no todos, sus oídos no están preparados para escuchar problemas más íntimos, así que, cuando me reúna con las damas que vienen por consejos, les pido que se marchen.

Las dos jóvenes respondieron:

—Sí, madre...

La familia Wadlow vivía en un pueblo del Este de Sussex, llamado Lewes, en una área apartada del la ciudad, en una comunidad de personas de recursos.

El señor Wadlow era hijo de un vicario, al ser el segundo hijo del caballero, eligió la vocación de su padre, a diferencia del anciano, el joven viajó a Dinamarca trayendo consigo una manera diferente de profesar, haciendo que el anciano vicario entendiera que la salvación era gratuita y que no había méritos que el hombre pudiera hacer para ganarla y que por medio de la sangre de Cristo, era la única manera de alcanzarla. El anciano señor Wadlow creyó por fe en Jesús y al partir en el carruaje de la muerte, el pueblo no deseó a su hijo en su lugar por las creencias distintas. El joven vicario fue ayudado por su amigo de Oxford dándole la rectoría de su pueblo en Lewis.

Al llegar al pequeño pueblo, el joven vicario con ayuda de Dios y su prudencia, poco a poco enseñó sus creencia, el pueblo la aceptó, más muchos de ellos, únicamente por costumbre, no por convicción.

Los señores Wadlow tuvieron tres hijos, un caballero y dos damas, el mayor poseía treinta años, estaba en esos momentos en el ejercito, el joven no poseía vocación para ser eclesiástico, así que, sus padre lo dejaron marchar, más las dos damas, la señorita Layla de dieciocho y la señorita Phoebe de diecisiete, vivían con su padres.

Las jóvenes poseían caracteres diferentes, más las dos eran muy obedientes y respetuosas, ayudaban a su madre en todo.

La señora Violet poseía un carácter tranquilo, y sosegado, su corazón compasivo la llevaba a que ayudara más de lo necesitado, haciendo muchas veces que la familia pasara más precariedad de lo necesario, el balance lo poseía el señor Wadlow que aún siendo el vicario del pueblo, entendía que debía proveer primero para su familia, él con amor y sutileza escondía un poco de dinero, para esas ocasiones.

El señor Wadlow poseía un carácter reservado, escuchaba más de lo que hablaba, más, cuando hablaba, sus palabras eran llenas de sabiduría, la prudencia era su mayor virtud, ocultaba un carácter arisco y exigente que exclusivamente lo dejaba ver al frente de su esposa y en muy raras ocasiones a sus hijos.

La hermana Wadlow caminaban por el sendero que llevaba a la mansión de los señores Lee, ese caballero, era emparentado por parte de su hermana, la cual se enlazó con un Conde. El señor Lee había sido un capitán en el ejército y al ser herido en combate, se retiró a vivir en aquella mansión que era propiedad de su cuñado, el Conde de Bute.

Fue en ese pueblo donde el señor Lee conoció a la ahora su esposa, ya que ella visitaba a una amiga y él muy audazmente le enseñó la mansión donde vivía, omitiendo el hecho de que no le pertenecía.

En ese tiempo la señora Scarlett Lee, era una joven heredera de nacionalidad americana.

Enlazándose con la señora Scarlett, el señor Lee consiguió la estabilidad económica que necesitaba, aunque la dama al principio creyó que se enlazaba con un noble, pues era el anhelo de ella ser parte de la nobleza Británica, se desilusionó al saber que su esposo era únicamente un familia lejano de uno, ya

que su actual esposo era cuñado del caballero y él no poseía ningún parentesco noble, más al pasar el tiempo, ella misma, formó una hidalguía, con las familias adineradas de Lewes, formando entre las damas, una clase alta en aquel pueblo.

Actualmente la señora Lee estaba un poco de mal humor, ya que su esposo estaba enfermo, haciéndole dificultosa la tarea de hacer eventos en la mansión y fiestas.

Las hermanas Wadlow caminaban a la mansión de los señores Lee, ya que el señor lee gustaba mucho la jalea que elaboraba la esposa del vicario, así como una mantequilla salada, por la cual, era enviada al caballero los martes la mantequilla y los miércoles la jalea, ya era una costumbre que las hermanas esos dos días, fueran a llevar el encargo a la señora Marth, la ama de llaves.

El día antes había entregado la mantequilla y ese día llevaban la jalea

Las hermanas iban calladas, cuando la menor comentó en voz baja:
—Layla mire disimuladamente hacia el camino del árbol, hay unos caballeros montados en sus corceles.

La mayor de las señoritas, distinguió a los cuatros caballeros, más el que hizo que su corazón avanzara a toda prisa, era el joven con el pelo rubio, montado en su caballo marrón. De inmediato, sus manos sudaron y su corazón deseaba correr a toda prisa, anticipando el encuentro.

—De seguro hoy llegaron los huéspedes que nos habló ayer Sandy la doncella, eso quiere decir que le entregaremos la canasta a la señora Marth y

nos retornaremos de inmediato —. Indicó la menor.

—De seguro que llegaron, Phoebe.

Los cuatro caballeros miraban hacia el sendero, el señor Lawy preguntó:

—¿Quiénes son esas dos preciosuras que se aproximan por el sendero?

El señor Oliver Lee, respondió:

—Ni las mires Maxim, son las hijas del vicario y poseen un rotulo en su frente que dice, enlace.

—¿No me digas Oliver?

El señor Clark Byrne sin más indicó:

—Nos veremos.

Sin esperar respuesta de sus amigos, se marchó.

—¿Qué le dio a Clark?

—No lo sé, Clark es Clark —. Indicó el señor Maxim.

El señor Oliver volvió a indicar a su amigo.

—Compórtese Maxim con las damas, recuerde que no está en Londres, aquí si le da un beso a una dama, es como una deshonra, y se tendrá que quedar con ella.

—No lo creo, aquí todos son campesinos.

—Mucho cuidado Max, el vicario tiene muchos amigos con influencia.

Los caballeros terminaron la conversación, ya que las dos jóvenes se aproximaban a donde estaban ellos.

El primero en desmontar de su caballo, fue el señor Oliver, seguido por su primo Lord Ethan Byrne y su amigo Maxim Lawy, los tres formaron una reverencia al ver a las hijas del vicario al frente de ellos:

—Buenos días señoritas Wadlow —. Indico Oliver.

La que respondió fue la señorita Phoebe, ya que su hermana nunca hablaba en presencia del hijo de los Lee:

—Buenos días caballeros —, indicó la señorita Phoebe haciendo una reverencia, seguida por su hermana.

—Permítanme presentarles a mi primo el señor Ethan Byrne y a mi amigo el señor Maxim Lawy.

El señor Ethan volvió a formar una reverencia con la cabeza, más el señor Lawy tomó la mano de la señoritas y depositó un beso en cada una.

Las jóvenes se ruborizaron, ya que no estaban acostumbradas a esas galanterías.

La que sin más indicó, fue la menor al decir:

—Un placer señores, más debemos continuar nuestro camino, con permiso.

Formando una reverencia, continuaron su camino.

La señorita Phoebe indicó cuando estaban a cierta distancia:

—Se dio cuenta que el más guapo de todos los caballeros, se marchó antes que llegáramos.

—Sí, tal vez tenía algo urgente que hacer.

—Oh simplemente, no deseaba codearse con campesinas, su estatus y porte es de un caballero importante.

—Usted se ha fijado mucho en él.

—Como no hacerlo, si su arrogancia es mayor que su belleza.

—No diga eso Phoe.

—Y el otro señor Lawy es un desfachatado.

—Lo dice usted porque se quedó besando su mano por más tiempo.

—Tal vez, en cambio el primo, el señor Byrne, es un picaron, se quedó mirándome como un objeto nuevo.

—Usted posee una audacia inigualable, cuando se trata de analizar el carácter.

—Quién lo dice, usted nunca se atreve a formar un juicio de nadie.

—No me gusta juzgar a las personas por la primera impresión.

—No creo que sea eso, lo que ocurre es que usted no se atreve a mirar al rostro a un caballero, en especial, a Oliver y eso que lo conocemos desde pequeñas.

—No se que me ocurre cuando él está presente, mis labios se quedan unidos.

—Eso le ocurre porque le gusta.

—No diga eso Phoebe, usted no sabe de esas cosas.

—Bueno eso es lo que dicen las novelas que me presta la señora Marth.

—Si madre se entera de que usted lee eso, le dará una reprimenda, estoy al tanto de que le gusta venir a la mansión de los Lee, los miércoles, para buscar otro ejemplar de esas cosas, esa es la razón porque se mostró tan feliz de nuestra visita de hoy.

—Usted debería leer algunas, es lindo encontrar a un caballero que la mire a una, con amor.

—¿Cómo es eso? Creí que el amor se sentía, no que se mirara.

—Bueno eso es lo que dice la escritora, y miró a la dama con amor, desde el otro lado de la estancia.

—Jjajaja, hay Phoebe usted y sus ocurrencias...

Las jóvenes llegaron a la parte trasera de la mansión, a la puerta de la cocina, miraron asombradas como desmontaban muchas provisiones de una carretilla, toda la servidumbre estaba participando, las señoritas Wadlow miraban asombradas el espectáculo, ya que había tanta comida junta que se quedaron admiradas.

La señora Marth al verlas, se aproximó a ellas y con su jovialidad acostumbrada, las saludó a las dos, posteriormente explicó.

—Señoritas Wadlow disculpe el correr que tenemos, más toda la servidumbre está muy ocupada, ya que el cuñado del señor Lee, el Conde de Bute viene para visitarnos, aunque anoche llegaron sus hijos, entre ellos, el heredero y otros caballeros muy importantes.

La que respondió fue la señorita Phoebe:

—¿De verdad señora Marth?

—Sí hija, el futuro Conde es un caballero imponente, muy elegante y es muy reservado, más el hermano es muy sencillo y mire usted, que no le gusta que lo llamen Lord, sino señor, cosa extraña para esa clase, así mismo, el otro caballero que los acompaña, es muy parlanchín, pero dejemos de hablar de las visitas, ya que estamos muy ocupados, lo que haré es llevar los tarros de jalea a la cocina y le traeré su libro a usted Phoe y pondré en la canastas las cosas para sus padres.

—Gracias señora Marth.

—De nada hija.

La ama de llaves se perdió por la puerta de la cocina, con la canasta que antes la traía la señorita Layla, y retornando poco tiempo después, con un paquete envuelto en papel marrón y la canasta en la otra mano:

Le entregó el paquete marrón a la señorita Phoebe diciéndole:

—Querida hay cuatro ejemplares, ya las he leído, así que tome su tiempo.

—Gracias señora Marth.

—Y aquí está la canasta, le entré algunas cosas que sé que a su padre le

gustará, ahora márchense, antes que la señora Lee las encuentre y desee presumir con ustedes, la llegadas de los nobles.

—Sí señora Marth, que pase usted buen día.

—Buen día señoritas.

Lord Clark Byrne observaba a las hermanas desde una distancia prudente, se quedó sin más contemplándolas.

Las jóvenes retornaron por el mismo camino, al pasar por el árbol, donde momentos antes estaban los caballeros, el lugar estaba vacío, así que, continuaron su camino, al llegar a la colina del arroyo, cubierta de hermosos árboles, la señorita Layla indicó:

—Detengámonos en ese árbol Phoe, la canasta pesa mucho.

—Está bien, cuando emprendamos la marcha la llevaré, y usted mis libros.

La señorita Layla asintió con la cabeza.

Al llegar las muchachas, pusieron la canasta en un lado y las dos se sentaron en el sedimento del frondoso árbol.

La señorita Phoe comentó:

—¿Usted cree Layla que uno de esos caballeros era el hijo del noble?

—Es posible, tal vez el caballero que se quedó dándole un beso a su mano por más tiempo.

La señorita Phoe no contestó, ya que ese caballero no le había llamado la atención, sino el otro, el que se había marchado, parecía como sacado de las novelas que leía, con su pelo rubio que contrastaba con su rostro cuadrado, le daba un aire de rey, pero su mirada era profunda con un poco de malicia sutil.

—¿Phoe me está escuchando?

—Oh sí, que decía.

—Que en esa carreta había tanta comida que se podía abastecer al pueblo y quedaba.

—Es posible.

—Para que tanta comida, si es sólo es una familia.

—Según las novelas, los nobles viajan acompañados de una gran comitiva, esas son personas que no pueden hacer nada por sí solos.

La oración quedó en el aire, cuando una voz indicó:

—No concuerdo con usted señorita.

Las hermanas Wadlow se pusieron de pie, como un resorte, sacudiéndose las faldas, caminaron al rededor del árbol, miraron asombrada como el señor Lawy estaba muy relajado recostado encima de su chaqueta, él sin más indicó:

—Disculpe que no me levante, pues me he retorcido un tobillo.

Las hermanas se miraron asombradas, más la señorita Phoe preguntó:

—¿Dónde está el señor Oliver?

—Él y Ethan Byrne se marcharon, en cambio, decidí cabalgar por este sendero, más mi caballo se enojó y al querer saltar de él, caí con la pierna doblada.

—Déjeme ver.

—¡Phoe!

—Layla hay que ver como está el tobillo.

—Creo que será difícil, tengo las botas —. Indicó el señor Maxim.

—En tal caso, debemos quitarle la bota.

El señor Lawy miró a la muchacha de cara de niña y ojos saltones, con asombro.

La muchacha de inmediato, puso mano a la obra, diciendo:

—Layla agarre la pierna del caballero.

—¿Qué?

—Usted debe sostenerla, cuando saque la bota.

La mayor asintió, la menuda muchacha de inmediato comenzó su faena y aunque le dolió cuando ella sacó de un tirón la bota, posteriormente, sintió alivio.

Ella con tranquilidad quitó el calcetín y el tobillo del caballero estaba hinchado.

—Debemos buscar ayuda, ¿Dónde está su caballo?

—No lo sé, me tiró al suelo y salió corriendo.

—Una de nosotras debe llegar a la rectoría para pedir ayuda, ya que la mansión está más lejos.

La señorita Layla indicó de inmediato:

—Caminaré a la rectoría, usted Phoe quédese con el caballero.

La señorita Phoe miró asombrada a su hermana, ya que era extraño que ella tomara iniciativa en algo.

Sin esperar respuesta, la señorita Layla acercó la canasta y indicó:

—Dele un poco de vino al caballero, Phoe, eso le ayudará con el dolor.

—Sí.

Sin más, la mayor continuó el camino, con los libros de su hermana en las manos, en tanto, la señorita Phoe abrió la canasta, asombrada por la cantidad de cosas que contenía, más divisó la botella de vino, pues a su padre le gustaba, ya que era importado, la señora Marth lo sabía y siempre le enviaba un poco, más esta vez, había una botella.

El señor Lawy la observaba callado, disfrutaba mirando en el rostro de la muchacha, sus distintas emociones, primero asombro, después complacencia y por último, desconcierto, todas esas emociones en un segundo:

—Ustedes tienen un pic nic.

—¿Qué?

—Usted y su hermana con esa canasta.

—Oh no, esto se lo envía la señora Lee a nuestra madre, es como un intercambio, mi madre le envía mantequilla y jalea que al señor Lee le encanta y ella le remite otras cosas.

—Entre esas cosas, vino.

—Sí, pero no tengo donde servirle.

—No se preocupe, deje el vino y venga a conversar conmigo.

—No creo que sea prudente.

El señor Lawy no hizo caso a las palabras de la muchacha, continuó poniéndole conversación:

—¿Usted es la menor de las dos?

—Sí.

—Únicamente de apariencia supongo, ya que usted es la que toma la iniciativa.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted posee una determinación en la mirada que no la posee su hermana, además de un carácter libre.

—¿Carácter libre?

—Sí, le gusta explorar, pero al mismo tiempo soñar, es energética y atrevida, esas cualidades la hacen ver muy atractiva a los ojos de nosotros los caballero, más al mismo tiempo, imposible de alcanzar.

—¿Por qué dice usted eso?

—Pues usted señorita Wadlow será la perdición de cualquier caballero, si usted se lo propondría.

—No deseo que nadie se pierda por mi culpa.

—Jajaja, Jajaja, además ingenua, es usted la revelación de las quimeras de un caballero.

—No, comprendo.

—No hace falta, pero le diré que es usted la dama más hermosa que he

visto y eso que he viajado mucho.

—Mi hermana Layla es mucho más hermosa.

—En algunos aspectos, pero ella ya posee dueño, en cambio usted su belleza es diferente, su rostro pequeño está muy bien proporcionado y.

—Espere señor Lawy, usted dijo que mi hermana tiene dueño.

—No me ponga asunto en ese tema.

—Pero, usted lo dijo.

—Eso es impresiones de caballeros, cosa que uno nace —, el señor Lawy no deseaba confesar a la muchacha que su amigo Lee estaba interesado en ella, así que indicó —, su hermana ya le entregó el corazón a un caballero.

—¿Cómo sabe esas cosas?

—Nosotros los caballeros con mucho mundo, nos damos cuenta de esas pequeñas sutilezas.

—Usted debería escribir novelas.

—No me diga que una dama como usted, lee esas cosas.

La señorita Phoebe se sonrojó, ya que habló sin pensar.

Al ver el señor Lawy que la muchacha se ponía roja de aquella manera, quiso enmendar su falta diciendo:

—Como usted posee un espíritu libre, creo que es normal esperar que lea esos libros, ya que ellos le ayudan a soñar con un príncipe azul.

Se formó el silencio, en aquel momento, la señorita Phoebe para cambiar de tema preguntó:

—¿Quién era el caballero que se alejó, cuando nosotras llegamos a donde estaban ustedes?

—Oh él, es Clark hermano de Ethan, es un caballero con un alto concepto de las cosas.

—No, comprendo.

—Hay caballeros que se rigen por un código secreto del deber y del comportamiento, Clark es uno de ellos, no permiten que las emociones lo controlen, es como si fuera cuerpo humano y corazón de hierro.

El señor Lawy comprendió que a la joven quien le llamó la intención fue su amigo Clark.

La señorita Phoebe sonrió, ya que eso mismo caviló del caballero, pero ella no comprendía que le había llamado tanto la atención de él, más retornó a la realidad, pues escuchó en esos momentos, unos cascos de caballo, así que se puso de pie y caminó un poco fuera del árbol.

Se aproximaban dos jinete y uno de ellos traiga a otro caballo.

El señor Oliver la divisó y encaminó su caballo hacia la colina, en tanto, la señorita Phoebe agitaba la mano.

Los dos caballeros llegaron a donde estaba ella, sin más, el señor Oliver preguntó:

—¿Dónde está Maxim?

—Descansando debajo del árbol.

—Nosotros nos encontramos con su hermana.

—¿Layla está en la rectoría?

—Sí y nosotros nos encargaremos de Maxim.

Diciendo eso, los dos caballeros desmontaron de su montura, ataron los caballos al árbol y caminaron hacia donde estaba el caballero sentado.

El señor Byrne únicamente le hizo a la joven, una reverencia, con la cabeza y continuó hacia donde estaba su amigo.

—Maxim que le ocurrió.

Este visiblemente asombrado de que sus amigos lo encontraran tan rápido, dijo en voz baja:

—¡Que inoportunos!

El señor Oliver echó un vistazo a Ethan, el cuál, miró desconcertado al caballero que estaba en el suelo.

El señor Oliver indicó:

—Vamos a montarlo en su caballo.

—No es seguro, ¡Ese caballo lo derribó! — Exclamó la señorita Phoebe.

Los amigos se volvieron a mirarse, en tanto, el señor Maxim se encogía de hombros.

—Pues en ese caso, lo montaremos a usted en mi caballo y tomaré el suyo, ya que ese caballo fue siempre de mi propiedad —. Indicó el señor Oliver, con doble intención.

Los dos caballeros ayudaron al señor Maxim a montar en el caballo.

El señor Byrne desde abajó, le arrojó la bota, ya que estaba visiblemente enojado.

El señor Oliver montó el caballo del señor Maxim, pero cuando el señor Byrne iba a montar el suyo, percibió que la joven se quedaría sola y además, tenía la canasta, su amigo miró la indecisión en su rostro y comentó:

—Ethan puede usted escoltar a la señorita Wadlow a la rectoría, lo haría, más este caballo derribó a Maxim y no es adecuado para montar a una dama.

El caballero miró asombrado a su primo, más, por cortesía indicó:

—Desde luego.

Los otros dos caballeros se marcharon, y la señorita Phoebe buscó la canasta, cuando retornó el señor Byrne indicó:

—Permítame sostenerle la canasta, para ayudarla a subir.

—¿A subir?

—Sí, la llevaré a la rectoría.

—¡Los dos en un caballo!

—Sí, mi caballo es fuerte.

—No es eso señor, es que eso debe ser impropio.

—Impropio, no lo creo, pero si usted desea la desmontaré antes de llegar al sendero del pueblo, y continuará usted sola.

—Eso no cambia el hecho de que montamos juntos.

—No crea usted señorita que por llevarla en mi caballo, pueda suceder cosas, deje de imaginarse situaciones que son ajenas, ahora decida, montar el caballo o caminar todo el trayecto sola, con su canasta.

—Está bien, montaré su caballo.

La muchacha puso la canasta en el piso y el señor Byrne la ayudó a subir, en seguida, le pasó la canasta y subió al caballo.

Desde el momento en que lo hizo, sintió el cuerpo de la muchacha próximo al de él, se dio cuenta que se había equivocado, una electricidad pasaba por su cuerpo, y cuando pasó la mano por la cintura de la muchacha, la corriente se convirtió en fuego. Ella también experimentaba lo mismo, ya que ella estaba rígida entre sus manos.

Él llevaba el caballo a paso lento, ya que no deseaba llegar al pueblo, aquella sensación era placentera para él, pues hacia mucho que no se sentía atraído de aquella manera. Las damas que conocía no esperaban que él admirara su forma, eran ellas la que se le insinuaban con miradas y coqueteo, más aquella era muy inocente, esto hizo que la deseara besar.

La señorita Wadlow indicó:

—Podemos ir un poco más rápido.

—¿Por qué? ¿Está incomoda?

—No, es que tenerlo tan junto a mí, me hace sentir nerviosa.

La sinceridad de la muchacha lo hizo soltar una carcajada.

—Jjajaja, Jjajaja.

—¿Por qué se ríe de esa forma?

—Disculpe señorita Wadlow, más su sinceridad lo amerita.

—¿Mi sinceridad?

—Así es, usted acaba de decir que le agrado.

Ella se movió incomoda al escuchar las palabras del caballero y sin más indicó:

—Lo siento señor, más esas no fueron mis palabras, lo que expresé es que estaba nerviosa.

—Así es, nerviosa porque le agrado.

—No, nerviosa porque es la primera vez que estoy tan próximo a un caballo y además, uno que mira con esa picardía, juzgo que esa es la razón de mi nerviosismo, si fuera escoltada por otro caballero que no fuera usted.

—Es decir por Maxim.

—Si estuviera siendo escoltada por el señor Maxim, tuviera temor.

—Jjajaja, Jjajaja.

—Y si fuera el caballero que me agradara estuviera muda, como se queda mi hermana al frente de Oliver.

Al darse cuenta lo que había dicho, se llevó una mano a la boca.

El señor Byrne se hizo el que no escuchó esa parte, y comentó:

—¿Entonces su nerviosismo es porque no le agrado?

—Bueno, sí.

—En ese caso, voy a tener que cambiar esa parte.

Sin más, detuvo al caballo, la mano que tenía en la cintura la llevó a la barbilla de ella y la giró hacia un lado, donde descendió su rostro y tomó los labios de la joven, arropándolo con los de él.

La señorita Phoe al principio estaba sorprendida, después asustada, pero cuando experimentó el éxtasis del beso se le quitó las fuerzas, era tan suave que deseaba quedarse entre los brazos de el caballero para siempre, y cerró los ojos, para disfrutar cada momento.

El señor Byrne deseaba someter aquella chiquilla, desde que la vio deseo besas aquellos labios rojos, más no deseaba llegar tan lejos, únicamente asustar a la muchacha, para que no jugara con caballeros, más al tocar su barbilla y tener tan cerca aquella tentación, sin pensar sucumbió en ella, dejándose arrastrar hasta lo más hondo, de tal manera, que no deseaba emerger, prefería ahogarse en ella, más la prudencia le envió una pequeña luz y se ferró a ella con poca fuerza que lo hizo subir a la superficie.

Separó poco a poco sus labios de los de ella.

La observó un instante, en verdad que ella era hermosa.

La observó ella aún tenía los ojos cerrado y sonrió.

Cuando ella abrió los ojos, él comentó en voz ronca:

—Debo llevarla.

Ella se sonrojó y giró la cabeza al frente, quedándose silenciosa.

Él otra vez colocó su mano en la cintura, pero está vez, la apegaba más.

Cuando llegaron al camino que llevaba a la rectoría, él detuvo el caballo, más no se desmontó.

La señorita Phoebe sabía que debía decirle que la ayudara a descender, más le gustaba aquella sensación que sentía, aquel calor que emanaba de él reconfortaba su ser, como si fuera el príncipe que siempre estuvo buscando.

Ella sintió que los labios de él descendían hasta su cuello y se quedaban allí.

Un escalofrió y una necesidad de ser tocada invadió su cuerpo.

Lo escuchó decir:

—Ahora mismo estoy dispuesto a huir con usted lejos, más no puedo, no debo, lo que sentimos es algo pasajero e imposible, más permítame disfrutarla de usted, únicamente esta vez.

La señorita Phoebe no comprendió las últimas palabras, más se dejó llevar por los labios de él, que comenzaron a recorrer su cuello hasta que encontraron el camino de sus labios y cuando los dos se juntaron todo su alrededor desapareció.

Un momento después, el señor Byrne recobró la conciencia y detuvo el beso, y en una lucha campal con su ser, descendió del caballo, tomando la canasta de la muchacha y colocándola en el suelo, más, cuando la ayudaba a descender, no pudo dejarla ir, la atrajo a su cuerpo, más no la besó, la miró a los ojos y se aproximó al oído para decirle:

—Sé que no debí besarla, pero es algo que no pude controlar, le haría una promesa de amor ahora mismo si pudiera, más no puedo, ya mi destino está trazado.

—¿Su destino trazado? ¿No comprendo?

—Muchas veces las cosas no salen como deseamos.

La señorita Phoebe se sorprendió por la confesión.

—¿Usted está comprometido?

—Aún no, más ahora que la he conocido a usted, todo a cambiado.

—Por favor, dejemos esto así, será lo mejor, se lo ruego.

—Usted tiene razón, más prométame que usted también lo olvidará, no deseo que usted sufra por mi culpa.

—No, será tan fácil.

Él sin más giró su rostro, al hacerlo se encontró con que los sus

hermosos ojos de ella estaban empañados con lágrimas, en su deseo de consolarla, la iba a volver a besar, pero cuando soltó su cintura, ella se alejó de él, tomando la canasta, corrió a toda prisa por el sendero, en lo que el señor Ethan Byrne la observaba y comprendió, que como la conoció la perdió.

El señor Ethan Byrne se quedó contemplando un rato por donde la muchacha se perdió, con letargo y lentitud retornó a la mansión.

La señorita Phoebe sabía que no podía quedarse más tiempo, al lado de aquel caballero, así que, aprovechó que él aflojó su agarre y se liberó, corriendo por el sendero, sintió muchas emociones juntas, asombro, por encontrar su príncipe de aquella manera, dolor, porque, aunque él no le fue honesto, le pertenecería a otra y miedo, puesto que no sabía que ocurriría de ahora en adelante.

El señor Byrne entró a la mansión y de inmediato salió a su encuentro la señora Lee.

—My Lord todo bien, mi hijo nos explicó lo ocurrido.

—Todo bien, señora Lee.

—Los sirvientes de su padre llegaron y con ellos también su equipaje.

—En tal caso con permiso, me marchó a mi recámara y por favor, envíeme el almuerzo.

—¿No descenderá usted?

—No, estoy muy cansado.

—Como usted desee My Lord.

Aquella dama era muy extraña, muchas veces se comportaba con suma rigurosidad y en otras ocasiones con demasiada confianza, con ella no se sabía cuando se comportaría de una u otra forma.

Subió las escaleras y se encontró a Oliver hablando con su hermano Clark, él lo miraba imperturbable, como si con la mirada lo censuraba, más el semblante estaba como siempre.

Su primo al verlo, le preguntó:

—¿Cómo le fue, Ethan?

—Oliver deseo hablarle y si usted desea acompañenos Clark.

—¿No me diga que la pequeña Phoe lo mordió? —Preguntó el señor Oliver al ver la desilusión de su primo.

—Más que eso amigo.

El señor Clark avistó a su hermano, controló sus emociones y sin ninguna expresión, indicó:

—Hable con Ethan, después concluimos Oliver.

El señor Clark Ashton Byrne continuó su camino hacia su recámara, pues una rabia implacable invadía su ser, no podía escuchar la conversación de su hermano y su primo, pues no desea tentar a su aplomo.

Los dos caballeros entraron en la recámara del señor Ethan, el señor Oliver de inmediato tomó asiento en el diván que estaba al frente de la chimenea, su amigo caminaba de un lado a otro, en tanto le narraba lo ocurrido, el señor Oliver al escuchar lo ocurrido, ponía la cara de asombro.

—¡Por qué hizo eso Ethan!

—La primera vez no fue intencional, más después que aprobé sus labios, fue imposible resistirme.

—Oh Ethan, usted ha confundido a la pequeña Phoe, va hacer que la

muchacha imagine cosas que no son, la conozco se estará haciendo ilusiones.

—No lo creo, al final fui sincero.

—Le dijo que usted es hijo de un Conde.

—Eso no.

—Y sobre su futuro enlace, le habló usted.

—Le expliqué que lo nuestro no podía ser.

—A la sazón, no le dijo que usted está comprometido que dentro de poco se enlazará.

—No con esas palabras.

—¿Qué hizo ella?

—Se apartó de mí y se marchó.

—Pues nada amigo, eso quedó ahí, de seguro Phoe analizará las cosas y más tarde lo olvidará.

El señor Byrne no dijo nada más, tal vez su amigo tendría razón, no debía hacer planes y conjetura tan pronto, mejor se tranquilizaba, y tomaría las cosas con calma.

—Tienes razón esa muchacha es muy joven...

—Hablando de otra cosa, me confesó Maxim que fue él que dejó ir al caballo, pues alcanzó a ver a las dos hermanas que iban para donde él estaba, así tendría la oportunidad de conversar con ella, pero cuando caminaba a sentarse en el árbol, resbaló y sintió el dolor en el tobillo, fue cuando llegaron las hermanas y lo ayudaron.

—A Maxim la dama que le agrada es la señorita Phoebe, pues él sabe que la otra es intocable —. Comentó el señor Ethan.

Su amigo lo miró asombrado y preguntó:

—¿Intocable?

—Así es, la dama ya posee dueño, usted bien lo sabe Oliver.

—No la he rotulado.

—Usted no, más el corazón de la joven late por usted, es evidente para cualquiera, ella al mirarlo lo hace con devoción.

—Eso es tonteras de muchachas.

—Pues si es así, si a usted no le interesa la dama, le sugiero que ponga distancia y que no le sonría como un embelesado enamorado.

—En ningún momento le he sonreído de esa manera a la señorita Wadlow.

—Como usted diga.

El señor Oliver se puso de pie del diván y preguntó:

—¿Vas a almorzar?

—No, le he pedido a su madre que me envíe una bandeja, tengo que hacer muchas cosas.

—Entre ella, poner su mente clara.

—Eso se lo dejo a usted, pues si otro caballero llegara a este pueblo y observara a la bella señorita Layla, creo que usted estará en graves problemas.

—Ella es libre, puede elegir.

—Así es, pero usted sufrirá por su terquedad, pues su mirada lo delata, usted se muere por esa joven.

—Mi buen amigo, que usted este cautivado por la hermana, no quiere decir que todos seamos igual que usted.

Diciendo eso, salió apresurado de la recámara de su amigo, antes de profundizar en el asunto...

La señora Viole Wadlow había advertido que su pequeña hija estaba muy

distante, la muchacha siempre había sido muy vivaz y habladora, más en esos días, se le percibía nostálgica y retraída, así que le preguntó a su hija mayor:

—Layla hija, sabe usted que le ocurre a Phoe.

—No madre, ella está actuando de manera extraña desde algunos días.

—Le preguntado usted el motivo.

—No madre, usted conoce a Phoe, ella hablará a su tiempo.

—Nunca la había visto así, hasta su padre se ha dado cuenta.

—No se preocupe, usted conoce a Phoe, un día de estos vuelve a ser la misma.

—Eso espero querida.

El Domingo se presentaron en la capilla el Conde y su esposa, tomaron su lugar en su banco, había transcurrido muchos años desde la última vez que ellos lo ocuparon, en su ausencia, la familia Lee los usaban, cosa que aumentaba la arrogancia y el orgullo de la señora Lee.

El Vicario habló esa mañana de manera calmada, como de costumbre:

—La vida de una persona que cree en Jesús, debe ser diferente a los demás, no por ser perfecto, sino porque el Espíritu de Dios Santo mora en nosotros, si tomamos tiempo para leer, y mi meditar en su palabra, ella nos transformará, poco a poco iremos pensando como Jesús, más si no tomamos tiempo para estar a los pies de Dios en oración y meditando en su palabra, no podemos cambiar con solo entrar por esa puerta y escuchar mis palabras por una hora, en la cuál, su mente está divagando, retrayéndose en las cosas que ha dejado de hacer o la que le falta. Saben, son muchas las ocasiones que me pongo a reflexionar sobre las emociones, está semana pasada puse atención e inquirí en esta pregunta ¿Cuándo una emoción proviene de mi Espíritu Santo y

cuando es creada por mi propia naturaleza? Buscando entre unos manuscritos viejos, encontré esta suposición, es de Jonathan Edwards, voy a parafrasear sus palabras. “ Por un momento imagínese a una persona que teme ir al infierno, así que asiste cada domingo a una capilla, en una ocasión satanás llega y la engaña, haciendo que piense que Dios ha perdonado sus pecados, más debe ayudarlo un poco, le susurra al oído, debe hacer obra de caridad y ayudar a los pobres, esa persona se siente salva, está cumpliendo con todo, asiste siempre a la parroquia, ayuda a los pobres y no le hace mal a nadie, según esa dama o caballero, ya tiene el cielo ganado y satanás lo anima diciéndole en sueño o por falsos maestros, usted es una persona buena y caritativa, usted va a ir al cielo.

—Muchas personas incluso piensan que escuchan la voz de Dios, y cavilan que son salvas, más no poseen un conocimiento real de como en verdad se llega hacer salvas, esta mañana, deseo subrayar, que hay un solo camino para llegar al cielo, no hay veredas, atajos o caminos alternativos, solo hay uno, Jesús, dice en el Libro Sagrado: Juan 14:6. Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Hay una única manera de ir al cielo, es a través de la sangre de Cristo.

—Voy a hablarles de David que está en el Libro Sagrado, él fue rey, profeta, adorador, salmista. Fue el escritor de gran parte del Libro de los Salmos. Él había pecado, y vino el profeta Natán a confrontarlo. Al entender lo que había sucedido, David se arrepintió profundamente y escribió el Salmo 51 en el cual él clama por misericordia.

51:5 “He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre”

El rey David comprendió que había nacido en pecado y que además de eso, cometió sus propios pecados.

Eso es lo que sucede con nosotros. Todos traemos por herencia el pecado original de Adán y Eva. Hemos heredado la tendencia a pecar, lo cual hace que generemos o produzcamos nuestros propios pecados. Ósea, que los pecados que cometemos ya no son por Adán y Eva solamente, sino que nosotros somos los que estamos pecando.

—Una vez mi hijo me preguntó: ¿Por qué necesitamos un Salvador? Mi respuesta fue, porque todos, absolutamente todos hemos fallado y ofendido a Dios, nuestro Creador. Además, porque el pecado dentro de nosotros es tan fuerte que no podemos evitarlo, sin la ayuda de un ser superior. Por eso necesitamos un Salvador que no sea terrenal. La palabra “pecado” ... En griego Hamartia significa: “fallo de la meta, no dar en el blanco”. En hebreo jattáth, significa “errar”. En pocas palabras, hemos pecado voluntaria o involuntariamente; hemos desobedecido los mandamientos de Dios. Y dice en el Libro Sagrado: “Por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” (Romanos 3:23). (Estamos lejos de Dios). El pecado es algo que ofende a Dios, pero Dios Padre en su amor tan infinitamente grande, ideó un plan de salvación para la humanidad, enviando a Su Hijo Jesucristo al mundo para que por Su sangre derramada en la Cruz, pudiésemos ser perdonados por Dios y de esa manera, tener la posibilidad de entrar al cielo al morir.

Este es el primer paso para ir al cielo, debemos rendirle nuestra vida a Dios. "El que en él cree, no es condenado; mas el que no cree, ya es condenado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios." Juan 3:18. “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas el que es incrédulo al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.” Juan 3:36. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” 2 Corintios 5:17

Esto es algo que parece muy simple, pero si se hace con arrepentimiento

genuino y deseo de cambiar y seguir a Dios, es el paso más grande e importante de su vida, pues de acuerdo con el Libro Sagrado, determina su destino en la eternidad después de la muerte.

Este es el único camino para ir a Dios, lo demás en son falsos, como decía el profeta Jeremías: Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Jeremías 17:9

El Vicario concluyó dando gracias a Dios por todos por asistir y recomendándoles que vivieran lo que creían.

La Condesa al aproximarse al vicario se veía molesta, ya que el religioso solo hizo mención de ellos al principio de la reunión, dándoles la bienvenida, más después, no lo volvió a mencionar sus nombres.

Al finalizar y colocarse en la puerta la Condesa indicó:

—Señor Wadlow.

—Mi Lady una vez más, bienvenida.

La dama lo miró de lado, con arrogancia al decir:

—Usted al parecer no ha cambiado, ni porque es mi esposo que paga su manutención, continua irrespetándolo, creí que los años cambiaría su carácter, más me he equivocado.

—Mi Lady, usted no ha escuchado que entre más viejo más terco, y con respeto a lo demás, creo que está usted como siempre, encantadora.

La Condesa respiró profundo, abanicándose para no explotar, salió de la capilla, tomada de la mano de su cuñada.

—Bueno Kelian usted siempre tiene el mismo efecto en mi esposa.

—Al parecer que sí, Mi Lord.

—Jajaja, me gustaría hablar con usted de un asunto, mañana nos

reuniremos.

—Como desee Mi Lord.

La familia del Conde salió de la capilla, los cuatro caballeros que los acompañaban salieron por otra puerta, siendo observados por todos los que esa mañana se congregaron.

La señorita Phoe observaba desde lejos a los caballeros, en especial uno que en todo el sermón giraba el rostro hacia ella, eso le trajo intranquilidad y no se pudo concentrar, cuando estos se marcharon se quedó mirando al Conde y a su esposa, quedándose más tiempo de lo común en su escudriño:

—¿Le ocurrele algo Phoe?

—No madre, es que esas personas son muy pomposas.

—La Condesa en verdad lo es un poco, en tanto su esposo, es una persona amable y simple.

—¿Lo conoce usted?

—Sí hija, cuando estaba soltero siempre venía a su mansión, como sabrá, mi familia es oriunda de estas tierras, su padre era muy amigo del Conde, pues los dos asistieron a Cambridge juntos, al tomar el Condado, él dio el puesto de vicario a su padre, fue cuando el vino a tomar posesión del puesto que nos conocimos y ya ve usted, ahora después de veintiocho años, continuamos unidos.

—Entonces padre es amigo del Conde.

—Sí, más ahora vamos a saludar, no queremos que nos tilden de mal educadas, ahí se aproxima la Condesa.

—Sí, madre.

La dama pasó por al frente de la señora Wadlow y sus hijas, ni se detuvo, simplemente asintió con la cabeza y prosiguió su camino,

abanicándose con arrogancia, quien se detuvo fue el Conde:

—Señora Wadlow, cuanto tiempo, no me diga que estas señoritas son sus hijas.

—Sí, mi Lord, son nuestras hijas, las señoritas Layla y Phoebe Wadlow.

Las dos jóvenes hicieron una reverencia, más el Conde prosiguió hablando con la madre:

—Oh, le ha puesto usted el nombre de mi difunta hermana a una de sus hijas.

—Sí mi Lord, le quisimos poner su nombre, por la amistad que nos unía.

—Qué bien, veo que sus hijas son hermosas al igual que la madre.

—Gracias mi Lord.

El Conde hizo una reverencia y continuó su camino hacia el carruaje.

Cuando él entró, su esposa lo bombardeó diciendo:

—Siempre tan atento con esa mujer, parece que nunca la olvidará.

—¿Qué dices?

—Me esforcé para alejarlo de estas tierras y de esa mujer, e incluso le pedí a mi hermano que hiciera el gran sacrificio de encargarse de las tierras y la mansión, más usted, no se ha olvidado de ella.

—Deja de decir tonterías, no ves que Violet está enlazada con mi mejor amigo.

—Oh Violet, siempre es Violet, si eso es así, debe recordar que es la señora Wadlow, no Violet, más no puede tener conmiseración con ese vicario, ya que él es igual a su esposa de alcahuete, mire que enlazarse con ella a sabiendas de que...

—Detenga sus palabras Matilde, no le permito que ofenda a esa dama, siempre se lo he dicho, ella nunca se entregó a mí, más su mente es tan retorcida que continua creyéndolo, o mejor dicho, eso le hace no tener

remordimiento por sus propias acciones.

—¿Qué dice usted?

—Lo que sí le diré, es que no soy ningún tonto, siempre lo he sabido, lo he criado como a un hijo por amor a la familia, más si me continua acusando, ya no me detendré y explotaré.

En ese momento el carruaje se detuvo y el Conde salió, sin esperar que un lacayo le bajara el escalón, más al ser alto no le importó.

La Condesa dentro del carruaje se quedó estática por la revelación implícita que su esposo le había expresado.

El cayado la sacó de sus cavilaciones al decir:

—Mi Lady tiene visita.

La Condesa miró sin ver y descendiendo, caminó hacia la entrada, al encontrarse con el mayordomo preguntó:

—¿Quién es la visita?

—Mi Lady es la Condesa y su hija, Lady Eleonor Harvert.

—Señor Marth ¿Cuándo llegaron?

—Hace una hora mi Lady, más no se preocupe, mi esposa las está atendiendo adecuadamente.

—Que sabe su esposa de atender a una Condesa, siendo sólo una simple ama de llaves.

—Disculpe mis palabras, Mi Lady.

—Bien y donde están.

—En el salón verde Mi Lady.

La señora Lee se le aproximó y la Condesa con arrogancia le indicó:

—De esa visita me encargaré querida, vaya usted a cuidar de mi hermano.

La señora Lee no tuvo otra opción que ir a los aposentos de su esposo enfermo.

La Condesa caminó a toda prisa, quitándose el sombrero y entregándoselo al mayordomo, continuó su camino, cuando dobló el pasillo que daba al salón verde, escuchó la voz de la Condesa decir:

—Es usted ocurrente señora Marth, pero díganos más.

En ese instante, ingresó la Condesa y las dos damas que estaban sentadas, se pusieron de pie, y la señora Marth al ver a la dama, se apresuró a tomar la bandeja y haciendo una reverencia, salió apresuradamente del salón.

La recién llegada, saludó a la Condesa y a su hija, adulando a las damas en demasía, con voz demasiado suave para su carácter.

Capítulo II

Las hermanas Wadlow estaban sentadas en el pequeño salón amarillo, próximo al saloncito blanco de su madre, cuando escucharon decir:

—Nosotros nos enlazamos por amor señora Wadlow, más ahora, considero que mi esposo, es mi peor enemigo, se quejaba de la comida, de la limpieza de la morada, sus palabras son muy hirientes, él ahora utiliza calificativos ofensivo hacia mi persona.

—Rosa vamos a sentarnos, más le diré que son muchas las historias de parejas que comenzaron su unión con amor, y que al transcurrir los años ese amor, se tornó en compromiso forzoso, llegando al final, en que los dos se convierten en enemigos unidos por una sortija, que ante los demás fingen un maridaje perfecto, pero en sus corazones miran a su pareja como una calamidad necesaria.

—Sabe señora Violet, creí que únicamente nos estaba pasando a nosotros, más, lo que no entiendo es que a sabiendas de nuestros problemas, él continúa expresando que me amo, que no puedo vivir sin mí, en verdad no comprendo.

—Rosy eso ocurre cuando nosotros dejamos que los resentimientos se acumulen, lo vamos almacenando y guardando en nuestros corazones, hacia nuestra pareja, eso le puede ocurrir tanto a la dama como al caballero, con el pasar del tiempo, tanto uno como el otro, comienzan a pasar la línea invisible de la confianza, dejándose ver tal cual son, de la misma forma, como nos comportamos con nuestras familias sanguíneas, por eso es saludable mantener siempre un poco compostura.

—Usted posee toda la razón señora Violet, ya no soy la misma que cuando nos enlazamos, me siento con más confianza de hacer o dejar de hacer

las cosas.

—Que bueno que lo reconozca, si usted desea cambiar a su esposo, debe comenzar a cambiar su forma de tratarlo, debe respetarlo y sobre todo, alejar de su corazón pensamientos malos hacia él, debe analizarse usted primero y saber cuando su esposo se convirtió en un enemigo, más le diré, ese sentimiento está bien oculto; ahora es cuando le comento lo que dice el Libro Sagrado en: “Proverbios 4:23 “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida.”

—No comprendo señora Violet.

—Es muy sencillo Rosy, lo que desea decirnos este versículo es que debemos guardar nuestro corazón para que no entre la mala cizaña, guarda nuestro corazón para que no guarde resentimientos, guarda nuestro corazón para que no tengas raíces de amargura, guarda nuestro corazón para que no deje entrar el odio, y también guarda su corazón para que usted no vea a su pareja como a un enemigo.

—Ahora la entiendo.

—Rosy aprendí que cuando uno está en una habitación bien iluminada y hay un espejo, en ese lugar, podemos ver nuestras imperfecciones con claridad, más si la luz es opaca y no hay espejo, nuestra vista se fija en todo nuestro alrededor, eso es normal, pues si nos alejamos de la luz bendita de Dios que es la oración y de su espejo que es el Libro Sagrado, comenzamos a fijarnos más en los defectos de nuestro conyugue, entre más se enfría el amor, más defectos vemos, se lo repetiré, si usted a dejado de amar ya la luz no está alumbrando su rostro, está alumbrando a su pareja y de esa forma, se fija usted de todas sus imperfecciones, si ese es el caso, vaya a Dios en oración, para que le renueve el amor, para que usted pueda girar la luz a su rostro y mire sus imperfecciones, le aseguro que irá delante de Dios para darle las gracia porque tiene una persona que lo soporta a usted tal y cual es.

La dama se quedó de pronto silente.

La señora Violet continuó diciendo:

—En la pareja hay uno que según sus perspectivas lleva la carga de la unión, más se reúnen a los dos y se le pregunta ¿Cuál es el que lleva más carga? De inmediato esa persona levantará la mano, es posible que uno de los dos tenga más responsabilidad física, pero el otro siempre lleva la responsabilidad emocional en la pareja y cada uno a su manera se siente cansados de soportar todo el peso, por lo general, el que lleva la carga física es quien se siente que lleva la relación a cuesta, más, ese conyugé duerme mejor del que lleva la carga emocional, si ponemos en una balanza los dos están cargando pesado, es mejor hacer un equilibrio, cada cual lleva un poco la carga emocional y también la física, así ninguno se sentirá agotado.

—Es que necesitamos el dinero señora Violet, tengo una posición más alta que él en la mansión del Conde, soy asistenta de la señora Marth, en cambio mi esposo, es un simple jardinero, mis ingresos son más que los que él aporta, y cuando llego tengo que cuidar de él y también de mis hijos y hacer todo, él no sirve para nada.

—Ya encontramos el problema Rosy, es el dinero, ¡Hay el dinero! Esa parte todos hablan de ella, más en pocas palabras me está diciendo, que el que más aporta, es el que pone las reglas en el hogar, verdad.

—Bueno sí señora Violet, pues no es justo que traiga el dinero y también que los cuide a todos.

—Rosy usted está tergiversado los roles, únicamente le diré que a cada uno de los conyugues, Dios le ha dado su índice o rol en el matrimonio, si leyéramos muy bien este pasaje del Libro Sagrado muchos problemas nos ahorraríamos en el casorio.

La señora Violet tomó el Libro Sagrado y pasando las paginas se detuvo y dijo a la dama:

—Léalo Rosy con entendimiento: Efesios 5:25-33

La señora comenzó a leer:

—“Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, (Amad) para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, (Biblia)

²⁷ a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. (Perfecta) Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. (Como así mismo) Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, (Sustenta y cuida) porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. (Un solo cuerpo) Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. (Dejará a su familia) Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. (Grande misterio)

³³ Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.” (respeto)

La dama le pasó el libro Sagrado a la señora Violet esta indicó

—Vamos a tomar las palabras de abajo hacia arriba:

Si es la esposa: Respeto — Biblia — Dejará a su familia — Un solo cuerpo — Sustenta y cuida — Como así mismo — Amad.

—Si es el esposo: Amad – Biblia — Como así mismo – Sustenta y cuida – Un solo cuerpo – Dejará a su familia — Respeto.

—Ahora mírelo una vez más, tome ese papel y pluma y escríbalo.

La dama se puso en pie y sentándose en el pequeño escritorio lo hizo, posteriormente retornó a su asiento, la señora Violet le indicó:

—Cuando llegue a su hogar analícelo, piense en donde está fallando, para hacer esta reflexión, usted debe estar al frente de un espejo, del espejo de la Palabra de Dios. Y pregúntese ¿Cuáles otras palabras pueden usted ver en el texto?

La dama asintió y tomando la hoja de papel, se marchó.

La señora Violet suspiró, al retornar al asiento donde estaba, al mirar por la ventana, su mente la llevó a recordar a una pareja que era la perfección de una relación, el esposo cuidaba mucho a su esposa, la amaba, le hacía ver con flores y detalles su afecto hacia ella. La esposa respetaba a su esposo, siempre se mantenía callada y sumisa, la perfección para las personas que los rodeaban, ellos eran su ejemplo a seguir, pero que lejos estaban todos de la realidad, en el corazón de cada uno, creció poco a poco la cizaña de resentimiento, después de estar enlazados por cuatro años, ella descubrió que él mantenía una relación escondida con una dama amiga, esta señora lo mantuvo en sus manos por muchos años, la esposa desde el principio de su enlace, se dio cuenta de que las cosas no estaban bien.

La serpiente que no duerme, hizo su aparición, haciendo que la otra señora deseara quedarse con el caballero, así que un día, en vio a su doncella a visitar a la esposa, para que la pusieran al tanto de la infidelidad de su esposo, más la dama no sabía quien era la mujer que estaba con su esposo.

Lo más lejos que asumía la esposa, era que su correcto y cristiano esposo, estuviera en una relación ilícita con una dama como aquella, pues, para encerrar en una palabra el parecer popular del pueblo, la llamaban la loca, eso era incompresible para la esposa, darse cuenta de que su elegante esposo callera tan bajo, pero ella no comprendió que no era bajo que había caído, sino que nunca se había levantado.

Con el tiempo, la esposa retorna a su hogar, con la ayuda de consejería,

ella lo perdona y la relación poco a poco se volvió a construir, pero en un terrero pantanoso, ya que en su corazón el caballero no había cambiado, continuaba siendo el mismo.

Para sorpresa de la esposa, después de ocho años se volvieron a repetir los mismos patrones, ella en vez de seguir el juego, decide orar por algún tiempo, y enfrentar al esposo, el caballero hacía un tiempo que había resbalado con otra cascara.

Ella le indica que desea que sea honesto y que le dijera lo que ocurría, él de una forma hábil la desvía, más ella en esa confrontación se dio cuenta de que siempre vivió con su mayor enemigo, ya que el Alter-Egos le vivía recordando a él, las faltas de ella, más todo se debía a que nunca la había amado, su enlace fue por conveniencia, él creyó que los dos harían un gran imperio, más, los deseos de ella eran otros, deseaba era la vida simple, su salud estaba deteriorada y al ser arrancada de su familia, ella poco a poco se sumergió en la tristeza, al pasar muchos eventos que la marcaron.

La señora Violet se le nublaron los ojos al recordar cuando fue a visitar a su hermana, ya estaba consumida por el sufrimiento, aquella relación que comenzó hermosa, se convirtió en un valle de espina, su hermana se marchitó poco a poco y cuando su esposo la dejó, murió poco tiempo después de la angustia, por eso evento, ella se propuso a ayudar a las parejas, más era muy difícil, ya que ella misma tenía sus propias batallas, sacó un pañuelo y secó sus lágrimas al escuchar pasos aproximarse.

Su hija la miraba desde el dintel de la puerta:

—Oh es usted Layla, venga hija, siéntese conmigo.

—Madre escuché sin querer su conversación con la señora Rosy.

—Layla cuantas veces les he dicho que no es bueno que escuchen conversaciones de damas enlazadas.

—Madre es que nosotras estábamos en el otro salón y se escuchaba todo.

—¿Nosotras?

De detrás de la puerta, salió la señorita Phoe.

—Sí madre, la escuchamos las dos.

—Vengan señoritas siéntense y dígame, que les inquieta.

La mayor de las hermanas se frotaba las manos y preguntó:

—¿Madre usted desea ayudar a esas damas por lo que le ocurrió a tía Herma?

La señora Violet cerró los ojos y respondió:

—Sí, es como un peso que caigo en mi corazón, deseo aligerarles la carga a las damas, anhelo que comprendan que la mayor parte de los problemas en las parejas es causa del orgullo, según el Libro Sagrado dice que el orgullo es el pecado dominante del corazón del hombre.

—¿Ese fue la causa de lo que ocurrió?

—Layla hija, no debería hablarles de esto, más comprendo que ya ustedes no son unas niñas, ya están en edad casadera y es bueno que comprendan que la vida no será siempre perfecta, que las personas se alejan y que puede crecer resentimientos no placenteros en donde antes había amor.

—¿Eso ocurrió con los tíos?

—Pues, no sé, más creo que al ellos tener mucha absorbencia económica por la herencia que recibió el caballero, de repente él se encontró sobre todo, una mansión y unos fuertes ingresos, ella no era una dama de fiestas y gente, al contrario era solitaria, esa actitud no le agradaba a su esposo, poco a poco fue creciendo en él un resentimiento de que ella no era la dama adecuada para él, entonces, comenzó hacer su propio mundo.

—¡Pobre tía Herma!

—Cuando él se alejó, a ella le cubría el manto de la angustia, cada día más se encerró en sí misma, un día ella lo confronta y es cuando su rencor le fue manifestado, ese enemigo que por todos esos años estuvo silencioso, salió a la luz, haciéndole ver a ella, que no la necesitaba, que todo ese tiempo fue una carga y le indicó que hiciera su vida, pero cuando ella decidió dejarlo, él no lo permitió, porque las frases aprendidas no faltaron después, él le dijo, no puedo ver mi vida sin usted, la amo, eres lo mejor que me ha pasado, más cuando ella le pide sinceridad, claridad y honestidad, es cuando le dice: Tienes que conocerme mejor, tienes que darme tiempo, tienes... tienes. Siempre es la dama que tiene, la agraviada es la que tiene que seguir soportando, la que tiene que conocerlo, la que tiene que

La señora Violet respiró profundo y suspiró al decir:

—Él, simplemente continuó exigiendo, sin darse cuenta que ya no había más camino, que lo que había que guardar ya salió a la luz, que sus pocas vergüenzas estaban de boca en boca, de que su reputación de caballero, estaba manchada, más su Alter – egos no se lo permitía ver, su orgullo empañaba su vista y sus logros su razón, era tanto su discapacidad que veía en sus enemigos sus amigos, y en la verdadera amiga y compañera de vida, vio a una enemiga acérrima.

—¡Qué triste!

—Así es, esa es la paradoja de la vida, ella se sintió que estaba de más y decidió ponerse a un lado, más no de la manera correcta, como dice su padre, “El enemigo de las almas está como león rugiente buscando a quien devorar”

—¿Cómo usted sabe lo que ocurrió madre? — Preguntó la menor.

—Herma me dejó una carta explicándome todo, y diciéndome entre

líneas que nunca tuvo con quien hablar sobre el tema, ni tampoco, a nadie que le diera consejos, por ese saber, he decidido, ayudar en lo que pueda a las esposas, no deseo que terminen como ella, pero sobre todas las cosas, deseo, aprender la lección de respetar al señor Wadlow siempre como dice el Libro Sagrado, que debemos respetar a los esposos.

—¿Qué es respetar a un esposo madre?

—Layla es sujetarse, es como cuando vamos los dos en un caballo y este comienza a galopar con fuerzas, lo que hacemos es que nos agarramos fuerte a su cintura, nos sujetamos con todas nuestras fuerzas para no caernos, eso es respeto, dejarle a él las riendas del caballo y además que sea quien decida la velocidad, nosotras únicamente nos tenemos que aferrar a él.

—Por esa razón madre, nos ha enseñado que cuando padre toma una decisión, todas tenemos que hacer lo que él dice.

—Le diré que es difícil para mí algunas veces, más su padre es la cabeza, le contaré en secreto, que en algunos casos después que estamos a solas, le comunico mi parecer, él comprende y cambia.

Las dos jóvenes se miraron y sonrieron.

La conversación llegó a su fin, cuando el vicario entró al salón:

—Querida el Conde desea que conozca a su hijo mayor, ellos vendrán en un momento, ya que estábamos hablando.

En ese instante se escucharon pasos, surgieron en el dintel de la puerta el Conde y otro caballero muy parecido a él, pero mucho más joven.

La señorita Phoebe expectante, se quedó paralizada, al ver entrar a los nobles, su corazón le palpitó, al ver que era el mismo caballero que se había marchado en esa ocasión, conocer al hijo del noble, le hizo que se

relajara, pues caviló que era otro caballero, suspiró al ver que sus miedos estaban infundados.

La muchacha sonrió haciendo una reverencia, como lo hacía su madre y su hermana.

El Conde saludó a las damas y después indicó:

—Este es mi hijo Clark Ashton Byrne, es un comandante reconocido en la marina, y es mi heredero también, estoy orgulloso de él.

El caballero formó una reverencia, como si no fuera humano, su padre en cambio, saludó a las damas con un beso en la mano, más, el joven caballero se quedó en el mismo lugar, sin ni siquiera mirar a las jóvenes, sino que miraba hacia el jardín, por la ventana.

La señora Violet observó al hijo mayor del Conde, y distinguió que era muy diferente a su hermano menor, este poseía un color de pelo castaño claro, casi rubio, con ojos verde, profundo, como los de su progenitor y rostro cuadrado, también como el padre, alto y esbelto, en cambio, su hermano el caballero que había conocido en la tienda de la señora Gother, era de menor estatura, pelo negro oscuro y ojos marrones, cosa extraña era que los dos hermanos no se parecieran físicamente en nada, eso la intrigó, ya que el menor era la viva imagen de Sir Pitt, el Baronet.

La señorita Phoe observó que el Conde habló mucho con sus padres, más el hijo en todo momento, estaba callado y miraba a los más ancianos y algunas veces gira a verla.

La señora Violet advirtió, que de vez en cuando, el hijo del Conde veía donde estaba su hija Phoebe, más no la miraba con admiración, sino como si guardara algún resentimiento.

El Conde comentó algo que le llamó la atención a la señorita Phoebe:

—Nosotros retornamos a nuestra mansión, por dos acontecimientos, el primero es que mi cuñado está muy enferme y la segundo es que mi hijo menor se enlazará en unas semanas con la hija del Conde de Norfolk y la familia de la dama, poseen una finca en la proximidad al pueblo vecino, mi esposa desea que las nupcias se celebraran aquí, así que, donde manda capitán, los soldados obedecen.

—Jajaja, así es Mi Lord —. Indicó el señor Wadlow.

Los dos caballeros mayores sonrieron.

El vicario indicó:

—Nuestro hijo mayor también está en la costa, ya es capitán al igual que usted, sirve en la marina.

El caballero miró al vicario, como si este dijera algo nuevo y le preguntó en voz ronca:

—¿Usted es el padre del señor Frederick Wadlow?

—Así es, ese es mi hijo, lo conoce usted.

El caballero únicamente asintió con la cabeza, más, no comentó nada más.

El vicario entendió que el caballero no deseaba profundizar en la conversación, así que, continuo la conversación con el Conde, todos disfrutaron de una taza de té.

El Conde volvió a decir:

—Lo que me lleva a decir, mi buen amigo, es que mi hijo menor y su futura esposa, se harán cargo de la propiedad, porque no puedo hacerlo, no estoy bien de salud y mi hijo Clark partirá en algunos días, antes de tomar posesión del título, por esa razón, deseamos hablar con usted a solas.

El señor Wadlow sin más asintió, poniéndose de pie indicó:

—Podemos hablar en el despacho de la rectoría, allí tendremos más amplitud.

El Conde asintió y seguido por su hijo, saludaron a las damas y salieron detrás del vicario.

La señorita Phoebe estaba ensimismada en sus pensamientos, ya que había escuchado que el hijo menor del Conde viviría en esas tierras con la nueva esposa, lo que indicaba que la nupcias eran inminentes.

Su madre la sacó de sus pensamientos al decir:

—Al parecer que la llegada de los Conde a sus tierras no es sólo por la nupcias de su hijo, al parecer que habrá muchos cambios.

La señorita Layla preguntó:

—Madre si el hijo menor del Conde vivirá en esas tierras, que será del señor Lee y su familia.

—El señor Lee es un caballero acaudalado, como su esposa, ellos pueden darse el lujo de comprar cualquier propiedad, pero nosotros no.

—¿Por qué tendremos nosotros que comprar algo?

—Layla hija, esta residencia no nos pertenece, este es el condado del Conde, si él decide prescindir de los servicios de su padre, nosotros tendríamos que dejarla.

La realidad golpeó el rostro de las jóvenes, girando las dos el rostro al mismo tiempo, por donde su padre y los caballeros se habían marchado.

—¿Madre usted cree que esa es la razón de la visita del Conde?

—No lo sé Phoe, no lo sé, más Dios tenga misericordia de nosotros para que ese no sea la causa, más tengo un presentimiento que me oprime el

alma desde —. La señora Wadlow suspiró y para no preocupar sus hijas terminó disiento —, nada que no se pueda solucionar.

Las damas Wadlow se quedaron internamente preocupadas, todo el día.

Esa noche el señor Wadlow, le dio la noticia que temían, al comunicarles:

—Esta tarde envié una carta a la señora Filomena para que prepare la residencia que heredamos del señor Fargo.

La señora Violet miró a su esposo y después a sus hijas, advirtiendo el asombro en el rostro de ellas, explicó.

—Nosotros nos trasladaremos a esa residencia dentro de dos semanas.

Las hijas del Vicario preguntaron a una:

—¿Por qué madre? ¿Padre?

El señor Wadlow con una sonrisa indicó:

—Ya es tiempo hijas mías, hace un año, Dios usó al señor Fargo para que me heredara esa propiedad, Él que ve el futuro entendía que este tiempo vendría, así como lo sabíamos nosotros también —, echó un vistazo a su esposa y después continuó —, hoy mi buen amigo, me informó de algunas cosas que han ocurrido, y derroqué del puesto, más, recibiré una anualidad adecuada para vivir, hablamos de muchas cosas y accedí gustosamente a entregar la rectoría, aunque, debe ser pronto, pues un capellán vendrá a tomar posesión y será él quien auspicie el enlace de Lord Ethan Byrne dentro de tres semanas.

La señorita Phoebe no creía los que escuchaba, que ellos tendrían que dejar todo lo que hasta ahora conocía como su hogar, además, el hijo meno

del Conde, era él caballero que estaba rondando sus pensamientos en todos esos días, y así mismo, era él quien se enlazaba, eso la dejó perpleja y sin palabras.

La mente de la señorita Phoebe era un campo de batalla, así que únicamente escuchó...

Esa noche estaban las hermanas en sus camas, la señorita Layla dijo a su hermana:

—Phoe ¿Estas despierta?

—Sí.

—Phoe sabes, deseaba mucho que vinieran a vivir los Condes a sus tierras, ya que deseaba que gentes importantes visitaran este pueblo, más, nunca recapacité que al retornar el Conde con su familia, nosotros tendríamos que dejar nuestra residencia.

—Layla esta residencia no nos pertenecía, sin embargo, nunca hemos ido a la residencia que era del señor Fargo, si está sucia o fea, nosotras podemos limpiarla y ponerla bella, aunque sea pequeña, de ella nadie no nos podrá sacar nunca.

—¿Estará muy lejos?

La señorita Phoebe suspiró, pues sabía que su hermana preguntaba porque se alejaría del señor Oliver, así que respondió:

—No le sé decir donde está localizada, más, que importa donde esté, si estamos todos juntos.

—Es verdad Phoe, usted posee toda la razón, se que las personas del

pueblo nos harán falta.

—Sí eso es normal, más recuerde que donde está la residencia también hay personas, tal vez son más amistosos que estas, ya que aquí la mayorías de las personas se creen de la nobleza sin poseer títulos, así que, no se preocupe Layla.

La joven comentó las últimas palabras con una lágrima que descendía por su mejilla.

La señorita Layla indicó:

—Es verdad Phoe, nosotros viviremos en nuestra residencia, de seguro que es pequeña y fea, pero en verdad es nuestra.

La señorita Phoe no respondió y su hermana cavilo que se había quedado dormida, pero la joven en verdad lloraba silenciosamente, por todo lo que estaba ocurriendo.

Los días estaban transcurriendo rápido, la señora Violet al junto de sus hijas, se las pasaban empacando los objetos personales que les pertenencia, ya que había llegado el día que enviarían la primera carreta hacia la residencia Fargo, como la llamaban.

—Madre cuando vamos a ir a la nueva residencia.

—Phoe no es tan fácil, nosotros únicamente contamos con una carreta, y un viejo carruaje, ya que el carruaje nuevo le pertenece a la rectoría, eso nos dificulta que vayamos a verla, más, la señora Filomena me escribió, informando que ya estaba todo listo para nuestro traslado.

—Madre usted les ha dicho a sus amigas que nos iremos del pueblo.

—No Layla, su padre me ha indicado, que espere al Domingo, para informarlos a todos, ya que no deseamos crear problemas con nuestra partida.

—Pero madre, eso será imposible, todos sabrán que nos marchamos por orden del Conde.

—No Phoe, su padre explicará las cosas de modo que nadie cargue con la culpa, como dice él, este es el tiempo de Dios, pues, nada se mueve en la vida de sus hijos si no es su voluntad, y nosotros entendemos que este es la voluntad de Dios, y así deseamos que ustedes lo comprendan.

—Pero madre, es que el Conde podía esperar algunos años, que por ejemplo Layla contrajera nupcias, que Frederick retornara, no así, sin más aparece y le dice a padre que necesita la rectoría y eso que dice ser amigo.

—Deténgase Phoe, no le permito que pondere de ese modo.

—Pero madre...

—Nada de nada señorita, no seremos como las personas comunes, que cuando las cosas no salen como desean, se olvidan de los beneficios recibidos y los años en los cuales fueron bendecidos, no se olvide, que antes de usted nacer el Conde y su familia nos ayudaron, dándole a su padre esta rectoría, ya ha transcurrido más de tres década, y sí, ahora tendremos que marcharnos, aunque no por ordenes de él, sino por otras cosas que nos afecta a todos, debemos ser agradecidos por todo lo recibido de sus manos en todos estos años.

—Sí madre, usted posee toda la razón.

—Bien, ahora marche usted y Layla a llevar las jaleas y la mantequilla a la señora Lee, ya que mañana estaremos muy ocupadas.

—Pero madre.

—Nada de peros señorita, todo debe de continuar como hasta ahora y no se entretengan por el camino.

—Sí, madre.

Las hijas del vicario, sin poder refutar la orden de su madre, tomaron la canasta y salieron de la pequeña residencia, hacia la mansión, por el sendero que tantas veces transitaron.

Las dos muchachas retornaban de la mansión perdidas en sus cavilaciones, ninguna de las dos se percató de que el señor Oliver Lee y Lord Ethan Byrne estaban parados a un lado del camino, con las riendas de sus caballos en las manos.

La primera en darse cuenta de que los caballeros las esperaban, fue la señorita Layla, la cual, al mirar la determinación en el rostro del señor Oliver, solo dijo a su hermana:

—Phoe.

La joven miró a su hermana y al ver que estaba miraba hacia el camino, levantó la vista y se quedó parada en el mismo lugar, al ver a Lord Ethan Byrne, su hermana al ver la reacción de ella, le iba hablar, más en ese preciso momento, el señor Oliver le conversó, diciendo:

—Señorita Layla Wadlow, las vimos desde la colina y las esperábamos para hablar con ustedes.

La joven sin más, se asombró, ya que era la primera vez en muchos años que él deseaba hablarle a ella, así que mirándolo, asintió.

Caminaron en silencio, más, ella por instinto miró hacia atrás, fue cuando el caballero le indicó:

—No se preocupe, Ethan cuidará de Phoebe.

—No creo que sea correcto, nosotras caminando a solas con dos caballeros, lo digo por el decoro.

—Ustedes son para mí, como mi familia.

La joven simplemente se mordiscó el labio por la declaración del caballero.

Caminaron unos pasos, cuando el señor Oliver indicó:

—Escuché que su familia deja el pueblo.

—Sí, el próximo martes nos marchamos.

—No sabía que su padre deseaba dejar la rectoría.

—Mi padre está ya mayor, el pueblo necesita otro vicario.

—No lo creo, su padre está lleno de vida, conjuntamente, le gusta ser vicario, es extraño que pidiera a mi tío que lo relevara del puesto.

La señorita Layla no deseaba mentir, así que, se quedó callada y al verla el caballero que descendía el rostro, expresó:

—Sabía que esa no era la mejor versión de los hechos, a mí tía nunca le gustó su padre, aparte de que mi tío se reusa a dar explicación del asunto, lo que me lleva a especular que en vez de pedir su padre que lo removieran, fue mi tío quién lo desalojó.

—Nosotros no deseamos problemas, mi familia agradece mucho a su tío por la oportunidad que nos dio de vivir aquí y de que mi padre fuera el vicario, ahora como dice mi madre, es tiempo de marcharnos a vivir a nuestra residencia.

—¿Su residencia?

—Sí, un tal señor Fargo, le heredó su residencia a mi padre hace varios años.

—Ustedes van a vivir en la residencia que pertenecía al señor San Fargo.

—Creo, que sí.

El caballero sonrió al escuchar aquella noticia e indicó:

—Pues esa residencia colinda con las tierras que adquirió hace un año, un caballero familia de una amiga y que además es muy amigo de Clark, mi primo, y la sobrina del caballero me comentó en una carta, que pasara por el pueblo para que conociera a su pariente, pero he pospuesto la visita, pero ahora estaré encantado de visitar la propiedad que era del señor Fargo.

—¿Usted ha visita esas tierras?

—Sí, el señor Fargo se la iba a vender a mi padre, más mi madre no le gustó, así que, mi primo habló con su amigo, ya que él deseaba tierras por estos lares, el caballero compró la tierra hace algunos meses, más la residencia, según tengo entendido, no estaba de venta, ya que el difunto se la dejó de herencia a un amigo, más si le soy sincero, no he pasado por la propiedad.

—Pues creo que ese amigo era mi padre.

—Que bueno que la esperé para hablar, ya que cavilé que no la iba a volver a verla, más ahora, la podré visitar de vez en cuando.

Esas palabras hicieron ruborizar a la joven.

El caballero al verla con el rostro rojo y mirándolo como sus ojos centellaban, deseo decirle que era hermosa, más se contuvo y giró el rostro.

La señorita Phoebe no respondió, cuando Lord Ethan Byrne se aproximó a ella y le preguntó en voz baja:

—¿La acompaño?

La señorita Phoebe no manifestó ninguna emoción, sino que prosiguió su camino, el caballero avanzó a su lado, tomando su caballo por la rienda, sin decir palabras, le tomó la canasta de la mano, aunque ella al principio se negó, más él, sin decir palabras, se la cogió.

Ella sin mucha gana, continuó caminando, al dar varios pasos, preguntó muy directamente:

—¿Usted es el hijo menor del Conde?

—Sí.

—¿Por qué no me lo expresó?

—No creí que tuviera importancia.

—Como tampoco tenía importancia que está usted al punto de enlazarse con la hija de un Conde.

—Para mí eso carecía de importancia, hasta que la conocí a usted.

—No me hable de esa forma, usted es un noble y ya ve usted, soy hija de un simple vicario, así que, es mejor dejar las cosas así, entrégueme la canasta y siga su camino.

—Es que usted no comprende, no puedo olvidar sus labios, deseo sentir su calor en mi pecho.

Ella se detuvo de repente y mirándolo con enojo, le expresó:

—Por favor señor, o mejor dicho, Mi Lord, no se da cuenta de que sus palabras me hacen daño, si algo usted siente por mí, le suplico que se lo guarde, que no me busque y que haga su vida con su futura esposa.

—No puedo, me agrada, me gusta hablar con ella, es una dama culta no lo puedo negar, pero no es tan bella como lo es usted.

La señorita Phoebe prosiguió caminando y le manifestó:

—La belleza es pasajera Mi Lord, lo creí más caballero, cuando lo conocí.

—No lo dude señorita Wadlow que lo soy.

—Pues si lo es, aléjese de mí.

Lord Ethan Byrne se detuvo, ella también, se miraron por un instante, al advertir la mirada decidida de la muchacha, él sin más, le entregó la canasta y subiendo a su caballo, sin mirar atrás, se alejó.

La señorita Phoebe suspiró, al verlo marchar. Una lágrima corrió por sus mejilla, más con coraje se apresuró a limpiarla.

A una distancia prudente, dos caballeros montados en sus monturas, contemplaban la escena.

Sabiendo Lord Clark Byrne la respuesta, preguntó a su amigo:

—¿Quién es la dama que camina con Ethan?

—Es la señorita Phoebe Wadlow.

—Ya comprendo, la hija del vicario.

—Sí, la menor, una flor recién abierta.

—Esa flor recién abierta tiene ensimismado a Ethan, con unos besos, lo embaucó.

—¿Cómo lo sabe?

El caballero no respondió, únicamente indicó:

—Tengo que inventar algo, él pronto se enlazará con la hija del Conde, esa dama no es cualquier campesina, y esa en especial —, señaló hacia la señorita Phoebe con su fusta —, es una trepadora, no se pondrá en el medio de nuestros planes.

—Pero que puede hacer usted Clark, se ve que a Ethan lo trae loco la hija menor del vicario.

—Pronto se marcharan.

—No me diga que usted hizo que se marcharán.

—Ese tipos de campesinas, simplemente desean escalar en la sociedad, se ofrecen a cualquier caballero, siempre y cuando, sean ricos o nobles.

—No lo creo Clark, esas jóvenes poseen pudor, además, son muy bien portadas.

—Tan bien portadas, que una camina a solas con Oliver, en tanto la otra, con mi hermano, ¡que damas mas rescatadas!, ¿no cree usted?

Diciendo eso, el caballero, giró su caballo, haciendo que este cabalgara entre los árboles a toda velocidad, alejándose del sendero, el señor Maxim Lawy siguió a su amigo, ya que se veía demasiado enojado.

El Domingo, el vicario informó a los feligreses, que él y su familia habían decidido mudarse a Lewes, ya que deseaba descansar un tiempo.

La mayoría se sorprendieron por la noticia y lamentaron la decisión de la familia, más otros con hipocresía decían estar dolidos, pero en su corazón sentían satisfacción que el vicario protestante se marchara.

Finalizado la reunión, todos los del pueblo bombardeaban a la

familia con preguntas, buscando otro motivo de su pronta partida, más, todas las damas de la familia Wadlow repetían la misma versión del vicario, al no encontrar motivos, los comentarios y cuchicheos se aplacaron, hasta que se disolvieron.

La familia Wadlow con pesar en su corazón, se marcharon del pequeño pueblito de Lewes, hacia el otro pueblo al East de Sussex, llamado Spontex.

Capítulo III

La carretera estaba un poco pedregosa, el viejo carruaje del señor Wadlow, no se comparaba con el que esos años había usado la familia, pues era el que pertenecía al puesto de Vicario, y aunque el Conde insistió que se lo quedaran, el señor Wadlow reusó tomar cualquier cosa que le diera, no por ser orgulloso, más bien por conocer la verdadera naturaleza del dar, en esos años comprendió que muchas personas dan por muchas razones, y la mayoría no son por deseos ilustre, y al conocer bien a su amigo, siempre entendió que si este ayudaba, era porque esperaba algo a cambio, era más bien un trueque, y al final la otra persona perdía en ese intercambio. Por esa razón, salió con los objetos que le pertenecía y dejó todo lo que era propiedad del Conde, atrás.

Los acompañaba los esposos Haliter, una joven pareja que desde hace unos años, estaban con ellos, la dama era la que ayudaba a la señora Pitcher con la cocina, más la anciana no deseaba dejar el pueblo, así que, se quedó en la rectoría para servir al nuevo vicario.

Las damas Wadlow y la señora Haliter, viajaban en el viejo carruaje, en tanto el señor Wadlow y el señor Haliter iban en la carreta con las cosas que faltaban por llevarse.

La partida del pueblo, fue al amanecer, ya que el vicario no le gustaba la despedidas, fue de esa forma silenciosa y clandestina que la familia Wadlow salió de su querida población.

El alba se ocultaba en el horizonte, cuando el viejo carruaje hizo su entrada por un arco de hierro, la señora Wadlow despertó a sus hijas:

—Layla, Phoe, ya estamos llegando.

Las dos muchachas abrieron los ojos perezosamente, con poco deseo de despertar de su agradable sueño.

El carruaje hizo un doble, para detenerse.

Las damas que estaban en el carruaje, se quedaron pasmadas, al observar que no estaban al frente de una pequeña cabaña, sino de una amplia edificación, de ladrillos blanco, con puerta doble, se asemejaba más a la mansión del Conde que a la pequeña rectoría, aparte de una dama vestida de negro, estaban también ocho sirvientes que los esperaban en fila, al frente de la puerta principal, como si ellos fueran nobles.

La primera en hablar, fue la señorita Phoebe:

—Madre ¿Dónde estamos?

—Al parecer hija que este será nuestro hogar.

La joven no pudo preguntar más, pues la puerta del carruaje se abrió, uno de los criados extendía la mano, para ayudarlas a que descendieran.

La primera en reaccionar fue la señora Haliter, después, la señora Wadlow y por último las dos jóvenes.

El señor Wadlow se aproximó a su esposa y le dijo en voz agradable:

—Espero señora Wadlow, que le guste su nuevo hogar.

—Pero Kelian esto es una mansión.

—Lo sé querida, más ahora es nuestro hogar.

El caballero sonrió a su esposo y dándole el codo, la condujo a la entrada, donde la señora Filomena le dio la bienvenida y le presentó a los del servicio.

Cuando la familia entró a la edificación, de igual modo, se quedaron

sorprendidos, todo estaba bien cuidado, la entrada era enorme, seguida de un pasillo con muchas puertas, llegaron a un salón ovalado de donde descendía una escalera, la decoración era elegante, sofisticada y de buen gusto, toda la furnitura bien cuidada, las cortinas en perfecto estado y las estancias estaban bien ventiladas.

La señora Filomena indicó:

—Señora Wadlow, preparamos las recámaras principales para ustedes y dos más para las señoritas, esperamos que sea de su agrado.

La señora Wadlow miraba con expresión asombrada todo su alrededor, le sonrió al decir:

—De seguro que serán de nuestro agrado, gracias señora Filomena.

La dama se quedó con la expresión de sorpresa, al escuchar de los labios de su nueva señora, la palabra gracia, ya que ninguno de sus antiguos amos, se lo habían expresado.

Las señoritas Wadlow fueron escoltadas al segundo nivel a sus nuevas recámaras, las cuales, estaban una al lado de la otra.

Era la primera vez que ellas tendrían sus propias habitaciones, ya que en la rectoría era muy pequeña y compartían recámaras.

Las dos estaban tapizadas con flores blancas y rosadas, la recámaras de cortinas blancas era la de la señorita Layla, y a las cortinas de la alcoba de señorita Phoebe era rosada, cosa que agradó a una y a otra.

La señora Wadlow le preguntó a su esposo, cuando estaban en la recámara:

—Kelian ésta propiedad es una mansión muy amplia, ¿Cómo

podremos sostenerla?

—Violet, el señor Fargo dejó la manutención de ella por tres años en una cuenta a mi nombre, ese dinero lo he tocado poco en el año pasado, por ese motivo sea aumentado, ya que únicamente dejé a la familia de la señora Filomena como servicio, más bien, los demás se marcharon a trabajar a la mansión que compró un noble, en aquel tiempo.

—Quiere decir que esta es la mansión principal de estas tierras.

—Oh sí Viole, esta era la residencia del señor Fargo, hay una más pequeña a un kilómetro de aquí, más ésta es más amplia y ostentosa.

—¿El caballero le heredó las tierras a su descendiente barón?

—No, él solo tuvo una hija, la dama no le gusta el campo, así que la vendió, más no estoy enterado a quien, pero pronto lo sabremos, ya que mañana voy a visitar a los pocos arrendatarios que tenemos y así mismo, al vicario del pueblo.

—Creo Kelian que ésta mansión es muy grande para nosotros.

—Eso mismo considero, por esa razón visitaré al abogado mañana, tal vez podamos venderla y adquirir una más pequeña.

—Eso me gustaría, ésta edificación nos adsorbería lo poco que tenemos.

—Usted siempre precavida, esa es una de las cualidades que admiro de usted.

El Señor Wadlow abrazó a su esposa.

Cuando estaban en la cama ella explicó:

—Sabes Kelian, este traslado me puso un poco triste, más ahora al ver que no era tan malo como cavile, estoy más tranquila.

—Querida, las expectativas y las suposiciones que tenemos de lo que va a ocurrir, es lo que atrae el dolor, la incertidumbre y las preocupaciones.

—Ahora comprendo Kelian que no debo anticiparme al futuro.

—Así es querida, anticiparnos al futuro trae expectativas y la mayoría de las veces nos desilusionamos, por ese motivo no le hable de la residencia, ahora vamos a dormir, mañana será un día diferente a todos los anteriores.

—Jajaja, sí.

—Pero duerma querida, no se ponga a soñar despierta, que al final, todo será como Dios quiere que sea, no como usted desee.

—Sí Kelian...

El señor Wadlow al día siguiente, visitó al abogado, más se encontró con que el anciano señor Morgan había fallecido, en su lugar estaba su hijo, un joven caballero de algunos veinte y ocho años, de mirada alegre, carácter afable, con una audacia palpable y una mente rápida e inteligente. El caballero estudió con rapidez el testamento del difunto, para luego informarle que podía hacer lo que deseara con la propiedad, ya que el señor Fargo no dejó nada estipulado, de igual manera, le comunicó que el caballero que había comprado las tierras del señor Fargo, buscaba comprar una propiedad más amplia, que él se encargaría de escribirle, informándole que la mansión estaría disponible, por si le interesaba adquirirla.

El señor Wadlow le informó la noticia a la familia y las damas se regocijaron con la declaración, más transcurrió los días sin recibir noticias

del caballero.

La familia Wadlow se fue adaptando poco a poco a su nueva vida, aunque todos estaban de acuerdo en que la mansión era demasiado grande para ellos.

La señora Wadlow, enseñaba a las damas, en un salón de su residencia, a tejer, bordar y cocer, y a hacer jalea y postres.

Con dos meses de su llegada, la familia Wadlow fue querida y acogida por el pueblo de Spontex, que no era tan pequeño como era Lewes, a diferencia de este, era más concurrido por los viajeros, ya que estaba localizado en el medio de la carretera que iba a Londres, así mismo, los habitantes del pueblo triplicaban al otro tanto en tamaño como en amabilidad.

Una tarde, la señora Violet estaba con sus hijas, en una tienda comprando un encaje, para unos volantes, cuando se encontró con la señora Kolow, una de las mejores amigas de la señora Lee, esta al verlas, la saludó con más cariño que el que antes sintió:

—Oh mí querida señora Wadlow, que alegría es verla.

—Buenos días señora Kolow.

—Oh querida, cuanta falta hacen ustedes en el pueblo, las cosas han cambiado tanto, en cuanto ustedes se marcharon.

—Pero, únicamente hace dos meses de nuestro traslado.

—Por tanto en dos meses, las cosas cambiaron, la señora Lee y su familia compraron una residencia en Sussex y se marcharon, el hijo del Conde y su nueva esposa viven ahora en la mansión y la dama no se codea con nadie del pueblo, fíjese usted, es hija de un Conde, en tanto, el nuevo religioso es un párroco que sin más hace que repitamos cosas detrás de él,

como papagayos.

—¿Están todos bien de salud?

—Oh sí, todos bien, aunque le diré que ya nadie puede ir hablar con la esposa del párroco, porque no posee, así mismo, este no permite visitas a la rectoría, pero el caballero visita a todas las residencias y hay de quien no asista los domingos, en verdad, cuanta falta hace el señor Wadlow.

—Le diré de sus palabras a mi esposo.

La señora Wadlow en una pausa, cuando le entregaron el encaje, se apresuró a despedirse de la señora Kolow.

La señorita Phoebe supo por la conversación de la dama que el señor Ethan Byrne se había enlazado, poniendo a la joven un poco triste y melancólica, cosa que no pasó desapercibida por su hermana.

Al llegar a la residencia las jóvenes se dirigieron a la biblioteca, la señorita Layla aprovechó para preguntar:

—Phoe ¿Qué fue lo que ocurrió entre usted y el señor Ethan?

La muchacha se movió inquieta, sin profundizar en lo ocurrido indicó:

—Nada, una conversación vaga, sin importancia.

La señorita Layla observó a su hermana y supo que estaba mintiendo, ya que ella había presenciado como el señor Ethan Byrne, besaba a su hermana y acto seguido, ella se alejaba de él a toda prisa, más, ella no fue la única, a poca distancia de ellos, también había otro caballero, montado a caballo, que los observó, por la distancia ella no distinguió de quien se trataba.

—Phoe, sé que en el sendero que va a la rectoría, el señor Byrne la

besó.

La señorita Phoe abrió los ojos como plato, mirando con asombro a su hermana, pero después, descendió el rostro avergonzada.

La señorita Layla continuó:

—No se lo comenté, ya que esperaba que usted a su tiempo, me lo revelara, más eso no ha sucedido.

—Layla, fui una tonta.

—No Phoe, usted tiene el derecho de no decirme sus cosas.

—No hablo de eso, he sido una tonta, pues tenía la esperanza de que Ethan no se enlazara, de que viniera a buscarme, de que no le importara que fuera hija de un vicario.

—De un ex–vicario.

—Bueno, sí.

La señorita Phoebe descendió el rostro y las lágrimas resbalaban por su mejillas.

La señorita Layla cambió de asiento y sentándose con su hermana, la abrazó, esta sollozaba diciendo:

—He sido una tonta, hasta esta mañana esperaba que viniera por mí...

Y la muchacha lloró, por sus sueños, por lo que no podía ser, por el amor perdido, por los besos y los abrazos no dados, por un amor no correspondido, en cambio, la señorita Layla de igual manera sufría en silencio, ya que la visita del señor Oliver Lee tampoco se produjo en esos dos meses de su traslado, el caballero se había olvidado de ella también.

La señorita Phoebe después de ese día, se tornó reservada, cosa que

era raro en ella, su espontaneidad se esfumó y su sonrisa se desvaneció.

Toda su familia advirtió el cambio, más nadie dijo nada, ni siquiera la señorita Layla, ella apoyó a su hermana en silencio y dejó que ese dolor se curara poco a poco, conjuntamente con el suyo.

Ya la familia estaba decidida a vender la mansión a un usurero del pueblo, que le estaba ofreciendo una suma irrisible por ella, más el invierno se aproximaba y ellos no se podían dar el lujo de calentar una edificación como aquella, por eso, esa mañana en su recámara antes de descender a desayunar, el señor Wadlow dijo a su esposa:

—Violet voy a aceptar la oferta del señor Primentele.

—Pero Kelian ese dinero es muy poco, solo nos daría para comprar una propiedad mucho más pequeña que la de la rectoría, ese caballero lo desea estafar.

—Pero Violet ya estamos en septiembre, el otoño todavía no está aquí y ya ve usted, que de noche las estancias se ponen muy frías.

—Lo sé Kelian, lo sé.

La familia estaba comenzando el desayuno, cuando la señora Filomena entró a informa:

—Señor Wadlow, el abogado está aquí y desea verlo.

El señor Wadlow miró a su esposa y después indicó:

—¿Dónde está?

—Lo hice pasar al salón azul.

—Pregúntele si ya desayunó, si no lo ha hecho, convídelo a que lo haga con nosotros.

—Sí señor.

El abogado estaba en la mesa disfrutando el desayuno, cuando explicó:

—Gracias, es que salí muy temprano de mi residencia, ya que el Marqués deseaba que hablara con usted a primera hora.

—¿El Marqués?

—Oh sí señor Wadlow, fue un noble quién adquirió las tierras, estas tierras pertenecían a su familia materna, su abuelo se la vendió al señor Fargo, más la madre del caballero siempre deseo comprársela, el difunto se reusó a venderla, más al morir, el Marqués se la compró a la señorita Fargo, pero esta mansión no estaba a la venta.

La señora Wadlow intervino al preguntar:

—¿La mansión la desea comprar el caballero?

—Sí, el Marqués desea venir esta tarde a ver como está la edificación, para hacerles una propuesta.

A la señora Wadlow se le iluminó el rostro.

El señor Wadlow muy calmadamente indicó:

—Continuemos desayunando, ya que si continuamos hablando de negocios en la mesa, los alimentos se enfriaran.

Todos asintieron y disfrutaron en silencio el desayuno.

En su corazón el señor Wadlow daba gracias a Dios por proveer aquel noble, así mismo, pidió que bendijera al caballero por llegar a ellos, en el momento preciso.

Esa tarde, tres lujosos carruajes, se detenían al frente de la mansión.

De uno salía un caballero flaco en extremo y alto, con un rostro afable y con porte relajado, de algunos treinta años, del otro un caballero elegante y distinguido, vestido totalmente de negro, que al erguirse emanaba una arrogancia innata, al parecer de la misma edad, del otro cuatro caballeros vestidos de negro que franqueaban los carruajes.

Los recién llegados, caminaron hacia donde el abogado, quien salió a su encuentro, este los saludó y después los condujo hacia la familia, el señor Wadlow y las damas los esperaban al frente de la entrada.

El Abogado presentó a los recién llegados:

—Señor Wadlow, el Marqués de Normandy.

—Mi Lord el señor Wadlow, la señora Wadlow y las señoritas Wadlow.

Todos formaron una reverencia.

El Marqués sin más indicó:

—Este es mi caballero de confianza el señor Henry Fiennes.

El caballero formó una reverencia.

En este momento el Marqués tomó la palabra otra vez y con firmeza indicó:

—Me gustaría observar la mansión en compañía del señor Fiennes solamente.

El señor Wadlow echó un vistazo al señor Morgan, este asintió:

—Cómo desee usted Mi Lord.

—Bien...

Los caballeros sin más, hicieron su ingreso, dejando a la familia parada al pie de la entrada.

El señor Wadlow al junto del señor Morgan escoltaron a las damas al solón amarillo, y allí disfrutaron de una taza de té.

Pasado una hora, las señoritas Wadlow se despidieron:

La señorita Phoebe se encaminó a la biblioteca, en cambio, la señorita Layla al jardín.

La señorita Layla caminaba, cavilando en su corazón, acerca de donde vivirían ahora que la mansión se vendería, y a su mente le llegó el rostro de aquel noble, para no pensar en el caballero se agachó y cortó cinco rosas blanca que había cuidado y limpiado en ese parte del jardín, al incorporarse sintió que alguien estaba muy próximo a ella.

El Marqués caminaba por el jardín, cuando vio a una joven agacharse y cortar unas rosas, no deseaba importunar a la muchacha, más deseaba ir a los establos para comprobar si estaban en tan buenas condiciones como la mansión, así que, caminó hacia ese sendero.

La señorita Layla se sorprendió al ver al Lord parado muy cerca de ella, más le habló con tranquilidad, pues, aunque el caballero poseía una mirada dura y un rostro brutal, en ella no hacía ningún efecto, así que indicó:

—Disculpe Mi Lord, ¿Desea algo?

—Solo voy a las caballerizas.

La señorita Layla miró hacia el sendero y sin más indicó:

—Las caballerizas están por el sendero de atrás, por este sendero se va a las caballas del servicio.

—¿Cabañas?

—Sí, las cabañas que usa la señora Filomena y su familia.

—¿Quién es esa dama?

—Es la ama de llaves.

El Lord confuso, miró hacia ese sendero, la señorita Layla sin más comentó:

—Si desea puedo mostrarle las caballerizas.

—No, las encontraré solo.

Antes de que el Lord diera un paso para alejarse, la muchacha sin más, entró la mano en su canasta y sacando una rosa, la extendió hacia él, al decir:

—Tenga, para que vea que la vida es bella.

El caballero miró la mano de la muchacha y la rosa que le extendía, deseó dejarla con la rosa en la mano extendida, más, se dijo, que sería un canalla si lo hacía, así que, la tomó con poco deseo, ella le sonrió de una manera franca y juvenil, que hizo que se quedara maravillado.

La señorita Layla sin más, formó una reverencia y comentó cuando se alejaba:

—La vida también es frágil, como los pétalos de la rosa, disfrútela.

El Marqués descendió la vista a la rosa, en seguida, echó un vistazo a la muchacha, que se alejaba por el sendero, se dijo, que debía tirarla, esa muchacha era una insulsa, así mismo, se vería ridículo con una rosa blanca en la mano, más, al recordar la sonrisa de la muchacha, abrió su traje y colocó la rosa en el lado izquierdo, en un bolsillo pequeño, sin más, se encaminó a las caballerizas.

El señor Wadlow esa tarde se reunió con el Marqués, el señor Morgan, y el señor Fiennes.

El caballero de confianza del noble, le preguntó:

—¿Cuánto desea por la mansión?

El señor Wadlow no tenía idea de cuanto valía, echó un vistazo al señor Morgan, más decidió que no daría un precio, así que fue honesto al decir:

— No sé el valor de ella, señor Fiennes, ya que me fue heredada por el señor Fargo, pero para mi familia es demasiado costosa, ya que simplemente soy un vicario retirado.

—Ya veo, ¿Usted desea comprar otra residencia?

—Sí, más pequeña.

El Marqués echó un vistazo a su caballero de confianza, y después el joven, formuló otra pregunta:

—¿Era usted vicario?

—Sí señor Fiennes, por más de tres décadas, en el pueblo de Lewes.

—¿Por qué se retiró?

—Pues en verdad, me hicieron retirar, más gracias a Dios que el señor Fargo me heredó esta propiedad, pero como usted entenderá, es demasiado para la familia de un simple vicario.

La franqueza de aquel caballero, llegó al corazón del Márquez y por primera vez, tomó la palabra:

—Le compraré la propiedad por un precio justo, en la transacción estará estipulado que le daré dinero y así como también la residencia que poseo a unas millas de aquí, más deseo que usted y su familia continúen

viviendo en ella, hasta que le envié a decir que vendré, claro está, desde este momento, todo los gastos de la propiedad estarán a mi cargo, así como los sueldos, por otro lado, le daré un sueldo a ustedes por cuidarla.

—Oh no Mi Lord, nosotros estaremos más que pagados con el hecho de vivir aquí.

—Pero usted señor Wadlow no sabe cuanto le daré por la propiedad.

—No soy caballo de números Mi Lord, únicamente soy un vicario, esta edificación vino como regalo de Dios, y ahora usted nos la cambia por una que está en perfecta condiciones y además, nos permitirá quedarnos, eso es muy generoso de su parte, por otro lado, el dinero lo deseo para darle a mis hijas una dote adecuada para que vivan bien, pues, nosotros para vivir no necesitamos mucho.

—Está bien señor Wadlow, le daré ciento cincuenta mil rupias por la propiedad.

El señor Wadlow se quedó pasmado al escuchar la cantidad y también el señor Morgan.

El Marqués continuó:

—Así mismo, mi caballero de confianza pondrá a su nombre Black House, y mañana le será enviados los papeles al señor Morgan para que lo revise, y deseo que si todo está en orden, mañana mismo usted firme el papel de venta, ¿Está de acuerdo?

El señor Wadlow indicó:

— Mi Lord, si usted me permite unos minutos, lo comentaré con mi esposa.

El noble se sorprendió de que un caballero tendría que hablar con su esposa para hacer un negocio, más, sin mucho deseo indicó:

—Está bien, sea prevé...

—Sí, Mi Lord.

Cuando el señor Wadlow y el señor Morgan salieron del despacho, el señor Fiennes comentó a su señor:

—Disculpe Mi Lord, más no cree usted que Lady Chantal Phipper estaría muy bien cuidada con la familia Wadlow, así mismo, estaría viviendo en la mansión donde sus antepasados de parte de su madre, vivieron.

El Marqués no respondió, más le agradó la idea, ya que él tendría que viajar a varias ciudades y no podía llevar a la niña con él, indistintamente sus pensamientos volaron, trayéndole la imagen de la muchacha del jardín.

Cuando el señor Wadlow retornó, le dio una respuesta afirmativa.

Cuando todo estuvo aclarado sobre el negocio, el Marqués le indicó:

—Señor Wadlow podría hablar con usted a solas.

—Desde luego Mi Lord.

El Marqués salió muy satisfecho, de la reunión con el señor Wadlow, este le informó que hablaría con su familia y que le respondería a su propuesta lo antes posible.

Capítulo IV

La familia Wadlow esperaba al pie de las escaleras a Lady Chantal Phipper, la hija del Marqués, pues el noble había convenido de que la familia del vicario cuidara de la pequeña, en tanto él terminaba sus negocios.

La señorita Layla fundiría como institutriz de la niña y su hermana la señorita Phoebe la enseñaría a pintar, así mismo, dos tutores asistirían a la residencia, uno en la mañana, tres veces a la semana, para que la pequeña practicara idiomas y el otro todas las tardes, para que practicara música.

La familia, expectante, vio como el caballero de confianza del Marqués, extendía la mano y una pequeñita manito blanca, la asía, dejando ver que Lady Chantal era solo una niña de tres años, con ojos saltones, rostro hermoso, cabello rubio y mirada perdida.

La niña caminó al lado del señor Fiennes, mirando al suelo.

Cuando los recién llegados llegaron donde estaba la familia, el señor Wadlow se agachó de inmediato, sin esperar que fueran presentados por el señor Fiennes:

—Buenas tardes, Lady Chantal.

La niña levantó el rostro y miró al vicario.

—Soy Kellian, ella es mi esposa, Viole, y mis hijas Layla y Phoebe.

La pequeña echó un vistazo a las damas y en seguida preguntó:

—¿Voy a vivir con usted señor?

—Mi nombre es Kellian y sí, vivirá con nosotros hasta que su padre

retorne.

—Puede vivir también con usted Mimmy.

—¿Quién es Mimmy?

La niña levantó la vista hacia el señor Fiennes y después, se aproximó al señor Wadlow y le dijo al oído:

—Es una gatita...

El señor Wadlow le preguntó a la niña al oído:

—¿Y Dónde está Mimmy?

—En mi baúl de libros.

El señor Wadlow sonrió y comentó:

—Pues si Mimmy vivirá también con nosotros, es mejor sacarla de allí.

La niña sonrió, el caballero se puso de pie y extendiendo su mano a la niña, le preguntó en voz alta para que todos escucharan:

—Mi Lady ¿Cuál es su baúl de libros?

La niña miró al señor Fiennes, más escuchó, al señor Wadlow decir:

—El señor Finnes me ayudará a buscar a Mimmy ¿No es así señor?

El caballero de confianza del Marqués, miró asombrado al vicario, después a la niña, al ver la expresión expectante y de alegría, asintió.

La niña agarró la mano del vicario y sin más, fue al segundo carruaje, señaló un baúl que estaba a un lado.

El señor Wadlow con ayuda de los lacayos, descendieron el baúl y al abrirlo, encontraron a una pequeña gatita de color blanco y negro.

El vicario la tomó y le comentó:

—Bienvenida Mimmy.

La niña sonrió y con ese gesto, el señor Wadlow se ganó el corazón de la pequeña.

La pequeña Lady se adaptó de inmediato a la familia Wadlow, en especial, se apegó a la señorita Layla, ya que la niña pasaba más tiempo con ella, así mismo, la joven le tomó cariño, al palpar la desolación en el corazoncito de la chiquilla.

La señora Violet estaba en la modista acompañada de sus dos hijas y Lady Chantal Phipper.

Ya que con el dinero recibido por la venta de la propiedad, le permitía a la dama, comprar algunos nuevos atuendos a sus hijas, pues era ella quien remendaba los vestidos y se había percatado de que la tela estaba muy deslechada para poder hacer más arreglos, así que le comunicó a su esposo y el señor Wadlow le entregó una cantidad para los gastos.

Las jóvenes miraban los hermosos vestidos hechos por la señora Brettler, más al ver los precios, la señorita Phoebe comentó en voz baja a su hermana:

—Layla son muy costosos.

—Ya me he dado cuenta, no comprendo porque madre desea que lo compremos hechos.

—Es mucho lo que cuesta uno, si compramos la tela podemos hacernos cinco por lo que cuesta este.

La señora Wadlow escuchaba callada lo que sus hijas susurraban, más la dama no comentó nada.

La elegante señora Brettler entró en ese momento a la tienda y al ver las dos hermosas jóvenes indicó:

—Creo señoritas que se verá más hermosas con vestidos nuevos que están por salir del taller.

La señorita Layla en indicó:

—Oh no señora, creemos que estos están bien.

—Ustedes son las dos jóvenes más hermosas que han entrado a mi tienda en años, así que permítanme ser su asesora.

La señorita Phoebe buscó el rostro de su madre y la señora Brettler giró el rostro hacia donde la muchacha lo hacia y al encontrarse con unas facciones familiares, más, teñidas por el tiempo preguntó:

—¿Violet Howell?

La señora Violet se puso de pie y sonriente le indicó:

—Ahora soy Violet Wadlow y ellas son mis hijas.

La señora Brettler en dos pasos fue y abrazó a su amiga, las dos se fundieron en un cariñoso abrazo, después de un momento, la señora Brettler indicó, separándose a una distancia prudente:

—Wau estas igual de hermosa, con razón sus hijas son tan hermosas, ya que poseen su rostro.

—Gracias amiga.

—Cuantos años sin vernos, desde el internado.

—Sí, muchos años.

—¿Qué es de su vida?

—Pues poseo tres hijos, estoy enlazada con un vicario, es decir, con un ex vicario, y vivimos por muchos años en Lewes, más ahora, vivimos en

la antigua residencia del señor Fargo.

—Oh, la residencia que adquirió un Lord.

—Así es, nosotros cuidamos de ella y de esta hermosa damita, Lady Chantal Phipper.

La niña ajena a la conversación de las damas, al escuchar su nombre, formó una reverencia, más continuo mirando a los pequeños pajaritos enjaulados.

La señora Wadlow de inmediato indicó:

—Me informaron que aquí podíamos encontrar hermosos vestidos, nunca me imaginé que usted era la señora Brettler.

—Pues, es una larga historia, se la reduciré al decirle que mi familia quedó en la quiebra, y mi padre me enlazó a un americano rico, pero muy anciano, que vivía en esta localidad, al morir, me dejó lo suficiente para tener una vida cómoda, más como me gustaba y me gusta la moda, tomé un poco del dinero e hice mi sueño realidad, con el paso del tiempo, esto me ha dejado mucho más de lo que mi difunto esposo de dejó.

—¡Que bueno que persiguió sus sueños!

—Pues dejemos de hablar de nosotras, ya tendremos tiempo de hacerlo, ahora, dígame que busca para sus hijas.

—Necesitamos dos vestidos de verano y dos vestidos de invierno para cada una.

La señorita Phoebe comentó de inmediato:

—Pero no costosos, por favor.

La señora Brettler giró el rostro hacia la más pequeña y le sonrió al decirle:

—Su madre es como mi familia, ella estuvo a mi lado en el tiempo que más la necesité, el tiempo y las circunstancias nos distanciaros, más ahora nos vuelven a unir, aunque ustedes no lo sepan, ella es mi hermana y ustedes por ende, mis sobrinas, y le daré lo mejor a mi familia.

La señora Wadlow le sonrió a su amiga y con alegría todas buscaron los vestidos.

Lady Chantal Phipper se aproximó a la señorita Layla y le dijo en voz baja:

—¿Por qué los pajaritos están en esa jaula?

—Porque le pertenecen a la señora Brettler.

—Pero ellos son libres, ellos únicamente deben pertenecerles a Dios, eso me dijo el señor Wadlow, que Dios cuida de ellos y los alimenta.

La señorita Layla no sabía que responder a la niña, fue la misma señora Brettler que al escuchar a la pequeña indicó:

—El señor Wadlow posee toda la razón Mi Lady, si usted es tan amable de llevárselo y soltarlos próximo a su residencia, se lo agradecería.

A la niña se le iluminó el rostro al decir:

—Desde luego que lo haré señora.

Cuando las damas más jóvenes se despidieron, la señora Viole, se despidió de su amiga y le dijo en voz baja:

—Gracias, y siento lo de sus pajaritos.

—No hay porque dar las gracias, desde hoy me tendrá en su espalda y por los pajaritos, esa niña me hizo ver que estaba haciendo algo que no me gustaría que me hicieran a mí, ellos deben ser libres, pues Dios cuidará de

ellos.

La señora Wadlow sonrió y con un abrazo se despidió de su amiga.

Entrando el mes de Diciembre, la familia Wadlow recibió una nota, que provenía del caballero de confianza del Marqués, explicándoles que prepararan la mansión para recibir al noble, ya que estaba en camino.

La señora Violet y toda la servidumbre organizaron todo, en especial los aposentos del Lord, así como, recoger sus pertenencias, para dejar esa residencia e instalarse en la suya.

La señorita Layla estaba muy abrumada con la noticia, ya que a la llegada del caballero, cambiaría todo, ella de seguro que no estaría al lado de la pequeña Chantal y solo de pensarlo, su corazón se le estremeció, ya que le había tomado cariño en demasía a la niña, entre ellas, había surgido un gran apego, no solo físico, sino emocional, pues, como su hermana Phoebe estaba muy distante y retraída, buscó en la compañía de la niña llenar el vacío que sentía, asimismo, se apegó más a la niña, al saber que el caballero que le había entregado su corazón, estaba comprometido y esa fue la razón de que el señor Oliver no cumpliera la promesa que le hizo de visitarla, eso hizo que la señorita Layla simpatizara más a la niña y que compartiera con ella cada momento libre, para no pensar en su dolido corazón.

Una semana después, estaban al frente de la mansión, cuatro carruajes, y toda la servidumbre esperaba al Marqués en una fila, ya que el

ayuda de confianza del noble había enviado una carta al señor Wadlow, para que empleara a más servidumbre, para que cuando llegara el caballero, encontrara impecable la propiedad.

El señor Wadlow hizo conforme le había ordenada y con ayuda de la servidumbre, transformaron la mansión.

El Marqués descendió de su carruaje, y ayudando a una anciana, muy encopetada, a salir también, más tarde a una dama muy joven.

Todos se sorprendieron por los invitados, ya que no lo esperaban, pues en la nota del señor Fiennes no mencionó que el noble arribaría con comensales.

La señora Wadlow de inmediato se puso nerviosa, pero su esposo, le tomó una mano, en señal de apoyo.

El Marqués saludó a la servidumbre, con un movimiento de cabeza, cuando el noble llegó al mayordomo le indicó:

—¡Que preparen dos estancia para mi tía y su hija!

—Sí, Mi Lord.

La servidumbre de inmediato se dispersó y el Marqués caminó hacia su pequeña.

La niña le sonrió, como hacía mucho que no elaboraba tan radiante sonrisa, después, formó una reverencia, dejando impresionado al Marqués, más, cuando Lady Chantal se incorporó corrió a los brazos de su padre.

El Marqués sonrió, cuando su hija chocó con ineptitud en sus piernas, se agachó y la abrazó, inmediatamente le dijo en voz baja:

—Le traje un obsequio.

La niña sonrió y ulteriormente preguntó:

—Le traje uno a Layla también.

El Marqués giró el rostro hacia la mayor de las hijas de los Wadlow, la joven se vía hermosa con ese vestido, más la muchacha no levantó el rostro.

El Marqués depositó a su hija en el suelo, la niña de inmediato le tomó la mano y le indicó:

—Debe saludar usted a Layla.

El Marqués miró a su hija y le sonrió, y en vez de saludar al señor Wadlow, como correspondía, caminó hacia la hija y tomando su mano y señaló:

—Señorita Wadlow, gracias por cuidar muy bien de mi hija.

La niña sonrió, más la señorita Layla se ruborizó por la atención recibida del caballero.

En seguida, el Marqués se volvió a los demás Wadlow y les expresó su agradecimiento, posteriormente, presentó a su tía y sobrina.

Lady Melania Walsh y su hija Lady Susana Walsh, saludaron a la familia, sin ninguna altives, al contrario, la anciana sonrió a la familia.

Esa tarde, el Marqués se reunió con el señor Wadlow en su despacho:

—Señor Wadlow, es mi parecer que no necesitamos de intermediarios para poder hablar nosotros, por esa razón, prefiero que hablemos sin la necesidad de que el señor Finnes esté presente.

—Como usted desee, Mi Lord.

—Señor Wadlow, me he enterado de que usted y su familia se marchan a la residencia que ahora le pertenece.

—Sí, Mi Lord, con su llegada, nosotros ya no somos necesarios, además, mi esposa desea retomar su ayuda a las damas del pueblo, como verá usted, nosotros no somos personas acostumbradas a tanto lujos y hacer tantas ceremonias.

—Usted afirma que no son de muchas ceremonias, más su hija mayor le ha enseñado más modales y normas, en estos cuatros meses a mi hija, que cualquier otra institutriz.

—Nuestra hija Layla es diferente, la prudencia y las normas siempre estuvieron atadas a su corazón, ella nació con esas cualidades.

—Lo que me está diciendo usted que su hija nació siendo una dama.

—Bueno, no sé si esa sería las palabras correctas, más Layla ha sido siempre muy cuidadosa, creo que esa palabra definiría mejor el carácter de nuestra hija.

—Señor Wadlow, ¿Permitiría usted que su hija mayor continuara siendo la institutriz de mi hija?

El señor Wadlow se sorprendió por la pregunta, más pronto recapacitó:

—Mi Lord, como padre y cuidador de mis hijas, no estaría de acuerdo, pues Layla únicamente posee veinte y un año, esta en tiempo de buscar un caballero y ser esposa, si consiento en que sea la institutriz de su hija, las personas no le darían el respeto que se merece, usted me comprende, Mi Lord.

El Marqués se puso de pie, colocó sus manos detrás de su espalda y caminó hacia la ventana, después de meditar un instante, regresó a tomar asiento e indicó:

—Pues señor Wadlow, le pido la mano de su hija en maridaje.

Al señor Wadlow, se le desencajó el rostro, pues no esperaba una propuesta así del caballero, y una tan fría y directa, como si de un negocio de tierras se tratara.

El señor Wadlow, cerró por un instantes sus ojos y posteriormente los abrió y señaló:

—Mi Lord, perdone usted, pero le he prometido a mi esposa que no impondré a mis hijas sus esposos, son ellas quienes tienen que aceptar, pues dependiendo de su decisión, será su futuro.

El Marqués analizaba al señor Wadlow desde su asiento, comprendiendo que aquel caballero era mucho más audaz que él y que además, la ambición no lo movía a entregar a una de sus hijas por dinero o título, y con esa actitud, el señor Wadlow se ganó más el respeto del Marqués.

—Pues en tal caso señor Wadlow, dejemos esta conversación entre caballeros y tal vez poco a poco convenga a su hija de que acepte ser mi esposa.

—La palabra no sería convencer Mi Lord, sería cortejar, alegar, o enamorar, esas son las palabras que les agradan a las damas.

—¿Esa fueron las palabras que usted utilizó para convencer a su esposa?

—No, Mi Lord, la palabra que utilicé, fue amor, amada, mi amada.

El Marqués no respondió y el señor Wadlow se puso de pie, haciendo una reverencia, salió del despacho del Marqués, más como había prometido al caballero, no mencionó nada del asunto con su esposa.

Lady Chantal Phipper cada tarde era llevada a la residencia de los Wadlow, por una institutriz, para tomar el té con la señorita Layla.

La joven se alegraba sobre manera, cuando la niña la visitaba.

Una tarde la señorita Layla no acompañó a su familia a visitar a unos amigos, esperando la llegada de la niña, cuando tocaron a la puerta, la muchacha caviló que era la pequeña, así que con alegría, abrió la puerta, más, quien estaba en el dintel era el señor Oliver Lee.

La joven de la impresión dio un paso hacia atrás.

El caballero sin más le sonrió, para ella fue como si el tiempo retrocediera, sin embargo, recordó que el señor Oliver estaba comprometido para enlazarse:

—Señor Lee, ¿Qué sorpresa?

Al caballero se le coaguló la risa, al escuchar la formalidad en la voz de la joven, así que sin más, indicó:

—Pasaba por el pueblo y me recordé de usted.

—Muy gentil de su parte Señor Lee, más disculpe que no lo pueda recibir, ya que mis padres y hermana no están en estos momentos.

En ese instante se escuchó una tos seca, proveniente del Marqués, que esa tarde acompañaba a su hija.

La señorita Layla desde la puerta, se sorprendió con la segunda visita.

La niña corrió a abrazar a la señorita Layla, en tanto el Marqués decía al señor Oliver:

—Señor Lee no estaba enterado de que usted conociera a la señorita

Wadlow.

La joven dama se apresuró a responder, pues por alguna razón que ella no entendía, no deseaba que el Marqués tuviese dudas, así que indicó:

—El señor Lee es amigo de la familia por muchos años, ya que nosotros vivimos en Lewes y nuestra residencia estaba próxima a las tierras del Conde de Bute, en donde residía la familia del caballero.

El señor Oliver se sorprendió de que la joven hablara de forma tan clara y precisa, en su presencia, así que afirmó:

—Así es Mi Lord.

La joven se apresuró a comentar:

—Pero le he explicado al señor Lee que mi familia no está.

—Pues creo que ahora no habrá problema señorita Wadlow de recibir a su amigo, ya que mi hija la acompañará, más conociéndola a usted y sus modales, deduzco que deseará que también me quede.

La señorita Wadlow, sin más indicó:

—No creo Mi Lord que sea prudente que dos caballeros solteros estén con una dama, así que será mejor que los dos se retiren y dejen a Lady Chantal Phipper, no se preocupe Mi Lord, cuidaré bien de ella.

—Cómo usted desee señorita Wadlow.

El Marqués se despidió de su hija y esperando que el señor Lee hiciera lo mismo, lo aguardó.

El caballero se despidió de la dama, ella no tenía ningún indicio de haberlo extrañado, por el contrario, se veía un poco enojada con su visita, y eso que la dulce Layla no estaba enterada de que era un caballero comprometido.

El Marqués lo sacó de su cavilación, al preguntar:

—¿Una de las hijas del señor Wadlow es el motivo de que no deseaba su compromiso?

El señor Lee asintió, en aquel momento el Marqués recapacitó y preguntó:

—¿Es la señorita Layla?

El caballero volvió a asentir.

—Entonces porqué no se comportó como un caballero con mi sobrina, sin más tenía que alejarse de ella.

—Sí debí hacerlo, más no puedo negar que su sobrina me atrae.

—No comprendo señor Lee.

—La señorita Layla siempre tuvo una devoción sincera a mi persona, más nunca la tomé en cuenta, hasta que, bueno, la vi jugando con su hija entre las hojas, la volví a ver y fue como si nunca la hubiese visto, sus ojos verde brillaban con alegría, su cabellera color miel salió de su cofia, sus mejillas rojas por la agitación, me hicieron comprender que fui un ingrato en rechazar su amor...

—Ya es muy tarde señor, usted no le dio valor a lo que la dama le daba y sin pensar en ella, mancilló a una inocente que dentro de poco será su esposa, así que, por su bien, no se aproxime a la señorita Wadlow, pues si llega a mis oídos que usted hace tal cosa, lo lamentará, no vuelva a molestar a la dama y mucho menos a visitarla, y aunque su primo es mi mejor amigo, le aseguro que llegará muy magullado al altar si lo intenta.

El Marqués sin mirar atrás subió a su carruaje, esperó que el señor Lee se alejara en su montura y sin poner contener su rabia, golpeó con fuerza el techo del carruaje con su bastón...

La señorita Layla disfrutó de la compañía de su pequeña amiga, ella le dijo cuando ya había pasado una hora:

—Layla quisiera que usted se fuera a vivir conmigo a la mansión, me siento sola sin usted.

—Eso no es posible Lady Chantal, una dama de mi edad no puede vivir en la mansión de un caballero, sin esposa.

—Pues le diré a papa, que la elija a usted como esposa.

La señorita Layla se ruborizó por la ingenuidad de la pequeña, más no pudo reprenderla, pues en esos momentos entró a la estancia el Marqués.

La niña sin esperar, fue al encuentro de su padre y al frente de la ama de llaves, indicó:

—Papa, pida a Layla que sea su esposa, para que viva con nosotros en la mansión.

La ama de llaves abrió la boca en una perfecta o y se marchó del lugar.

La señorita Layla descendió el rostro ruborizada, esperando una respuesta ambigua del caballero.

El Marqués sonrió a su hija y le expresó:

—Chantal hija, un caballero no puede hacer tal proposición así sin más, debe primero cortejar a la dama.

—¿Cortejar? ¿Qué es eso papa?

—Pues primero, pedirle que si ella está de acuerdo en que la visiten y que le traigan flores y chocolates.

—Pues no hay problema, usted puede visitar a Layla todas las tardes conmigo, traerle flores y chocolates.

La señorita Layla no sabía donde poner su rostro, así que, por vergüenza se lo tapó con las dos manos, más, al escuchar la respuesta del Marqués, se le cayeron las manos al suelo:

—Para que pueda cortejar a la señorita Wadlow, ella tiene que aceptar primero, hija.

La señorita Layla, levantó el rostro, miró al Marqués a los ojos, como buscando un deje de burla, más el caballero estaba mirándola fijamente, y ni una sombra de duda nublaba su mirada.

Los dos se miraron y algo ocurrió, ella se perdió en esos ojos azules, como el cielo claro, hasta que la señorita Chantal preguntó:

—¿Verdad que aceptas Layla?

La joven descendió el rostro a la niña y al ver la dicha de ella, asintió con la cabeza, más no volvió a ver al caballero de frente.

La pequeña brincaba de alegría, por la noticia recibida.

El Marqués comprendió que la señorita Wadlow estaba confundida, así que indicó a su hija:

—Chantal hija, despídase, creo que la señorita Wadlow necesita estar sola.

—Sí papa —, el caballero iba a salir cuando la niña lo detuvo al decir—¿Usted no se despide?

La pequeña con astucia dio un beso a la señorita Layla en la mejilla y

con alegría salió de la estancia, cerrando la puerta detrás de ella.

La señorita Layla fue la primera en decir:

—¿Ussted estaba bromeando con la propuesta?

—No señorita Wadlow, esta es una propuesta real, no le ofrezco cosas emocionales, más le diré que cuidaré de usted, la respetaré y sobre todo cuidaré de los suyos, se que para una joven de su edad, lo emocional es lo que más cuenta, más respóndame, ¿Qué ha ganado con ello? Dolores, frustración, soledad, lo que le ofrezco es una familia, mí familia, a mi hija, su felicidad y trataré de garantizar también la suya y la de sus seres queridos, como lo es la felicidad de su hermana.

La señorita Layla recapacitó en las palabras del caballero, pues los rumores estaban destruyendo por dentro el corazón de su pequeña hermana, ya que la esposa del señor Ethan Byrne al enterarse de que el caballero amaba a su hermana, había hecho correa muchísimos cotilleos, en contra de su persona, haciendo que el corazón de ella, además de estar dolido, estuviera destrozado, ahora el señor Oliver quería hacer lo mismo con ella, así que sin más indicó:

—Está bien Mi Lord, acepto su propuesta.

En el rostro del Marqués no se vio ningún cambio, ninguna expresión cubrió su rostro, al decir:

—No soy un mozo, y ni un muchacho joven, señorita Wadlow, mejor piense sus palabras, pues una vez que acepte no habrá retractación, la felicidad de mi pequeña está en juego.

—Ya recapacité Mi Lord, y acepto.

—Muy bien, pues mañana comenzaré mi cortejo y en un mes usted será mi Marquesa, más, todos deben saberlo a su tiempo, incluyendo a su

familia, ya que conociendo a sus padres, no le permitirían tomar una decisión así, con la frialdad con que lo ha hecho.

—Como usted diga Mi Lord, no hablaré con nadie del asunto.

El caballero formó una reverencia y salió de la estancia.

Dejando a la señorita Layla temblando y abrumada por lo que había dispuesto.

Se dijo que no volvería atrás y que así mismo, nadie hablaría de la hermana de una Marquesa, Phoebe estaría libre de la habladuría de la gente, y además, ella podría vivir con su querida Chantal, como si la niña fuera su hija.

Al retornar sus padres, la ama de llaves les comunicó de las visitas, más la señorita Layla no le dio mucha importancia, así que los señores Wadlow no se enteraron de la conversación que tuvo su hija con el Marqués.

La señorita Phoebe esa noche preguntó a su hermana:

—Layla ¿A qué vino Oliver?

—Sólo a visitarnos.

—Le habló de que estaba comprometido.

—No tenía que hacerlo, esa es su vida, nosotros no somos nada de él.

—Layla pero él siempre ha estado al tanto de sus sentimientos.

—Creo que como una vez usted me explicó, que estaba confundida con lo que sentía por el señor Byrne, ahora creo que de igual manera, estaba confundida con mis sentimientos. Cuando vi ayer al señor Lee, ya no me sentí cohibida y aniñada en su presencia e incluso, tuve la suficientes

palabras para decirle que no era el momento de su visita.

—¿Usted le dijo eso?

—No con esas palabras, pero sí.

—Pues nosotras tenemos que saber muy bien que sentimos, ya que las dos creímos algo que no era, ahora que las cosas han cambiado, y podemos ver mejor, estamos saliendo de este laberinto de tinieblas, en el cual, únicamente veíamos a un caballero.

—Phoebe, tenga mucho cuidado a quién entrega su corazón.

—Usted también Layla.

Las hermanas volvieron a compartir recámara, pues la residencia era pequeña, se quedaron calladas, cada una con sus preocupaciones.

Una la poseía mayor que la otra, más las dos estaban convencidas de que todo lo que habían escuchado cuando su madre ayudaba a las damas casadas, era verdad, que en los caballero no se podía confiar...

Capítulo V

La familia Wadlow se sorprendió, cuando cada tarde el Marqués acompañaba a su pequeña niña, a visitar a su hija Layla,

La pequeña muy astuta no comentaba nada, solo disfrutaba jugando con su padre y la dama, tomando el té, posteriormente, se marchaban.

Toda esa semana pasada, el Marqués acompañó a su hija, más el sábado, fueron invitados la familia Wadlow a la mansión a una tarde de familia.

Al llegar la familia Wadlow al salón verde, se encontraron que al señor Lee acompañaba a su hermana, la difunta Condesa de Bute, pues su esposa estaba en Londres, estaban asimismo de visita, su hijo, el señor Oliver Lee, así como también, Lord Ethan Byrne y su esposa y también Lord Clark Byrne, el nuevo, Conde de Bute, ya que su padre había fallecido.

Al ver que la familia Wadlow se presentaban a esa reunión familiar, Lady Byrne se puso de pie y con ímpetu preguntó:

—¿Qué están haciendo estas personas aquí?

El Marqués sin dar importancia a la pregunta de la dama, se aproximó a la familia Wadlow y expresó:

—¡Bienvenidos señores Wadlow!

El Marqués se giró con el brazo de la señorita Layla entrelazado con el suyo, indicando a los presentes:

—Les presento a mi prometida, la señorita Layla Wadlow.

Todos los presentes se sorprendieron por el anuncio, en especial la señora Violet Wadlow, pues nunca imaginó que algo así sucediera, más su esposo que comprendió el asombro de su esposa, le pasó una mano, dándole apoyo.

La señorita Phoebe quien asimiló más rápido la noticia, levantó la barbilla, en tanto, los invitados no podían creer el anuncio y por estar anonadados, no repararon que también la familia de la prometida estaba con un choque emocional...

El mayordomo acompañado de las doncellas, sirvió el té y las pastas, esto ayudó a que todos reflexionaran un poco.

El Marqués muy tranquilo indicó:

—Como pronto todos seremos familia, primero por nuestras la nupcias y después, con la nupcias de mi sobrina con el señor Lee, creí prudente que todos conocieran a la familia de mi futura Marquesa.

Los presentes se quedaron muy asombrados por el anuncio del Marqués, ya que no esperaban que un caballero con ese rango de nobleza, además de riqueza, eligiera a la hija de un simple párroco como Marquesa.

Sabiendo lo que los invitados cavilaban, el Marqués indicó:

—Desde hoy quien hable de mi prometida o de su familia, será una afrenta a mi persona, y no permitiré tal cosa, pues la familia Wadlow son ya parte de la familia Phipper.

Todos incluso el Conde se quedó callado, mirando de reojo, a la menor de las hijas del ex vicario, ya que a esa muchacha en todo ese tiempo, no la había podido sacar de sus pensamientos.

En tanto, Lord Ethan Byrne no se atrevía a mirar a las damas, por temor a que su esposa lo encontrara contemplando a la muchacha y que eso le acarraría muchas discusiones.

Cuando iban de camino a la pequeña residencia de la familia Wadlow, la señora Violet preguntó por fin a su hija:

—¿Layla por qué no fue sincera con nosotros y nos refirió lo que estaba ocurriendo?

—Madre el Marqués me pidió que no lo dijera.

—Pero mire usted de que forma nos enteramos.

El señor Wadlow explicó a su esposa:

—El Marqués no deseaba decirlo de esa manera, más al escuchar las palabras ofensivas de Lady Byrne no aguantó y quiso que esas personas nos respetaran.

—No comprendo Kellian, ¿Por qué un Marqués desea contraer nupcias con la hija de un vicario?

—Es que usted no ha visto a sus hijas, son hermosas, como lo es usted, además, el caballero me lo había pedido, en ese momento le contesté que debía preguntárselo a nuestra hija y al parecer que ella aceptó, ¿No es así Layla?

La joven sorprendida por la declaración de su padre, inquirió en vez de responder:

—¿El Marqués se lo había pedido Padre?

—Sí, más como no dependía de mí la respuesta, quedamos en que

todo se quedaba entre caballeros, pero todo ha cambiado, ahora que usted accedió.

Cuando las dos hermanas estaban a solas, la señorita Layla preguntó a una calla da Phoebe:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, más todavía no salgo del asombro.

—Fue tanto su asombro al volver a ver a Lord Ethan Byrne.

La señorita Phoebe, miró a su hermana de frente al decir:

—¿Qué? No, ese caballero es un cobarde, en toda la tarde se comportó como un niño que teme a su madre, mejor dicho, a su esposa.

—Jajaja, Jajaja. Usted también lo notó.

—Sí, Jajajaja....

—¿Pues que fue lo que aún la mantiene asombrada?

—Que mi querida hermana, la puritana, se comprometió con un Marqués a escondidas y asimismo, que dicho Marqués no poseía más ojos que para ella.

—¿Qué dice usted? Ese caballero simplemente me ve como la futura madre de su hija.

—Unja, será la futura madre de sus hijos.

—¿Phoebe Wadlow?

—Oh Layla, ese caballero siente algo por usted, pues cuando escuchó que ofendían a la familia de su amada, salió como un príncipe azul a defender a su adorada.

—Deje de soñar Phoebe, el caballero lo que estaba cuidado era su integridad y nombre, además, hablando de caballeros me fijé que el nuevo Conde no le quitó los ojos de encima.

—Ese altanero, es un cretino.

—¿Phoebe?

—No comenté nada, pero el muy patán se aproximó una vez a mí, para pedirme que me alejara de su hermano, que damiselas sin rango o abolengo, sólo deseaban trepar en la clase social y que me pusiera en mi lugar.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El mismo día que retornamos de la villa de los Lee, cuando nos encontramos con el señor Oliver y su amigo.

—¿Por qué usted no lo mencionó?

—Después padre nos comunicó que nos marchábamos, así que, dejé las palabras del caballero atrás, así como mi vida.

—Lo siento hermana.

—No hay nada que sentir, pues su amado Marqués me dio la mejor satisfacción de mi vida, ver a ese Conde arrogante tragarse sus palabras.

—El Marqués, no es mío, además el Conde es muy amigo de él.

—Pronto lo será, y usted de él.

La señorita Layla se quedó callada meditando en las palabras de su hermana, y por primera vez en esos días comprendió lo que significaba aceptar al Marqués como prometido, que pronto sería su esposa.

Después de la declaración del Marqués, de que la señorita Layla Wadlow, era su prometida, todos los del pueblo cambiaron su forma de mirar a la familia, e incluso, los cotilleos acerca de la menor se esfumaron, pues, quién osaba hablar mal de la hermana de la futura Marquesa.

No sólo cambió la forma de como la gente del pueblo miraban a la familia Wadlow, e incluso la servidumbre de la mansión, así como la tía del Marqués y su hija, pero no solo ellos, el mismo Marqués cuando iba en compañía de su hija a visitar a su prometida, se quedaba sin palabras, simplemente, observando a la muchacha, de igual manera, la señorita Layla se retraía cuando estaba presente el Marqués, y eso, que sólo faltaba una semana, para las nupcias.

Dos días antes de las nupcias, el Marqués llegó a la residencia de los señores Wadlow, con un ramo enorme de rosas blancas, él cual, entregó a su prometida, la joven lo recibió con mucha vergüenza.

La señorita Phoebe acompañaba esa tarde a su hermana, tomó las rosas y se disculpó diciendo:

—Voy a ponerlas en agua.

La señorita Phoebe salió de la sala, dejando a los dos solos y cerrando la puerta detrás de ella.

La señorita Layla indicó al ver el proceder de su hermana menor:

—Disculpe Mi Lord, debo abrir la puerta, Phoebe no es muy buena con el decoro.

Cuando la señorita Layla pasó por el lado del Marqués, este, la tomó de la muñeca y la detuvo diciendo:

—Creo que esta vez, estoy de acuerdo con su hermana.

La señorita Layla, miró la mano grande y fuerte que aprisionaba su muñeca, después, levantó el rostro para encontrarse con que el caballero la miraba con intensidad.

La señorita Layla abrió la boca, por el asombro, y el Marqués aprovechó para apoderarse de ella, con ansias reprimida, más, suavizó su beso y rosó los carnosos y dulces labios de la muchacha, cuando ella suspiró, el Marqués la apegó más a él, con suavidad separó los labios, para decirle:

—He soñado con tenerla así.

La señorita Layla se ruborizó e iba a bajar la cabeza, más el Marqués con una mano en su barbilla, hizo que la muchacha levantara la cabeza y le susurró:

—La voy a volver a ...

Más el caballero no terminó la frase, cuando sus labios volvieron a unirse, esta vez, la señorita Layla cavilaba que sus piernas le fallarían, por esa razón, pasó sus brazos por el cuello del caballero.

Él al sentir los brazos de la muchacha, profundizó el beso y saboreó la dulce miel de sus labios.

La señorita Layla se perdió en ese beso.

El Marqués deseaba fundirse en ella, más comprendió lo inocente que era su prometida, al dejarse llevar por un caballero lleno de pasión, así que, poco a poco soltó el agarre y dejó de besarla, más la mano que puso en la barbilla de la muchacha impidió que descendiera el rostro, cosa que él aprovechó para decirle:

—Pronto le enseñaré lo que es, la dicha, hoy sólo la he llevado a un

jardín, más cuando sea mía, la llevaré al paraíso, en nuestra noche de bodas, usted señorita Layla, en dos días será mía.

Ella no comprendió bien, a que se refería el caballero, más se dijo, que si lo que ella sintió entre sus brazos, era un jardín, que sería cuando la llevara al paraíso.

El caballero, le dio un casto beso en los labios, sacó una cajita de terciopelo rojo, la abrió y un hermoso anillo de diamantes se dejó ver, la muchacha se asombró, más el Marqués tomó la mano de la muchacha y poniéndole el anillo, le sonrió.

En ese momento, la puerta se abrió, entrando la señorita Phoebe con las rosas blancas en un jarrón.

El Marqués al frente de su cuñada, depositó un tierno beso en los labios de su prometida, después, haciendo una reverencia, salió de la estancia, dejando a una señorita Phoebe sonrojada y a una señorita Layla, en las nubes.

Cuando la señorita Phoebe se recompuso del asombro, vio como su hermana mayor, todavía con los labios rojos e hinchados, se sentaba en la butaca, como quien no posee fuerzas, la menor se le aproximó y preguntó:

—¿Qué fue eso Layla?

La muchacha aún con los ojos brillosos indicó en voz baja:

—Me ha besado, el Marqués de Normandy me ha besado Phoebe.

—Pero hermana, eso es normal, ustedes en dos días serán esposos.

—Sí, más, no sé que es esta sensación, porque mi cuerpo tiembla,

cuando estaba entre sus brazos, desee aferrarme más a él, no sé de donde me salió ese deseo, no lo comprendo hermana.

—Eso Layla es amor, así lo describen las novelas que leía de la señora Marth.

—Entonces, eso mismo sintió usted, cuando la besó Lord Byrne.

—Sí, por esa razón creí que él se enlazaría conmigo, más ve usted, no fue así, pero cuando recientemente lo volví a ver, ya no siento lo mismo, es como si nunca hubiese sentido algo por él.

—Eso me asusta Phoebe, pues si usted sintió primero amor hacia el caballero, más ahora no lo quiere.

—En verdad, lo detesto, no sé como permite que su esposa lo trate como un lacayo, además, ha aprobado que ella invente cosas que nunca ocurrieron, sin decir que como caballero y dueño de su residencia, deja mucho que desear.

—Phoebe —, dijo la mayor, estrujándose las manos —, tengo miedo de que hoy sienta amor por el Marqués y mañana cambie mis sentimientos hacia él, ya que ahora es que comprendo, en lo que me he metido.

—¿No comprendo Layla?

—Hermana recuerde siempre lo que madre le decía a la señora Matilde, que cuando una se enlaza los esposos son buenos y dóciles, más después con el tiempo, se vuelven enemigos unidos por una sortija.

—No sé que decirle Layla, más mire el ejemplo de padre y madre, ellos se quieren mucho, nosotras somos testigo de ello, por otra parte, estoy segura de que madre hablará con usted de ese tema y la ayudará con sus interrogantes.

La señorita Layla sonrió a su hermana más pequeña, pues no

pretendía abrumarla más, así que indicó:

—Usted posee toda la razón Phoebe, madre me ayudará.

La señora Violet, la noche antes de la nupcias, se aproximó a su hija, sacando del salón amarillos a la menor y tomando asiento al lado de la mayor, la madre no estaba nerviosa, más la señorita Layla estaba que se frotaba las manos, por la angustia que sentía.

La madre se dio cuenta y le indicó:

—Hija esta conversación, no será diferente a la que antes hemos tenido.

Su hija por primera vez, la miró al rostro.

—Layla hija, mañana usted pasará de ser nuestra hija, a ser la esposa de un caballero, sólo hay una diferencia, nosotros éramos responsables por su bienestar, en verdad como madre y la esposa del señor Wadlow, la responsabilidad de mantener el hogar caían sobre mis hombros, desde mañana, usted tendrá su propio hogar, siendo la responsable, en su nueva vida, del Marqués y de su pequeña hija —, la señora Viole suspiró al decir —, confío en que usted será una excelente esposa, no me cave la menor duda de que se comportará siempre como una dama, pues, usted nació con los molales incrustados en su mente, más, déjeme decirle Layla, que para ser una buena esposa, usted tendrá que pedirle a Dios sabiduría, cada caballero es diferente, cada dama por igual, no hay una formula que sirva para todos, más, están las instrucciones del Libro Sagrado, que nos ayuda a saber cual es la forma de que nuestros maridos nos amen, y en sólo unas líneas, está es el secreto: en Efesios 5:33 “Por lo demás, cada uno de

vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido”.

—Eso tan simple madre, respetar.

—Se escucha simple y se oye lindo, más que difícil es ponerlo en práctica hija, ya que desde Eva nosotras traemos un deseo innato de tener el control de todo lo que nos rodea y eso hija, es lo que usted debe deponer para que su esposo la ame.

—No comprendo madre.

—A su tiempo, lo entenderá.

La señora Violet frotó sus dos manos y mirando a los ojos a su hija le indicó:

—Layla hija hoy es usted una princesa, más mañana cuando su cuerpo se una al de su esposo en uno, usted se convertirá en una Reina.

—¿Una Reina? ¿Cómo así madre?

—Las princesas, exigen, mandan, ordenan y reciben, las Reinas miran, observan, medita y actúan, nunca una Reina antepone sus emociones a la razón, ella debe tener siempre la mente enfocada para tomar la mejor decisión para su Reino, eso debe ser usted, pídale a Dios que la ayude, al principio, no le será fácil y sufrirá, porque usted ahora posee una expectativa de lo que será su matrimonio, de seguro que hasta a soñado y por su puesto, todo en su mente está bien, más hija, no espere nada de su esposo, no se crea merecedora de nada y sobretodo, sea honesta con usted misma y siempre de lo que en verdad desea dar.

—Son muchas palabras que me confunden madre.

—Ahora son palabras confusas, más cuando sea el tiempo preciso, usted las comprenderá, se lo aseguro.

La señorita Layla se puso nerviosa a preguntar:

—¿Madre que debo hacer la noche de ...?

—Layla hija, si usted decidió unir su vida con el Marqués para toda la vida, ¿Usted lo hizo por su propio juicio?

—Sí, madre.

—Pues, confié esa noche en su esposo, sea sincera y dígame que su madre únicamente le dijo, que él cuidaría de usted y que usted confiara en él que no la lastimaría, comprende.

—¿No me lastimaría madre?

—Layla cuando dos personas se enlazan, en la noche es natural que los dos deseen fundir sus cuerpos en uno, y es por dos razones, una no muy buena, más la segunda es la manera perfecta. La primera es porque se sientan atraídos y que la pasión los consume y eso es una unión de cuerpos, la segunda, es porque su amor los lleva a que los dos sean una sola carne, que dejen todo atrás y comiencen los dos unidos en cuerpo y alma, ese es el hermoso camino que Dios hizo que se llama familia.

La nupcias se celebró en la pequeña capilla de la mansión del Marqués, su gran amigo el Conde de Bute fue su caballero de sortija y la señorita Phoebe la dama de las flores.

El Conde en toda la ceremonia no le quitó la mirada a la menor de las hermanas Wadlow, poniendo nerviosa a la muchacha.

La ceremonia fue familiar, donde únicamente asistieron la familia de la novia, la del novio y el Conde de Bute y el señor Oliver Lee, y quién los

bendijo fue el señor Wadlow.

El Marqués, muy orgulloso de su nueva esposa, le extendió el codo para desfilas a su lado.

Lady Layla Phipper ahora la Marquesa de Normandy, con nerviosismo se asió del brazo de su esposo.

Cuando salieron de la capilla, la prima del Marqués al junto de su prometido, se aproximaron a ellos, la joven muy alegre les indicó:

—¡Que sean muy felices!

Fue el Marqués que respondió, mirando al señor Oliver Lee:

—Ya lo somos, prima.

Lady Layla Phipper no dijo nada, ya que ni podía levantar la cabeza del suelo.

Los demás familiares se les aproximaron para darle su felicitaciones, entre ellos, los de la novia.

Antes de marcharse, Lady Chantal se abrazó a su padre y le dijo:

—Gracias padre, por darme lo que le pedí como regalo de cumpleaños, a señorita Layla como madre.

El Marqués dio un beso a la niña, y la ahora Marquesa imitó a su esposo.

La niña se abrazó fuerte de su cuello y le preguntó en voz baja:

— ¿Puedo llamarle mamá?

Lady Layla levantó el rostro hacia su esposo, él asintió con la cabeza, entonces ella, dándole un tierno beso en la frente de la pequeña, le indicó:

—Puedes llamarme como desee, pues lo que siento por usted, Lady Chantal no se encierra en una palabra.

La niña le sonrió y la volvió abrazar.

Fue así que los nuevos Marqueses de Normandy se marcharon para pasar dos meses de luna de miel.

Lady Layla miraba por la ventanilla del carruaje y recordando las palabras de Lady Chantal, se ruborizó, pues ahora comprendía muchas cosas, había sido la niña que le pidió a su padre que la cortejara, ese reconocimiento clavó un alfiler en su corazón, pues aunque todo ocurrió en su presencia, nunca caviló que la pequeña se lo pidiera antes de ese momento.

El Marqués muy callado la observaba, hasta que rompió el silencio, al decir:

—Usted no me informó que conocía al prometido de mi sobrina.

La joven sorprendida por la pregunta, se giró y con tranquilidad respondió:

—Es que en verdad no tuvimos tiempo de hablar de ello, Mi Lord.

—Ya creo que las formalidades sobran, mi nombre verdadero es Constantine Albert Phipper, usted elija como me llamará, más desde hoy, no deseo escuchar formalidades.

Ella muy tímida preguntó:

—¿Usted cómo me llamará?

El Marqués la miró de frente, y cambiando de asiento a su lado, le tomó la barbilla y la levantó hacia él, cuando le indicó:

—Usted es Harriet para mí, sólo para mí.

Y descendiendo poco a poco su rostro, la besó.

Fue un beso tierno al principio, más después se transformó en exigente, en mandatorio, como si el Marqués reclamara sus labios para él. La cordura llegó a su mente y despegándose poco a poco, observó a su ahora esposa, aún con los ojos cerrados y los labios hinchados, y sonrió, pues en verdad la muchacha era bella, inigualablemente hermosa y aunque fue su hija que le pidió que se la diera como su madre, ya la belleza de la joven no era oculta antes sus ojos.

Lady Layla abrió los ojos, se encontró que su esposo la contemplaba, y se ruborizó.

El Marqués deseaba continuar besándola, más recordó la palabras del señor Wadlow, trátela como a una joya muy fina, mi hija es muy inocente. Así que dándole un beso en la frente, se apartó de ella y miró por la ventana.

Cuando Lady Layla se recompuso del beso, le preguntó:

—¿Cómo sabe usted que me llamo Harriet?

El Marqués la observó y haciendo una mueca de sonrisa apuntó:

—Su padre completó la licencia especial con su nombre competo, Layla Harriet Wadlow, ahora Lady Layla Harriet Phipper, mí Marquesa.

La joven se ruborizó al escuchar como él se apropiaba de ella, usando mí, como su posesión.

El Marqués la sacó de su cavilación al preguntar:

—¿Cómo conoció al señor Oliver Lee?

La joven no comprendió el porqué de continuar hablando del caballero, más respondió con honestidad, al decir:

—Nosotros vivíamos en Lewis, mi padre era el vicario de ese pueblo por muchos años, el antiguo Conde, en vida, fue muy amigo de mi padre y le dio esa plaza, la familia Lee era quien cuidaba de esa mansión del Conde de Bute, pues están emparentados. Nuestra residencia colindaba con las tierras del Conde y desde que poseo uso de razón, me acuerdo haber conocido al señor Oliver Lee, siempre se comportó como un miembro de nuestra familia —, la muchacha recordó que el caballero nunca le declaró sus sentimientos, así que continuó — Él nos ve como si fuéramos hermanas.

El Marqués apretó la mano, ya que él sabía que eso no era verdad, así que decidió cambiar de tema al decir:

—Ahora Harriet ¿Cómo me llamará usted?

La joven se ruborizó por la pregunta, eso hizo que el Marqués sintiera un deseo incontrolable de besarla de nuevo.

Lady Layla levantó poco a poco su barbilla para mirar a su esposo al rostro y le indicó:

—Me gusta Albert, nadie lo llama de esa manera y además...

Ella no terminó la frase.

El Marqués cambió una vez más de asiento, y tomado la barbilla de la muchacha preguntó:

—¿Y además?

Ella lo miró a los ojos, cuando manifestó:

—Es un nombre tierno y lleno de suavidad.

El Marqués poco a poco descendió los labios, mientras, preguntaba:

—¿Así?

La besó muy tiernamente, más la pasión nubló su mente y como si se

tratara de una muñeca de trapo, la alzó y se la colocó en su regazo.

Lady Layla se sorprendió al principio, más al sentir aquellas sensaciones que el toque de las manos y los labios del Marqués le producían, se dejó llevar por el mar de las emociones, hasta que los dos se sumergieron en las olas de la pasión, de tal manera, que no hubo ancla que lo estabilizaran, pues, el viento y la tempestad del ardor se apoderó de ellos, sin dejar un segundo a que la razón los visitase.

Cuando los dos estaban exhaustos y los dos a la orilla de la playa de la saciedad, entendieron que estaban desaliñados y ella muy desarreglada, así que su esposo, tomó su gabán y se lo colocó encima de su hombro.

Un tiempo después, cuando los lacayos tocaron a la puerta, para que supieran que habían llegado, el Marqués ya recompuesto, tomó a su esposa entre sus brazos y la llevó cargada.

La servidumbre que los esperaban para darles la bienvenida, todos se quedaron pasmados, al ver al Marqués con su nueva esposa en sus brazos y que la dama escondía su rostro en el pecho del caballero, como tratando de resguardarse.

El Mayordomo le dio la bienvenida de parte de todos, más la Marquesa continuaba acurrucada en el pecho de su esposo.

El Marqués sólo indicó:

—Buenas tardes a todos, ya pueden volver a sus puestos y señor Frederick, que preparen el baño en mis aposentos.

—Sí, Mi Lord.

El Marqués continuó caminando con su esposa en brazos, en tanto le decía:

—La llevaré a mis aposentos.

Ella desde su pecho le comentó:

—Debo cambiarme.

—No necesitaré cambiarse.

—Pero estoy ...

—Sí, soy testigo de ello, más no deseo tenerla lejos de mí ni por un segundo.

Ella ruborizada, volvió a hundir la cabeza.

El Marqués de Normandy tomó el baño con su esposo y como le indicó a la joven, cuando ascendiendo las escaleras, que no la dejaría ni un segundo, así mismo lo hizo.

Esa noche cuando la oscuridad descendió como un manto sobre el firmamento, él simplemente señaló:

—Harriet es usted la dama más bella que mis ojos han visto.

Lady Layla complacida por el halago, quiso saber más sobre las damas del pasado de su esposo.

—¿Quiere decir Albert que sus otras damas eran feas?

—Jjajaja, Jjajaja.

Era la primera vez que lo veía reír de aquella manera y eso le fascinó, así con inocencia, la muchacha se acercó y rozó su labios con los de él y le comentó:

—Usted cuando sonrío, es el caballero más hermoso que mis ojos han visto.

El Marqués se puso serio, más después, la atrajo a su regazo y la cubrió, como el cielo era cubierto con las estrellas.

Capítulo VI

Los Marqueses retornaron para las nupcias de Lady Susana Walsh con el señor Oliver Lee.

La señora Lee se quedó pasmada, al presentar el Marqués a la señorita Layla, la hija mayor del vicario, como su esposa, la Marquesa de Normandy.

La señora Lee sólo observó asombrada a la dama, más no tuvo otra opción que hacerle la reverencia.

Muchos de los allegados a la familia Lee se quedaron, al igual que la dama, asombrados al ver que el Marqués desposó a la hija del vicario y no sólo eso, el cariño que se podía ver reflejado en los ojos del caballero, tanto fue notorio el amor del Marqués por su esposa, que los invitados de parte del novio y que conocían previamente a la familia de la joven, que sólo comentaban el acontecimiento, dejando a un lado, las nupcias que habían de presenciado.

La señorita Phoebe, al junto de sus padres, asistieron al enlace y posteriormente a la lujosa ceremonia dada después.

A un lado del salón donde estaban reunidos los invitados, el Conde de Bute sólo poseía ojos para la señorita Phoebe.

El caballero observó que la muchacha se excluía de la celebración hacia el jardín y con cautela la persiguió.

La señorita Phoebe estaba cansada de escuchar los comentarios acerca del gran partido que había echo su hermana, al enlazarse con un Marqués, además, de las continuas miradas de odio de la esposa del señor

Ethan, así que, con cautela, salió del salón de agasajo y se marchó a un lugar apartado del jardín.

La señorita Phoebe estaba sumida en sus cavilaciones, cuando escuchó la voz del caballero que nunca creyó volver a ver:

—Señorita Phoebe.

—¡Lord Ethan Byrne! ¿Qué hace usted aquí?

El caballero dio dos pasos hacia ella, más la muchacha retrocedió, él al darse cuenta de que la joven no le tenía confianza se quedó parado y desde ahí dijo:

—Sólo deseaba decirle que me perdonara, sé que es tarde para pedírselo, más estoy muy arrepentido de lo que le hice y también de lo que mi esposa a dicho de su persona.

—Cómo usted acaba de decir es muy tarde, pues dejó que su esposa me difamara, más no se preocupe, hace mucho que lo perdoné a usted, ya que usted fue honesto en cierto sentido, lo que no comprendo Lord Ethan Byrne es que siendo usted un caballero con coraje se deje mangonear por su esposa, más, tal vez, fue una mala percepción que tuvo de su persona.

El señor Ethan Byrne, avergonzado descendió el rostro, la señorita Phoebe aprovechó para alejarse pero antes le dijo:

—Espero que sea feliz Lord Ethan Byrne.

No esperó respuesta del caballero y caminó hacia el sendero que daba al extremo del jardín.

Lord Ethan Byrne se quedó meditando en lo que la joven le había dicho, en ese instante escuchó la voz chillona de su esposa preguntarle:

—¿señor Lee que hace aquí?

El caballero observó un momento a la dama y con mirada penetrante le dijo:

—Señora Lee no ose volver hacerme esa pregunta, cuando se dirija a mi persona hágalo con respeto, de lo contrario la dejaré sola en el campo y marcharé a Londres.

Diciendo eso, el señor Ethan Byrne retornó a la fiesta, dejando a su esposa asombrada por sus palabras.

La señorita Phoebe se dijo que ahora sí se sentía bien, ya que pudo decirle Lord Ethan Byrne lo que sentía, además, se dijo, que el Libro Sagrado poseía toda la razón al decir, que el corazón era malo y que no se podía confiar en el, pues en ese momento entendía muy bien, ya que en un tiempo creyó estar enamorada del caballero, más ahora comprendió que fue una falacia, daba gracias a Dios que él no cometió la imprudencia de dejar a su prometida por ella.

Al escuchar la voz del mayor de los hermanos Byrne, la rabia retornó a su semblante.

El caballero le comentó.

—Se esconde usted señorita.

—Así es Mi Lord, me escondo de personas como usted.

—No debería ser tan cobarde.

—Lo soy, estoy orgullosa de ser cobarde, ya que personas con coraje sólo serían como usted y me avergonzaría de serlo.

—Veo que su lengua está más afilada que antes.

—Y su arrogancia a aumentado.

—Me gusta verla enojada.

—Pues sólo tiene que hacer acto de presencia, Mi Lord.

—No me diga que aún no me a perdonado.

—Por el contrario, le agradezco que me salvara de su hermano.

—Eso quiere decir que ya se olvidó de él.

—Creo que me confunde usted Mi Lord, pues sus palabras fueron que sólo deseaba a su hermano para tener posición, a mi entender, de mi parte no había sentimientos, sólo me movía una sola cosa, la codicia.

El Conde la observó por un momento, la joven levantó la barbilla desafiándolo, en aquel momento el señor Clark dio dos pasos a ella y la tomó por la cintura.

Fue tan rápido, que la señorita Phoebe se sorprendió al principio, más después indicó:

—¡Suélteme!

El señor Clark no hizo caso a las palabras de la muchacha y con decisión atrapó los labios de ella.

La señorita Phoebe al principio se quedó anonadada por lo que estaba pasando, dejándose llevar por el deseo abrazador del caballero, abrió sus labios, él aprovechó y profundizó el beso, ella reaccionó a tiempo antes de perder la noción de sus pensamientos y dio un mordisco fuerte al labio inferior del caballero.

El señor Clark se deleitó cuando la muchacha abrió sus labios dándole entrada franca a su boca, él aprovechó el momento y con ansias reprimida se apoderó de sus labios, más de pronto, dejó de besarla, se

retiró cuando sintió que ella lo mordió.

La señorita Phoebe aprovechó que el Conde se apartó de ella, con el labio inferior ensangrentado y sin más le asestó una bofetada.

El Conde vio salir corriendo a la muchacha, tomó su pañuelo y se secó la sangre y sonrió, pero al hacerlo sintió también el dolor de la fuerte bofetada.

La señorita Phoebe estaba muy nerviosa parada en un extremo del salón, pendiente de la entrada del Conde de Bute, pero el caballero no hizo acto de presencia, ella se asustó al sentir a alguien a su espalda y brincó de susto:

—Phoe ¿Qué le ocurre?

—¡Oh, es usted Layla!

—¿Por qué está asustada?

—Después se lo cuento, pero dígame usted, no creí que ustedes asistirían al enlace, ya que no estuvieron anoche para la cena.

—¿Los invitaron a ustedes?

La señorita Phoebe se encogió de hombros al decir:

—No somos parte de la familia.

—Pero esta es nuestra propiedad y ustedes mi familia.

—Usted no sabe, pero la señora Lee no estaba enterada de que usted es la Marquesa ahora.

—Voy a dejar muy claro a todos que cuando nosotros no estemos, madre y padre serán los que ordenen.

—Retornó usted con el coraje de una Marquesa.

Lady Layla sonrió a su hermana al decir:

—Mí esposo me ha dado mi lugar.

—Pues eso quiere decir que se lo ha ganado.

Lady Layla se sonrojó, pues su inocente hermana no sabía a ciencia cierta que decía, así que cambió de tema.

—Sabe usted que el Conde de Bute es muy amigo de mi esposo y para sorpresa, le propuso a Albert comprarle estas tierras.

—¿Albert? ¿Quién es ese?

—Jajajaja, ese es el Marqués.

—Oh, ahora es Albert.

—Sólo para mí hermana.

—Ya comprendo, con posesión y todo.

—Por favor Phoebe, escuche, esto es serio.

—No creo que su esposo venda estas tierras.

—Pues me temo que lo está pensando.

—Pero para qué quiere ese arrogante Conde más tierras.

—No lo sé, pero Albert me comentó que debemos marcharnos a Normandy para cuidar sus tierras y que él deseaba regalarle estas tierras a Lady Susana, más ha cambiado de idea, y que su amigo al escuchar que nos marcharemos por un buen tiempo, se la propuso comprar.

—Eso quiere decir que usted se marchará.

—Sí lo hacemos hermana, le pediré a Albert que le de una residencia a padre próximo a la mansión del Marqués.

- Conociendo a padre, no la tomará.
- Tomó la herencia del señor Fargo.
- Porqué estaba muerto.
- No se preocupe, entre las dos lo convenceremos.
- Esperemos en Dios que así sea...

Todos los invitados de las nupcias se retiraron al día siguiente, con excepción del Conde de Bute, que tuvo como pretexto, las negociaciones con su amigo el Marqués, para quedarse algunos días.

La señorita Phoebe, caviló que todos los invitados se marcharon de la mansión de su hermana, así que esa tarde con alegría fue a visitarla, el mayordomo la recibió.

- Buenas tarde señorita.
- Buenas tarde, se encuentra mi hermana.
- No señorita, la Marquesa salió con su familia, retornan esta noche.
- Pues en tal caso, puedo pasar a la biblioteca.
- Desde luego señorita, desea que le lleve té.
- Gracias, pero sólo buscaré un libro.
- Como diga señorita.

La señorita Phoebe entró a la biblioteca, tarareando una canción, caminó a la parte trasera donde estaban las novelas y cuando iba a subir a la escalera, escuchó una voz decirle:

—Vaya, vaya, mi agresora en persona.

La señorita Phoebe se sobresaltó al escuchar la voz del Conde en su espalda, así que se giró y vio la figura alta del caballero, sus ojos se fueron de inmediato a el labio inferior que en esos momentos estaba hinchado.

Él se aproximó a ella, en tanto decía:

—Aún me duelo.

—Se lo mereció por su comportamiento.

—¿De verdad?

—No se aproxime más.

El Conde no le hizo caso, se detuvo cuando estuvo a unos centímetros de su cuerpo.

—Me hizo decir mentira.

—No había necesidad, pudo decir la verdad.

—Ahora que usted lo menciona, es verdad, ya que en estos momentos sería usted mi prometida.

—No se olvide Mi Lord, que damiselas sin rango o abolengo, sólo deseaban trepar en la clase social.

El Conde hizo una mueca de sonrisa, más indicó:

—Lo dije esa vez, era la única forma de separarla de mí hermano.

—Oh, es verdad, usted deseaba un enlaza más ventajoso para su hermano.

—No sólo eso, no la deseaba a usted para él.

—Ya comprendo, deseaba una dama de abolengo como cuñada y no la hija del vicario.

—Tal vez, pero en verdad deseaba a la hija del vicario para mí.

Esa declaración dejó sin palabras a la señorita Phoebe, al ver el asombro de la muchacha continuó:

—Mi hermano estaba comprometido y usted estaba deslumbrada por él, necesitaba que usted se alejara de él, más en verdad, en ese momento, no comprendía lo me ocurría, pasé mucho tiempo engañándome.

—No, entiendo.

—No la deseaba a usted cerca de mí, sabía que sería más estúpido que mi hermano si la tenía a mí lado, me comportaría como un imbécil, así que le dije palabras hirientes.

—¡Es usted un monstruo!

—Así me he visto en todo este tiempo, un monstruo que prefirió ser un cobarde que enfrentar mis sentimientos.

—¡Usted está loco!

—También lo he notado, ya que no la puedo sacar de mi imaginación, de mis pensamientos, todos estos meses me he revelado para no buscarla.

—¡Está perdiendo el juicio!

—Lo perdí el día que vi como mi hermano la besaba y como usted le correspondía.

—¡Déjeme pasar!

—Ahora se asusta de saber la verdad, desea correr de mí.

—No le temo Mi Lord.

—Entonces, déjeme saborear su olor, permítame besar sus labios.

—¿Es que no ha tenido suficiente?

—Sé refiere a su mordida, a su bofetada, eso es poco a todo lo que he sufrido por usted y lo que estoy dispuesto a sufrir, se imagina usted que dirá mi madre cuando se entere de que la he elegido a usted para que sea mi Condesa, la hija del vicario, sin mencionar a la sociedad que es implacable, estoy dispuesto a enfrentarme a todos por usted.

—Pues no deseo disgustar a su madre, y tampoco que usted haga tan gran sacrificio por desposar a la simple hija de un ex–vicario, déjeme en paz.

—No puedo, esto es más fuerte que mi ser, moriré si no la tengo.

—Pues ahórquese, pero aléjese de mí.

La señorita Phoebe aprovechó que el Conde estaba riendo a carcajadas, para pasar por debajo de su mano y salir corriendo de la biblioteca.

El Conde paró en seco de reír, al darse cuenta que la muchacha corría hacia la puerta, más la dejó marchar.

El Conde de Bute, esa misma tarde, fue a visitar al señor Wadlow, la señora Violet se sorprendió de ver al caballero en su residencia, más no refirió nada, lo condujo al despacho de su esposo:

—Caramba Mi Lord, que lo trae por aquí.

El Conde con imperturbabilidad tomó asiento donde el señor Wadlow le indicaba y sin más expresó:

—Mi visita tiene como propósito dos cosas señor Wadlow, primero deseo que sepa, que ambiciono adquirir estas tierras para usted y su familia, ya que fue por mi culpa que usted dejara Lewes.

El antiguo vicario no se sorprendió, sólo miró al caballero a los ojos y le inquirió:

—¿Su culpa Mi Lord?

—Sí señor Wadlow, le comunique a mi padre que deseaba a usted y a su familia lejos del pueblo, como mi padre estaba muy enfermo, hizo las cosas más llevaderas.

—Bueno su padre me comentó algo parecido, más déjeme decirle Mi Lord, que usted no tiene que darnos nada, usted en verdad en ese tiempo, fue un instrumento de Dios, aunque agradezco su intención, más si nosotros nos hubiésemos quedado en Lewis, mi hija Phoebe fuera una dama miserable, sin decir, que mi hija Layla no hubiese encontrado el amor, aunque para Dios no hay nada imposible.

—¿Usted estaba enterado de los sentimientos de mi hermano hacia su hija?

—Su padre me explicó su preocupación y estuve de acuerdo con él, por esa razón apresuré mi partida de Lewis.

—Quiere decir que usted sabía de los sentimientos de su hija.

—Para los padres es muy poca cosa que le son ocultos, más si somos inteligentes y poseemos la sabiduría de Dios, nos hacemos que no sabemos nada, para que enfrenten sus propios errores.

El Conde se quedó un instante cavilando.

El señor Wadlow, posteriormente de un tiempo prudente, preguntó:

—¿Cuál es la segunda cosa que lo trae hoy Mi Lord?

—Señor Wadlow deseo pedir la mano de su hija en maridaje.

En esta ocasión el señor Wadlow se sorprendió por las palabras del

noble, así que exclamó:

—¡De, Phoebe, Mi Lord!

—Sí señor Wadlow.

—¿Por qué mi hija, Mi Lord?

—Porque creo que la quiero.

El caballero descendió el rostro turbado y recapacitando la pregunta del noble, ya que nunca caviló que el caballero deseara a su hija como esposa, después de todo lo ocurrido, así que indicó:

—La palabra querer tiene muchos significados, Mi Lord. Algunas veces la usamos para placeres triviales como querer un animal, a una comida, una propiedad, o puede equipararse con sentimientos románticos de “enamorarse” querer la posesión de alguien.

—No soy un jovencito, señor Wadlow sé que significa.

—Lo sé Mi Lord, más deseo que usted comprenda que no puedo darle a mi hija en matrimonio.

—¿Cómo que no puede?

—Por dos cosas Mi Lord, primero porque deseo que el caballero que despose a Phoebe lo haga por amor, ese que sólo es bien definido Dios.

—No soy un caballero religioso, señor Wadlow.

—Permítame Mi Lord explicarle lo que es el amor, mejor dicho lo que el padre de Phoebe desea del caballero que diga que la ama.

—Según usted que es el amor.

—El padre de mi hija es Dios, y en el Libro Sagrado dice: que el amor es paciente, es bondadoso; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no es arrogante; no se porta indecorosamente; no busca lo

suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido; no se regocija de la injusticia, sino que se alegra con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser, es un amor para toda la vida, no es un querer pasajero.

—Me sermonea señor Wadlow.

—Puede ser Mi Lord, El amor es también paciente, en otras palabras, es tolerante y no toma represalias apresuradas ni reprende de inmediato un agravio, además es bondadoso. Pues actúa con benevolencia buscando formas de ser útil y de ayudar al ser amado. El amor todo lo soporta. Stegó “cubre con silencio”. En vez de hacer públicas las faltas y los errores de la otra persona, en cambio, construye un techo para protegerla vergüenza y el ridículo del ser amado.

El amor todo lo cree, confía en los demás. No se trata de ingenuidad, sino una decisión de pensar lo mejor del ser amado, en vez de lo peor.

El amor se alegra con la verdad. El amor genuino celebra cuando la verdad de Dios penetra un corazón, resultando en sinceridad e integridad de carácter. El amor todo lo espera. Elpizó, aguarda con confianza la victoria espiritual de una persona, sin importar sus imperfecciones presentes. El amor genuino cree en el poder de Dios para transformar una vida, ese Mi Lord es el amor que de sea Dios para mi hija.

El Conde de repente descendió el rostro e indicó:

—No me he comportado de esa forma con su hija.

—Pues tome tiempo Mi Lord, debe conocer primero al padre de Phoebe y después a su hija, de esa forma estará haciendo las cosas correctas.

—Ella no me perdonará.

—No hay nada imposible, que Dios no pueda ser, primero usted debe arreglar cuentas con Dios, ya que Él únicamente escucha a sus hijos, recuerde que el amor es paciente.

Desde esa tarde en adelante, el Conde se reunía con el señor Wadlow cada tarde en su despacho, asombrando de esa manera a la señora Wadlow y a la señorita Phoebe, ya que el caballero sólo pedía hablar con el vicario.

Capítulo VII

La señorita Phoebe observaba siempre cuando el Conde cada tarde de esa semana visitaba a su padre en el despacho, el caballero cuando se topaba con ella, únicamente formaba una reverencia y sin decir palabras, se alejaba, ella muchas veces le desconcertaba la actitud de él, ya no la buscaba ni tampoco la perseguía, mantenía su persona lejos de ella.

Dos semanas después de la nupcias de la prima del Marqués, estaba la familia Wadlow sentadas a la mesa, cuando el señor Kellian comentó:

—Querida Phoebe, deseo comunicarle que el Conde de Bute va ha adquirir las tierras del Marqués.

—¿El Marqués le va ha transferir las tierras a ese caballero?

—Sí hija, como usted sabrá el Marqués posee una mansión en Normandy y además muchos arrendatarios y terrenos de cultivo.

—Creí que se la dejaría a usted padre.

—No soy un caballero de tierras ni de residencias grandes, por ese motivo fue que se la vendimos a él.

—Creí que era por lo costosa que era.

—Ese también era el caso, así mimo, no poseemos dinero para costear el gasto de ese residencia.

—Pero ahora Layla es Marquesa.

—Usted lo acaba de decir, Layla no nosotros.

—Pero padre ese caballero es malvado.

—Él ha cambiado.

—Ahora lo defiende, usted no sabe que fue él que hizo que su padre nos echara de Lewis.

—Su padre no nos echó, Dios permitió que sucedieran cosas para que nuestra estancia en Lewis fuera interrumpida.

—¿Cosa como qué padre?

—No creo que usted desee escuchar.

—Pues en estos momento sí lo deseo.

El señor Kellian echó un vistazo a su esposa, ella asintió con la cabeza, en aquel momento él sacó a la luz:

—Su comportamiento con un caballero comprometido no fue el apropiado.

La señorita Phoebe miró asombrada a su padre, después a su madre y al entender que sus progenitores estaban al tanto de su inmadurez, descendió el rostro, su madre aprovechó para decir:

—No la juzgamos hija, más sepa usted que el caballero implicado estaba comprometido hacia más de un año y que las nupcias se celebrarían en menos de un mes, al igual que el fallecido Conde, nosotros deseábamos salvaguardar su reputación.

La señorita Phoebe avergonzada, se puso de pie y diciendo:

—Discúlpenme, padres.

Salió corriendo de la residencia, por el jardín, sin rumbo fijo.

La señora Violet se ponía de pie para ir en busca de su hija, cuando escuchó a su esposo decir:

—Déjela ella necesita estar sola.

—Pero Kellian salió al jardín, no puede caminar a oscuras.

—Sabe Violet, nuestra hija debe ser menos impulsiva, además recuerde que ella es hija de Dios, Él cuidará de ella.

La señorita Phoebe caminó sin rumbo, se detuvo debajo de un árbol a una distancia prudente de su residencia y allí lloró amargamente, pues en todos esos meses había culpado a los demás por haber desalojado a su familia de Lewis y a su padre de la rectoría, más la única culpable de todo era ella, así que poco a poco se postró al suelo sentándose sobre sus rodillas, al frente del árbol y lloró amargamente.

No estuvo al tanto de cuanto tiempo estuvo en esa posición, pero cuando trató de incorporarse no pudo, pues poseía sus piernas dormidas, fue cuando en la oscuridad divisó dos manos que se extendía hacia ella, una con un pañuelo, la otra para ayudarla.

La señorita Phoebe miró el rostro del caballero, la oscuridad no le permitía distinguir bien, más ella sabía de quien se trataba, así que primero tomó el pañuelo, se limpió el rostro y después con recelo, tomó la mano.

El Conde con fuerza la puso de pie, pero las piernas de la joven no la podían sostenerla, así que él tuvo que abrazarla a su pecho, así se quedaron por un instante.

La señorita Phoebe se sentía que en ese momento no poseía fuerzas para luchar contra el caballero, así mismo esa noche entendió que él ni su padre tenían la culpa de su marcha de Lewis, sino ella y su imprudente proceder.

La voz del Conde la sacó de sus pensamientos al preguntar:

—¿Ya puede sostenerse?

Ella muy avergonzada, se separó de él, y dándole la espalda se marchaba, pero sus palabras la detuvieron:

—Espere, no deseo ser imprudente, pero ¿Qué le ocurre?

En la voz de él, se podía notar genuina preocupación, así que ella respondió:

—En todo este tiempo, lo juzgué mal, Mi Lord.

—Y ese es el motivo de su dolor.

—En parte...

—No deseo que usted sufra una vez más por mí culpa, en verdad, no deseo que usted sufra por nada ni por nadie.

La señorita Phoebe levantó el rostro y la luz de la luna iluminaba el lugar, así que pudo ver las facciones del Conde y estas eran de preocupación.

—Usted no puede detener mis errores, ni tampoco las consecuencias de estos.

—Me lo dice usted a mí, que estoy pagando muy caro los míos.

—Pues usted puede entender como me siento al concebir que por dejarme llevar del corazón hice que mi familia dejase su vida en Lewis y que mi padre renunciara a lo que siempre ha amado, ser vicario.

—Cómo dice su padre, Dios tenía un propósito en todo ese problema, él aprendió a tener una relación con su Dios no una religión, mi hermano aprendió el significado del honor, usted aprendió que no se puede dejar llevar por las emociones, un servidor aprendí que no podemos manejar la vida de otros y su hermana conoció el amor, como entenderá, todo lo que ocurrió era por una razón.

—Usted ya razona como padre.

—Es que en esta semana de estar a su lado, él me ha enseñado mucho, más de lo que aprendí en toda mi vida.

—Es bueno saberlo.

El Conde sonrió, más pronto indicó:

—Será mejor que retorne a su residencia, no es decoroso que la vean hablando en la oscuridad con un caballero.

La señorita Phoebe asintió y se marchaba, pero se detuvo, pues miró el pañuelo del caballero y dijo:

—Lo lavaré y se lo devolveré limpio.

—Quédese, como una ofrenda de paz, además mañana me marcho y no cree retornar a Spontex.

—¿Se marcha?

—Sí, mañana a primera hora.

La señorita Phoebe descendió el rostro y dijo:

—Que le vaya bien.

—Y usted cuídese.

Ella asintió, dio media vuelta y se marchó.

El Conde deseaba abrasarla por de detrás y no soltarla nunca, más comprendió que ese amor imposible sería su castigo, por actuar con codicia, a sabiendas del cariño de su hermano por la muchacha, los separó, con el pretexto de que él estaba comprometido, más en verdad era por celos, envidia y egoísmo.

El Conde caminó a oscuras un poco más de tiempo.

Al entrar en la residencia, se encontró en el pasillos con su amigo, éste el preguntó:

—¿Le ocurre algo Clark?

—Se me pasará, amigo.

—No lo creo, pues su comportamiento tiene forma de mujer.

El Conde sonrió de manera amarga.

—¿Quién lo dice, el caballero más dichoso?

—Lo soy, venga Clark acompáñeme a tomar una copa de vino.

—Pero su esposa.

—Ella ya está dormida, desde hace unos días que siempre está cansada.

—En tal caso, está bien.

Los dos amigos tomaron una copa de vino, sentados en el despacho de Marqués, después de observar a su amigo por un momento indicó:

—Usted está enamorado de mi cuñada.

—Se nota tanto.

—Un poco, pues usted no es de los caballeros que se queda fijo mirando a una dama.

—¿He hecho eso?

—Muchas veces, hasta mi esposa me lo ha comentado.

—Pero mis sentimientos no son correspondidos.

—También escuché algo parecido.

—Pues mi vida está ventilada en estas cuatro paredes.

—No creo que en las cuatro paredes, sino entre mi esposa y su hermana.

—Ya comprendo.

—Clark corteje a mi cuñada.

—Ya he perdido la esperanza.

—¿Por qué dice eso?

—Pues esta noche perdí el único sentimiento que la dama poseía hacia mi persona.

—¿Y que sentimiento era ese?

—Ella me odiaba.

—Jajajaja. Y usted se conformaba con el odio, pues en verdad usted está loco por ella.

—Usted lo dice y no lo sabe, la primera vez que la vi, ella y su hermana iban a la residencia donde vivía mi tío Lee, a entregar algo, ese día había llegado con mi hermano, más no había salido de mis aposentos, decidí buscar un libro en la biblioteca y por aburrimiento, miré hacia afuera, ella estaba parada mirando las flores, y algo recorrió todo mi cuerpo, la belleza de la más pequeña me excitó, como nunca dama alguna lo había echo, más, cuando al día siguiente, la vi aproximarse a nosotros, no pudo esperarla al junto de los demás, ya que si lo hacía, mi comportamiento me delataría.

—Wau, usted fue flechado a primera vista.

—En el momento no me percaté del asunto, esa vez no me marché a la mansión me quedé de lejos observándola, sin que los demás caballeros se dieran cuenta, perseguí a la joven toda el día, hasta que fui testigo, como mi hermano Ethan, la besaba, una y otra vez, en ese momento, los odió a los

dos, en mi bajeza de espíritu, urdí un plan para separarlos, sin saber que no era pasión lo que sentía por ella, sino, algo más fuerte, que con el tiempo me derretiría y hundiría mi vida a la nada, mis pensamientos se niegan a olvidar su rostro, me la imagino a toda hora del día, creí que me había encaprichado con la muchacha así que busque en Londres damas que se le parecieran, más llegado el momento, exclusivamente la deseaba a ella.

—No lo reconozco amigo.

—Tampoco me reconozco, llegar odiar a mi hermano intensamente por ella, es algo que pienso y no comprendo aún, muchas veces desee no ser testigo de esos besos.

—¿No comprendo? ¿Cómo su hermano Ethan la besó?

—Pues Mark, ya sabes como es, se hizo el herido, pero la falsa no le duró mucho, pues Oliver y Ethan fueron en su ayuda, no entiendo porqué ella al final, fue escoltada por Ethan, el muy canalla, la montó en su caballo y en el trayecto a la rectoría, la besó varias veces.

—Su hermano siempre ha sido un Don Juan.

—Sí, pero ha jugado honestamente.

—No tanto, pues como tengo entendido en ese momento estaba comprometido.

—Sí, pero él no conocía a su prometida.

—Eso no cambia que poseía un compromiso, creo que usted no hubiese hecho tal imprudencia.

—No sé Constantine, ahora no puede juzgar a mi hermana.

—Usted me está diciendo que usted hubiese procedido de la misma manera.

—Creo que sí.

—Bueno amigo, usted en verdad está perdidamente enamorado de mi cuñada.

—Lo sé Constantine, por esa razón me marcho mañana.

—Usted no es un caballero que deja una batalla perdida Clark.

—Sí fuera otro tipo de batalla le aseguro que me quedaría hasta morir, pero no deseo importunar a la dama con mi presencia, el señor Wadlow me habló de lo que era el amor y este no desea su bien, desea el bienestar de la persona amada.

—Usted ya habla como mi suegro.

—Su suegro es un caballero de sabiduría, y posee un fuerte temor a Dios.

—No me diga que es usted ahora religioso.

El Conde antes de responder caviló en las palabras del señor Wadlow, antes era religioso ahora poseo una relación con Dios.

—Usted sabe que no me gustan las personas religiosas ya que son falsas, más el señor Wadlow no es religioso, el caballero posee una relación con Dios y usted es testigo de que él vive lo que predica.

El Marqués asintió con la cabeza, ya que su amigo poseía toda la razón, pues había sido espectador del proceder del caballero, así también el comportamiento de su ahora esposa, que temía a Dios en su vida, cosa que admiraba en ella.

El Conde en ese instante se puso de pie, dejó la copa de vino en un lado, y extendió la mano a su amigo:

—Creo que esta es nuestra despedida.

—Buen viaje amigo y como estas tierras están en proceso de cambio, pronto tendré que volver.

—Constantine, el señor Wadlow aceptó las tierras.

—Así es mi buen amigo.

—¡Qué alegría! El caballero ahora tendrá un buen sustento.

—Él no la aceptó de mis manos, más usted le habló y me comentó que usted hizo que cavilara en su futuro, por esa razón hoy mismo mis el abogados le entregaron los papeles, para que no lo recapacite y no lo acepte, ¿No sé como logró convencerlo?

—Pues ahora el señor Wadlow, es mi padre espiritual.

—¿Su padre espiritual?

—Sí, acepté el perdón de Dios por la sangre de Jesús.

—Y me dijo que no era religioso.

—No lo soy Constantine, en verdad soy hijo de Dios y es mi deseo tener cada día una relación con el Padre.

—Eso fue lo que hizo el señor Wadlow tomara las tierras.

—Le expliqué que como Dios tiene cuidado de nosotros, Él también usa personas para que vigilen por nuestro bienestar, usted y un servidor queremos cuidar de él y su familia, más él debe dejar que lo hagamos, pero en ningún momento le hablé que entre los dos llegamos a un acuerdo mutuo, cuento con su discreción en el asunto.

—Me pide mucho, ya que poca cosa puedo ocultarle a Harriet y más decirle que usted compró las tierras adyacentes a estas para su padre

—Muchas veces creo que usted está hablando de otra dama y no de su esposa, por como la llama ahora.

—Ella es mía y únicamente para mí, ella es mi Harriet.

—Jajajaja, Jajajaja, nunca cavile escuchar que se adueñara de una dama.

—Y nunca repasé que usted se desquiciara por la otra.

Los dos caballeros, rieron a carcajadas.

El Conde al día siguen, se marchó muy temprano en la mañana.

El señor Wadlow aceptó las tierras que los abogados del Marqués, más el caballero no estaba al tanto de que eran más que las que formaban parte de la finca, pues el señor Wadlow no leyó todo los documentos.

El Marqués ese día se la pasó con su suegro llevándolo a conocer a los rematarios e informándoles que ahora la tierra les pertenecía.

El Marqués y su familia pronto se marcharía a sus tierras, las cuales no estaban muy lejos, sólo dos días de camino, por esa razón hizo todo lo que estaba en sus manos para dejar un buen caballero de confianza al lado de su suegro.

La señorita Phoebe esa mañana entró a la mansión de su cuñado, para visitar a Layla, cuando el Marqués le salió por el pasillo:

—Buenos días Mi Lord.

—Buenos días señorita Phoebe.

—Me informó el mayordomo que mi hermana está en el salón amarillo.

—Sí, Harriet está con Chantal, más tengo algo para usted, me podría

acompañar a mí despacho.

—¿Algo para mí?

—Sí, únicamente se lo entregaré y usted decidirá que hará.

La señorita Phoebe no deseo importunar a su cuñado con más preguntas, así que, caminó al despacho de él.

El Marqués buscó en uno de los cajones de su escritorio y sacó un sobre, se lo pasó a la joven diciendo:

—Eso le dejó Clark, antes de marcharse.

La señorita Phoebe miró el sobre extendido y con cautela lo tomó, miró las letras bien definidas en el frente:

—Para la señorita Phoebe Isabel Wadlow.

El Marqués indicó:

—Mi amigo Clark es peculiar, más es un buen caballero.

—Gracias Mi Lord.

La señorita Phoebe formó una reverencia, salió del despacho, introduciendo la carta en el bolsillo de su falda, iba a caminar hacia el salón amarillo, pero la curiosidad pudo más, así que camino hacia la salida.

El Marqués vio como la muchacha salía al jardín en vez de ir a visitar a su hermana e indicó en voz alta:

—Todavía hay esperanza...

La señorita Phoebe caminó al árbol donde la noche antes había encontrado al caballero, tomó asiento en la raíz del árbol y sacando el sobre, lo observó un momento, como armándose de valor, pero de pronto lo

giró y lo destapo y leyó:

Señorita Phoebe Isabel Wadlow.

Cuando esta carta llegue a sus manos, estaré a mucha distancia de su persona, físicamente, más mi corazón se quedará siempre con usted. Ya comprendí que nunca seré merecedor de su amor, tal vez de su perdón, más eso no me basta, por esa razón, me marcho una vez más con un corazón destrozado.

La primera vez creí que mis acciones estaban bien infundadas, la separaba a usted de mi hermano, porque él pronto sería un caballero enlazado, más esa no era la verdadera razón, usted me cautivó desde que la vi desde la biblioteca, usted y su hermana entregaban algo a la ama de llaves, más mi ser ese día, se quedó con usted. Al día siguiente usted y su hermana caminaban por el sendero hacia donde estábamos nosotros y no tuve fuerzas para enfrentarla, era la primera vez que le temía a una joven, aunque en el mar me enfrenté a grandes tormentas, naufragio y hasta a la muerte, en ninguna de esas ocasiones me enfrenté a este sentimiento desbastador que me consume por dentro.

No deseo aburrirla con mis palabras, así que, le diré que ahora que conozco lo que es en verdad el significado del amor, deseo que sea feliz, que la sonrisa no se aparte de su rostro, que el amor toque una vez más a su puerta, aunque no sea ese caballero.

Sea feliz señorita Phoebe, pues si usted lo es, con eso se conforma un servidor.

1 Corintios 13:4-8

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no

es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará.

Nota: Nunca me gustó verla enojada.

Atta.: Clark Byrne.

La señorita Phoebe volvió a leer la carta, una y otra vez, cuando la había leído cuatro veces, sacó de su bolsillo el pañuelo que la noche antes el caballero le había entregado, cerró los ojos y disfrutó de su fragancia, pues aun mantenía su aroma.

El Conde de Bute antes de marcharse a Londres, decidió visitar a su madre y hermano, así que marchó muy temprano a Lewis.

—Clark hermano, que sorpresa, cavilé que usted estaba en Londres.

—Me dirigió hacia allí, pero antes, tengo que hablar con usted.

El menor, indicó:

—Creo que es muy temprano para tomar un poco de vino.

—En verdad sí, un poco de agua sería mejor.

—Lo que me tenga que decir puede esperar para que hablemos esta noche.

—No Ethan, me marcho esta tarde.

—Tiene usted prisa.

—Un poco...

El menor tomó asiento en una butaca y observó como su hermano mayor caminaba de un lado a otra.

—Sabe Ethan, fui el responsable de que la señorita Phoebe y su familia se marcharan de Lewis.

El menor se puso de pie y sin que el mayor lo esperara le dio una bofetada, el Conde no le devolvió el golpe a su hermano, sino que se quedó frotándose la mandíbula y a secas indicó:

—Eso quiere decir que todavía la ama.

—No, pero usted se merecía el golpe, hace tiempo que se lo quería dar, déjeme pensar, desde que se embriagó, si más no recuerdo, el día de la marcha de la dama y también cuando padre falleció, usted se embriagó y me dijo que había dos penas profundas en su ser, una era la partida de la dama que lo apasionaba y la otra, la partida de padre, eso me llevó a meditar en su carácter y usted no es caballero de perder el control, así que, cuando Oliver me comento que en las nupcias de su gran amigo el Marqués , usted no apartaba la mirada de ella, comprendí que la dama era Phoebe, que usted la quería a ella desde nuestra primera visita a esta mansión.

—¿Usted está enojado?

—Ya no, en verdad, ahora que lo pienso, nunca la amé de la manera que lo hace usted, en las nupcias de Oliver era evidente en su mirada la devoción que siente por ella, y creo hermano que es la primera emoción que usted no puede ocultar.

—¿Es tan evidente?

—Creo que sí, pues madre está muy enferma, sólo pensando en que usted elija a la muchacha como Condesa.

—Eso no ocurrirá.

—¿Por qué es más fuerte su arrogancia que su amor?

—No, es más fuerte el desprecio de ella, que mi amor.

—Jjajajaja. Jjajajaja.

—¿Por qué se ríe?

—No sabe hermano que entre el odio y el amor hay una pequeña línea.

—Lo malo es que ni ese sentimiento posee la dama hacía mi persona.

—Eso quiere decir, que se ganó su perdón.

—Ella nunca me odió, más lo que sé es que ella me ve como a un caballero más.

—Pues enséñele que no lo es.

—Espere Ethan, usted me está ayudando para que conquiste a la dama.

—Ella nunca fue mía, me aproveché de ella y la hice sufrir, más nunca le hable de amor, ella es testigo de ello.

—Usted nunca la amó.

—Me impresionó su belleza, y todo eso, más nunca podría depositar a una dama sin una buena dote, usted me conoce, no soy como usted, que ha forjado fortuna por usted mismo, en mi caso, necesitaba una dama como la que es hoy mi esposa, ya que estoy enterado de que su padre no era el mío.

—¡Espere! ¿Usted lo sabe?

—Como no saberlo, si madre está enferma porque además de darse cuenta de su predilección por la hija de los Wadlow, como dice ella, también la encontré en la cama el mismo día de la muerte de padre con el Baronet, es decir con mi verdadero padre.

El Conde permaneció, imperturbable por la noticia, así que su hermano preguntó:

—¿Usted estaba al tanto?

—Sí y padre también, por eso deseaba que usted tuviera un enlace ventajoso.

—El pobre viejo, debió sufrir mucho.

—Padre decía que el Baronet simplemente le ayudaba con el incordio de su esposa.

—Eso decía padre.

—Sí, pero ahora que haremos.

—Es muy sencillo, el Baronet es viudo hace mucho, que impide que ahora madre se enlace con él y quite de nosotros esa afrenta.

—Se lo ha sugerido usted.

—Ella no desea dejar de ser Condesa a descender de estatus a Baronesa.

—Pues lo tendrá que hacer, pues esta misma tarde iré hablar con el Baronet y este fin de semana, se enlazarán.

—Pero necesitaran una licencia especial.

—Eso es lo de menos.

—Eso quiere decir que usted se quedará.

—Unos días hasta que vea a Madre enlazada.

—Eso será un acontecimiento.

La Condesa viuda no tuvo otra opción que contraer nupcias con el Baronet ese mismo fin de semana, aunque no había terminado el luto de su difunto esposo.

La pareja se marchó a Bath a las tierras del Baronet.

Lady Eleonor Byrne al verse sola, sin el respaldo de su suegra, tuvo que deponer su posición arrogante y al comentarle su esposo que quién amaba en verdad a la señorita Phoebe era su hermano el Conde, la dama no tuvo otra opción que preguntar:

—¿Por qué usted no me aclaró eso antes?

—Usted no me dejaba, mi madre le decía muchas cosas que no eran verdad y usted le creía más a ella.

—Pero todos comentaban que fue por usted que ellos se marcharon.

—Sé marcharon, porque el padre de la dama estar al corriente que el amor de mi hermano y el de su hija, era imposible.

—Ahora comprendo, su madre tergiversó los hechos a su conveniencia.

—Eso lo hacemos todos querida.

Y eso era verdad, ya que en esa conversación el Lord Ethan Byrne tergiversó lo ocurrido para su beneficio, como lo había hecho su madre.

—Ethan mi madre me ha heredado una mansión en las afueras de Londres, con suficiente terreno, ahora que su hermano a retornado y que de seguro hará su vida, porque no nos marchamos hacer nuestra propia vida.

—¿Eso es lo que usted de desea?

—Sí, aquí no tenemos vida social, además me sentiré sola, en

cambio, próximo a Londres estaré más cerca de mis amistades.

—Está bien, hablaré con Clark del asunto, más no le prometo nada.

La propuesta de su esposa le cayó del cielo, ya que se estaba aburriendo de llevar la mansión y las tierras, él no era caballero de tomar una responsabilidad por mucho tiempo, así mismo, en Londres podría vivir una vida disipada a espalda de su esposa.

La señorita Phoebe había escuchado en una conversación entre sus padres, que la Condesa viuda se había enlazado ese día, así que se preguntó si el mayor de sus hijos estaría en las nupcias y si el caballero pasaría a despedirse de su padre.

—Phoebe hija, si va a salir al jardín, tome un chal, pues las temperaturas están descendiendo y no dure mucho.

La señorita Phoebe obedeció a su madre, tomó su chal y salió al jardín, ya que cada noche antes de dormirse iba al árbol donde había encontrado con el Conde.

Phoebe se sentaba en la raíz del árbol, mirando al cielo y se preguntó que hubiese pasado, si en vez de ser besada por el señor Ethan, el caballero que la hubiese sido el Conde.

Cuando escuchó una voz preguntarle en su espalda:

—¿Por qué viene a este lugar, todas las noches?

—¡Mi Lord!

El Conde tomó asiento a su lado, ella miró su perfil, él estaba con

barba y se veía más viejo.

Él giró el rostro y la miró a los ojos al decir:

—Cada noche la he visto venir y sentarse callada aquí.

—¿Usted no se marchó?

—Sí, más me quedé en Lewis resolviendo un asunto familiar.

—¿Cómo llegaba hasta aquí?

—Cabalgaba cada noche, para verla de lejos.

Ella lo miró a los ojos, más descendió la vista al decir:

—Me alegro que esté aquí.

—¿De verdad?

—Sí, usted en su carta fue muy sincero y bueno, me alaga saber de sus sentimientos.

—No continúe por favor, ya sé que prosigue.

La señorita Phoebe con timidez se frotó las manos, e indicó:

—Me enteré que su madre se enlazó.

—Sí y se marchó a Bath, Ethan y su esposa también se marcharán a Londres.

—Entonces, quien cuidará sus tierras.

—Aún no lo sé.

—Puede quedarse, cuidar de sus tierras y sus arrendatarios.

—Ahora mismo no lo podría hacer.

—¿Por qué?

—Usted sabe la respuesta.

—No soy adivina, Mi Lord.

—Pues no dormiría en las noches, ya que me la pasaría cabalgando desde Lewes a Spontex a ver a escondida a una dama.

—Me imagino que ella se sentiría alagada si un caballero de su rango hiciera ese sacrificio.

El Conde la miró extrañado.

Ella le sonrió.

El Conde esperanzado indicó:

—Pues, si la dama le da esperanza al caballero, creo que eso sería un insignificante sacrificio.

La señorita Phoebe se puso de pie y él imitó a la muchacha.

Cuando ella dio unos pasos, giró el rostro hacia el Conde, y le indicó:

—Creo que la dama, Mi Lord, ya le está dando esperanzas.

Él sonrió, en tanto, la veía alejar.

Esa misma noche, el Conde le hizo la visita a su gran amigo el Marqués de Normandy, los dos caballeros se reunieron en el despacho del Marqués:

—Amigo lo hacía a usted muy lejos de aquí.

—Es que necesitaba resolver algunos asuntos familiares.

—Ya me enteré, los cotilleos tienen alas.

—Sí, madre se enlazó.

—Y que su hermano se marcha a Londres.

—Pues en verdad las paredes tienen oídos.

—Ahora, quién cuidará sus tierras.

—Me quedaré.

—Wau, eso si es una sorpresa.

—Pues cierta dama me dio una pequeña esperanza.

—Sí lo avistó con ese desliñe, de seguro que se compadeció de usted.

—Parece que eso fue lo que ocurrió.

—Jajajaja, vaya con cuidado, no permita que la dama se asuste, es mejor que esta noche se quede con nosotros, se afeite y cambie esa ropa estrafalaria, aunque en verdad, le dio resultado.

—Esa era una de las razones por la que deseaba comprale estar tierras.

—No necesita ser el dueño para hacer uso de ella.

—Lo sé mi buen amigo.

—Más dígame ahora que hizo cambiar de parecer a mi cuñada.

—No lo sé, más esta noche me miraba de forma distinta.

—¿La vio esta noche?

—Sí, y cada noche de la semana pasada, más ella no sabía que la vigilaba.

—¿Usted viajaba todas las noches hasta aquí?

—Sí.

—Con razón ese rostro cansado, en verdad está usted loco por ella.

—Y lo seguiré haciendo, hasta que ella me de el sí.

—Pues, será mejor que se aloje con nosotros.

—No deseo que nadie se de cuenta de nuestros encuentros.

—¿Se la ganará inadvertidamente?

—Deseo que surja entre nosotros una complicidad, que nuestros encuentros sean furtivos y que sea un secreto.

—En tal caso, le sugiero que tenga a mano una licencia especial, ya que cuando usted se apodere de ella, creo que nadie la podrá separar de su lado.

—Usted posee toda la razón amigo, ahora debo marcharme, no deseo que su esposa sepa de mi presencia.

—Lo que me convierte en un cómplice suyo.

—Sí mi buen amigo.

—Jajajaja...

Más el Marqués no pudo esconder el asunto a su esposa, se lo declaró pidiéndole que guardara el secreto.

Capítulo VIII

La señorita Phoebe en la cena, esa noche, estaba muy nerviosa, ya que sabía que el Conde la estaría esperando debajo del árbol, así que no bien terminó indicó:

—Voy a dar un paseo.

La señora Violet echó un vistazo a su esposo, el cual indicó:

—Esas salidas de noche hija se están volviendo una costumbre.

—Es que me gusta contemplar las estrellas.

—Pues no permanezca mucho tiempo, pues mañana temprano iremos a visitar a la señora Dixon.

—Sí madre, retornaré pronto.

La señorita Phoebe caminó apresurada al árbol, cuando llegó no divisó al caballero, se desilusionó por ello, así que tomó asiento en la raíz del árbol un poco decepcionada, escuchó a lo lejos un trote de caballo, más el Conde no apareció, así que retornó a su asiento.

Ya estaba por marcharse cuando el Conde agitado llegó a su lado.

—Perdone mi demora, es que mi madre y sus intrigas.

—¿Se encuentra bien su madre?

El Conde asintió con la cabeza, pues deseaba ser sincero con la señorita Phoebe, así que le comunicó:

—Mi madre invitó a su enlace a una amiga y su hija, las damas estaban supuesto en que se marcharse hoy de la mansión, más de repente la señora se enfermó.

—Le pudo haberle caído mal algo que ingirió.

—Puede ser, más conociendo las maquinaciones de mi madre y la

Duquesa, creo que es obra de un plan entre las dos.

—¿Un plan?

—Sí, la hija de la Duquesa, bueno, nosotros cuando jóvenes nos agradábamos.

La señorita Phoebe comprendió ahora todo, más no dijo nada, el Conde continuó:

—En ese tiempo su padre el Duque, deseaba a otro caballero con más rango para su hija, así que la enlazó con un anciano Marqués, ella a tres años de enlazada quedó viuda y sin hijos, ahora las dos amigas pretenden emparejarnos.

La señorita Phoebe, deseaba preguntar más, pero un nudo en la garganta se lo impedía, así que se hizo el silencio.

Transcurrió un largo tiempo, en lo que el Conde miraba su perfil, más ella no hablaba, así que él preguntó:

—¿Cómo ha sido su día?

Ella se forzó a responder:

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Sí.

—Está muy callada esta noche.

—Sólo lo escucho.

El Conde advirtió que algo le ocurría, así que preguntó:

—¿Sus padres están bien?

—Sí.

—¿Su hermana?

—Layla y su esposo se preparan para marchar este fin de semana a Normandy.

—Esa es la razón que esté callada.

—Bueno tal vez.

El Conde pasó su pierna alrededor de la raíz del árbol, quedándose de frente, al costado de la señorita Phoebe, en esa posición, preguntó una vez más:

—¿Qué le aqueja?

La señorita Phoebe sin mirarlo preguntó:

—¿Es muy bonita?

—¿Quién?

—La hija del Duque.

El Conde comprendió la preocupación de ella y eso lo alagó, así que seriamente indicó:

—Sí, es muy bonita.

La señorita Phoebe se frotó las manos, él observaba su reacción y sonrió para él, más no deseaba que ella malinterpretara las cosas.

—Maggie es muy hermosa, más ahora no poseo sentimientos hacia ella.

—¿La tuvo una vez?

—Sí, pero al madurar y convertirme en adulto, entendí que poseemos similares caracteres, no para llevarnos bien en una unión, somos mejores amigos, no creo que fuéramos buenos esposos.

—Y ella cavila de la misma forma que usted.

El Conde no respondió de una vez, ya que esa misma noche en su recámara, cuando él se preparaba para salir a encontrarse con ella, Lady Maggie se presentó con ropa de cama.

—Ustedes las damas cavilan de forma diferente a nosotros.

—Lo que me está tratando de decir es que usted no le es indiferente a la dama.

—Señorita Phoebe, no podemos mandar en los sentimientos de los

demás.

—Esa es una afirmación.

—Usted sabe que en mi corazón y mente no hay cabida para otra dama que no sea usted.

—Pero ella está en su mansión, es bella y demás posee título y posición.

El Conde con cautela, colocó su mano en la barbilla de la muchacha e hizo que ella girara el rostro hacia él para decirle:

—Usted señorita Phoebe es la dueña de mis ojos, de mis labios, de mi cuerpo, mente y ser, aunque este rodeado de damas hermosas y con muchas propiedades o título no pondría mi vista en ellas, pues usted y sólo usted es mi dueña.

La señorita Phoebe se quedó mirando sus ojos verdes y se perdió en ellos, deseando ella saborear sus labios, se fue aproximando lentamente a él, más cuando estaban a un centímetro de besarse, él levanto la cabeza y besó la frente de la muchacha, en un beso largo.

Al apartarse indicó:

—Cuando la bese, no habrá nadie que me aparte de usted.

El Conde volvió a inclinarse y esta vez dio un beso en el cabello de la muchacha y temiendo perder el control, se alejó de ella, caminó a su montura y se marchó del lugar.

La señorita Phoebe se quedó abrazándose así misma, ya que la duda invadía su ser.

La señorita Phoebe acompañó a su madre a visitar a la señora Dixon, una dama peculiar, que hacia poco se había cambiado a vivir a Spontex.

Todos comentaban que la anciana en su juventud había viajado mucho a tierras lejanas y que su difunto esposo era capitán de un barco, permitiéndole a ella conocer el mundo entero.

La dama estaba sentada en un saloncito totalmente de blanco, hablando con otra dama muy distinguida y a su lado una bella joven de pelo rubio, ojos azules y mirada vivas.

El mayordomo las interrumpió al decir:

—Mi señora, sus visitas.

La anciana se puso de pie, al notar que su amiga la señora Violet y su hija ya estaban en la estancia, está indicó:

—Entren queridas.

La señora Dixon presentó a la Duquesa y a su hija.

La dama al contrario no puso asunto a las recién llegadas, en cambio indicó:

—Susana nosotras nos marcharemos, espero contar con su visita en la residencia del Conde de Bute donde nos hospedamos.

La señorita Phoebe comprendió que la dama era la Duquesa que le había hablado Clark y que la bella joven era la hija.

Las damas salieron del salón, sólo haciendo una sutil reverencia a las recién llegadas.

Cuando se marcharon la señora Dixon indicó:

—No le tome a cuenta el comportamiento de mi cuñada.

—¿Su Cuñada?

—Sí querida, mi hermano es el Duque de Norwich.

—No lo sabía Mi Lady.

—Nada de eso Violet, usted es mi amiga, para usted simplemente soy Susana, además, nadie en este pueblo lo sabe.

—Pero se enteraran, se lo aseguro.

—Jajaja, claro que sí, y más ahora con mi cuñada en esta área.

La señora Violet y la señorita Phoebe pasaron un lindo rato con la señora Dixon, más la señorita Phoebe al tomar su té, sólo pensaban en lo bella que era Lady Maggie, como le decía el Conde, por esa razón, no escuchó lo que su madre hablaba con la anciana, hasta que escuchó decir:

—Mi cuñada está empeñada que mi sobrina se enlace con el Conde de Bute.

—¿De verdad?

—Así es, el caballero les informó esta mañana que al quedarse sólo en su propiedad no era prudente que se quedaran en su mansión, por eso, se recordó mi cuñada que me había cambiado aquí.

—¡Usted hospedará a la Duquesa aquí!

—¡Dios tenga mucha misericordia de mí! No, el Conde le indicó, como caballero que es, que el dormirá en la mansión de un amigo que es Marqués, de esa forma, evitará chismoteos.

—¿Y para informarle eso vinieron?

—No mi niña, deseaban saber si el Marqués poseía hijas casaderas o alguna dama soltera, les informé que no, que no sabía mucho de su vida, más estaba al tanto de que el caballero y su familia se marchan a sus tierras, eso parece que tranquilizó a mi cuñada.

La señora Violet echó un vistazo de reojos a su hija al decir:

—Vinimos para que usted conociera a mi hija Phoebe, ella le traerá la jalea dos veces a la semana.

—¡Qué bueno que aceptó querida! A cambio la ayudará a refinar su modales, claro está si usted desea.

—Sí señora Dixon deseo aprender como comportarme.

—En tal caso, no se diga más, y disfrutemos de estas deliciosas galletas.

La señorita Phoebe esa tarde, fue a visitar a su hermana, y compartió de lo que había vivido esa mañana en la residencia de la señora Dixon.

Lady Layla conociendo el corazón romántico de su hermana quiso ayudar al Conde al decir:

—Creo que el Conde de Bute pronto lo atraparan.

—¿Atraparlo?

—Sí Phoebe, una dama que ha sido enlazada previamente, posee más astucia que una dama soltera.

—No comprendo Layla.

—Phoe usted ha leído en sus novelas que las damas solteras atrapan a un caballero con su mirada, más hay otras forma de hacerlo que usted desconoce.

—¿Cuáles son esas otras formas?

—Como dama enlazada no puedo comentarla con usted, más le diré que el Conde está en peligro, viviendo bajo el mismo techo que la dama.

—¿De que peligro habla usted?

—Pues madre e hija pueden hacer que él caiga en una trampa urdida por la dos, para que el caballero se tenga que enlazar con ella.

La señorita Phoebe se quedó cavilando toda la noche en lo que le explicó su hermana y por primera vez, temió que algo así ocurriera.

Esa noche en la cena, estaba ansiosa de ir al árbol para reunirse con él,

más al poner un pie en el jardín comenzó a llover, pero eso no la detuvo, caminó a toda prisa y al llegar, él estaba esperándola con su capota puesta, sin más le indicó:

—No debió venir, está lloviendo.

—Usted tampoco.

Él instintivamente se aproximó a ella y con su capa la cubrió, pegándola a su pello y retrocediendo para quedar los dos, a la sombra del árbol, más él no la soltó.

La señorita Phoebe disfrutaba de la cercanía del Conde, de su calor y aroma, y en susurró le indicó:

—No deseo que se quede en su mansión.

—¿Por qué?

Ella levantó el rostro al decir:

—No quiero que le pongan una trampa.

—No retornaré, ya hable con Constantine, me quedaré con ellos hasta que las damas se marchen, ahora tenga mi capa para que no se refrié.

—No, usted la necesitará más, ya que la distancia es más larga.

—En tal caso, la llevaré a su residencia.

Él deseaba besarla, más sabía que todavía no era el tiempo, así que, la abrazó a su costado, cubrió su cabeza e hizo que la muchacha caminara a su lado.

La joven le indicó:

—Me quedaré aquí.

Más el Conde divisó al señor Wadlow por una de las ventanas del despacho del caballero, así que indicó:

—Mejor la dejo al frente.

Ella no respondió.

Al llegar, el Conde se despidió de ella con un beso en la frente y la

señorita Phoebe entró.

A un lado del porche, escuchó el Conde que le dijeron:

—Mi Lord su comportamiento amerita alguna formalidad.

—Sí señor Wadlow, ya lo sé e incluso pronto poseeré en mis manos, una licencia especial, más como la puedo buscar, si no me he ganado aún a la dama.

—Creo mi buen amigo que pronto la necesitará, buenas noches.

El Conde se marchó a la residencia del Marqués y esa noche se sintió dichoso por saber que la señorita Phoebe sentía celos por él.

El Día de la partida del Marqué y el de su familia llegó.

La familia Wadlow despedían a su hija, nieta y yerno diciendo, adiós con las manos a los cinco carruajes que se alejaban.

La señora Violet las lágrimas le corrían por sus mejillas, en lo que su esposo, la consolaba.

El Conde presenciaba la despedida de la familia, desde uno de los ventanales del segundo nivel, deseaba estar al lado de la señorita Phoebe, para consolarla, más ese tiempo era familiar.

Vio que los esposos caminaban a su residencia, en tanto, la señorita Phoebe lo hacía en dirección del lago, así que descendió.

La señorita Phoebe sentía mucho la partida de su hermana, ya que era la primera vez que se separaban, así que, sin mucho decoro se pegó al tronco del árbol y se agachó en el suelo, llorando como una niña.

Ella no sintió cuando el Conde se aproximó, al pasar su brazo por sus hombros, fue que se percató de su presencia.

Él hizo que ella apoyara su cabeza en su hombro, dejando que derramara su dolor, después en silencio, le pasó un pañuelo.

Ella lo tomó y limpió su rostro.

En forma de broma indicó:

—Me haré dueña de todos sus pañuelos.

—Sí usted desea, los coloco en un baúl y se los hago llegar.

Ella lo miró, poseía el rostro rojo por las lágrimas y como una niña le sonrió.

El Conde ya no poseía fuerzas, así que, tomó el rostro de ella con sus manos, y con frenesí se apoderó de sus labios.

La señorita Phoebe ansiaba ese beso, por lo tanto, con la misma intensidad, se lo devolvió.

El caballero comprendió lo que había echó, a la sazón, separó un poco el rostro de ella y le indicó:

—Debí pedirle permiso.

Más la señorita Phoebe hizo caso omiso a sus palabras, acortando la distancia se apegó de sus labios.

El Conde en ese momento, perdió todo control, la tomó y con un único movimiento, la sentó en sus piernas, en tanto, la besaba con arrebató, pasión,

ansias y locura.

La señorita Phoebe sintió cuando el Conde la tomó por la cintura con una mano, la sentó en su regazo, y disfrutó del saber de su aroma, de la pasión que en ese momento manaba de él, dejándose llevar, hasta que él indicó:

—Amor mío debemos parar.

Más la muchacha, al escuchar esa frase, volvió a besarlo.

En aquél tiempo, el Conde perdió la noción del tiempo, se apoderó de la señorita Phoebe sin barrera, más recordó que debía viajar primero a Londres, así que poco a poco la apartó.

Los dos estaban jadeando del deseo, más el Conde le indicó:

—Escúcheme, Phoebe, usted posee la capacidad de quitarme el control.

Ella sonrió, ya que le gustó saberlo.

—Si la continuo besando, usted no será más una señorita respetable, me comprende.

Ella asintió.

—Pues debo marchar a Londres para buscar una licencia especial, que mi hermano está gestionando, pero debo presentarme a buscarla.

—¿Se marchará usted?

—Sólo por algunos días.

—No quiero que se vaya.

—Tampoco lo deseo, me gustaría disfrutar de su compañía, más mire como estamos, besándonos sin control y usted sentada encima de mí.

Ella se percató de su posición y como un resorte, se puso de pie, el Conde lo hizo también, más al hacerlo, la atrajo a él, por la cintura, e indicó:

—Ahora no creo estar a su lado, sin poder hacer esto.

Tomó su rostro y la besó, ella se dejó llevar y pasó sus manos por su cuello, cuando la cordura comenzó a dar un paso atrás, el Conde separó sus labios y le preguntó:

—¿Entiende porque debo ir a Londres?

Ella como una niña, negó con la cabeza.

—Phoebe, amor, no soy un joven, todo este tiempo añorándola, deseándola, soñando con usted, me quitaron la fuerza de luchar con mis deseos. Una dama como usted se merece que la respete.

—Usted me respeta.

—Si la tengo de esta forma, no lo haré.

—Pero me gusta sus besos.

—¿Sólo mis besos?

—No deseo que se marche a Londres, tal vez encuentre otras damas tan hermosas, como su amiga.

—No me diga que siente celos.

—Un poco.

—Jajaja, es usted tan franca y sincera, por mi mal proceder casi la pierdo.

—Y en mi caso casi hago que se aleje, más le diré que cuando vi a todos ustedes en el camino, quien me llamó la atención de todos fue usted.

—¿De verdad?

—Sí, me molesté cuando usted dejó al grupo, antes de nosotras llegar.

—Lo que me está diciendo es que siempre le agradé.

—Tal vez me llamó la atención su forma arrogante, hermética y gallarda.

—Señorita Wadlow, ¿Usted me está alagando?

—Puede ser, Mi Lord.

El Conde sin más, se apoderó de los labios de la muchacha.

Ella se dejó llevar de tal forma, que olvidó todo, sólo sabía que estaba debajo de un árbol, degustando del sabor más exquisito que jamás había probado, disfrutando con pasividad cada una de las emociones que su amado le hacía experimentar.

El Conde tuvo que tener más coraje que nunca, para poder separarse de la muchacha:

—Mí amada, no deseo apresurarla, no podemos dejarnos llevar de la pasión, por eso me marcharé esta tarde a Londres, más antes le preguntaré —, se situó de rodillas e indicó:

—¿Desea ser mi Condesa señorita Wadlow?

—Pero Mi Lord, primero debe haber un cortejo.

—Que le parece si primero es mi esposa y después la cortejo.

—Esa forma cambiaría el proceso normal de los acontecimientos.

—Usted posee toda la razón señorita Wadlow, más que puede hacer un caballero atormentado diariamente por su recuerdo, pasar un año mirándola de lejos, sin poder por lo menos hablarle, diga usted hermosa dama si la proposición que le hago no es correcta.

—Pues al escuchar su argumento juzgo que es válida su proposición, en tal caso, sería un sí.

—¿Qué dijo usted?

—Que sí, deseo ser su Condesa.

Lord Bute se puso de pie y besó a la muchacha con toda la pasión que retenía su alma, después de recobrar la compostura, la miró a los ojos y sonriendo le comunicó:

—Debo hablar con su padre, me puede escoltar señorita Wadlow.

Ella asintió con la cabeza.

Los dos caminaron tomados de la mano, ahora con destino a la residencia de los padres de la dama.

Capítulo IX

Los señores Wadlow al llegar a su residencia con el rostro cabizbajo por haber despedido a su hija mayor, no distinguieron un carruaje de alquiler se alejaba de su propiedad.

Al entrar los dos, escucharon la voz de su hijo y los padres se miraron. La señora Wadlow apresuró los pasos y al entrar a la estancia, vio a su hijo mayor.

El señor Frederick Wadlow corrió a su encuentro y se fundieron en un abrazo:

—¡Oh Frederick hijo!

—Madre cuanta falta me hicieron.

—¡Usted a devuelto, la alegría a mi corazón, hijo!

El Señor Wadlow indicó desde la puerta:

—Violet déjeme saludar a nuestro hijo.

—Oh, lo siento, vaya Frederick.

El caballero obediente fue y abrazó también a su padre, los dos se fundieron en un fuerte abrazo.

Luego de un momento, los tres estaban sentados con una taza de té:

—Me sorprendí, cuando leí en la carta de madre, que Layla se enlazó con un Marqués.

—Sí, ella es muy feliz con Lord Normandy.

—Deseaba llegar para verla.

—Ellos se marcharon hoy a las tierras del Marqués, más podemos ir a visitarla, pues no es tan lejos.

—Eso me gustaría hacer, ¿Y que hay de la pequeña Phoebe?

—Hijo Phoebe ya no es pequeña, es todo una dama, posee sus

diecinueve años.

—¿Dónde está?

—Debe estar caminando los alrededores, de seguro en cualquier momento llega, más cuéntenos de su vida.

El caballero se encogió de hombros, al decir:

—No posee novedad, sólo el trabajo, ya que después de la guerra, preferí quedarme un tiempo en Francia, más cuando escuché que padre poseía sus propias tierras, entendí que es mi deber venir a ayudarle, por ese motivo he retornado.

—Que bueno hijo, fíjese usted ahora soy el encargado de cuidar estas tierras y la mansión, pues el Marqués no las entregó.

—No comprendo padre, se las dio para que vivieran.

—No hijo, nos la entregó con papeles, me indicó que es fructífera y que además, los arrendatarios son cumplidores, con ese dinero podemos costear el gasto, la tomé con poco de cautela, ya que soy caballero anciano, mis fuerzas no son las mismas, más gracias a Dios usted retornó para que sea quien la trabaje.

—Pierda cuidado padre que lo haré.

En esos momentos se escucharon pasos, la puerta se abrió y era la señorita Phoebe y a su lado el Conde.

La señorita Phoebe al ver a su hermano, corrió y se abrazó a él.

El señor Frederick abrazó a su pequeña hermana, más en todo momento, no apartó la vista del caballero que estaba en el umbral de la puerta.

La muchacha se separó de él, y sin más preguntó:

—¿Cuándo llegó hermano?

—Hace un momento, y usted que hace acompañada de ese caballero.

—Frederick, él es el Conde de Bute.

—Se quien es el caballero.

—Frederick él es...

El señor Frederick no permitió que su hermana terminara la frase e indicó al mismo Conde:

—¿Qué hace usted acompañando a mi hermana?

El Conde divisó el odio del hijo mayor del señor Wadlow, así que indicó mirando al anciano:

—Señor Wadlow, retornaré más tarde, ya que deseo hablar con usted.

Quién respondió fue el hijo:

—Usted no tiene nada que hablar con mi padre y le prohíbo aproximarse a mi hermana, váyase a sus tierras.

La señorita Phoebe miró sorprendida a su hermano, así que indicó:

—Frederick él va hacer mi esposo.

El hermano mayor miró a la muchacha, como si ella estuviera loca, así que sentenció:

—Primero, lo mato.

Con esa declaración, todos se sorprendieron, ya que el hijo mayor del señor Wadlow se caracterizaba en poseer un carácter ecuánime, pasible y sosegado, más con esa declaración, dejó muy claro que había cambiado.

El Conde sabiendo que con un caballero flemático y con odio en su mirada, no podía dialogar, formó una reverencia, más cuando se marchaba, el señor Frederick indicó con sarcasmo:

—Vaya, vaya se marcha usted muy dócilmente Mi Lord, porque no antes de explica a mi familia el porqué no deseo que se le acerque a mi hermana.

—Creo señor Frederick que eso sería innecesario.

—No me diga, ahora es innecesario, dígame, que usted sedujo y mansillo a una hermosa joven, que al quedar en espera suya y usted venir a Inglaterra, dejándola sólo, optó por ahorcarse.

Los presentes escuchaban sin creer las palabras dichas por el señor Frederick, más el odio se gaba la mente del caballero y no vio lo que hacía.

—Saben usted Mi Lord, una semana antes le pedí a Fionely que fuera mi esposa, más ella se negaba, ya que su corazón le pertenecía a usted y la había comprado con todas las promesas que le había hecho, más un día sin más, viajó y ella se quedó desbastada, le roque, le supliqué que se enlazara conmigo, se lo imploré, más ella reusó, prefirió la muerte que dejarlo a usted, ahora se presenta diciendo que pretende a mi hermana, no cree Mi Lord que eso es mucho sarcasmo.

La señorita Phoebe miraba al Conde, como él descendía el rostro, con esa actitud aceptaba todas las acusaciones que su hermano le estaba haciendo, así que ella no deseaba escuchar más, corrió a la puerta, más al hacerlo el Conde la agarró por una de la mano y le suplicó:

—¡Phoebe!

Ella se soltó y corrió por el pasillo.

La señora Violet fue detrás de su hija, en tanto el señor Frederick miraba al Conde con arrogancia y una sonrisa sónica.

El señor Wadlow en ese instante indicó:

—Mi Lord será mejor que vaya a descansar.

El señor Frederick indicó:

—Espero que descansa en la tumba y que se remuerda de dolor cuando vea que no puede tener a la dama que ama.

—Frederick hijo, las maldiciones son como un bumerán que en vez de

llegar a la persona deseada, se devuelven y se llevan nuestra cabeza.

—¿Lo está defendiendo padre?

—Lo que digo es que cuide sus palabras, el odio es el mal más destructivo y maligno de los sentimientos, nos hace ciegos a la verdad, idiota a la realidad e insensible al dolor.

—Nunca lo voy a perdonar, por su culpa una inocente joven se suicidó.

Más el señor Wadlow mirando al Conde indicó:

—Mi Lord tenga usted buen día.

El Conde formó una reverencia y salió de la residencia de los Wadlow, escuchando detrás de sí, unas cantidades de amenazas, y improperios.

El Señor Wadlow, al escuchar que el Conde se marchó y que su hijo estaba fuera de sí, diciendo palabras que lo perjudicarían, el anciano silenció a su hijo con una fuerte bofetada, haciendo con ello, que el caballero volviera a la realidad:

—Usted no parece Capitán de caballeros, Frederick.

—¿Padre?

—Compórtese como tal, ya que con sus palabras es notorio que está fuera de sí, comporte como un hijo de Dios, ya que oh nunca lo conoció, o se alejó de Él hace mucho tiempo.

—Es que usted no comprende el grado de mi dolor.

—Claro que no lo entiendo, como usted no comprende el de su hermana.

—¿El de mi hermana?

En ese momento, entró la señora Violet a la estancia y se quedó escuchando a su esposo, cuando le dijo a su hijo:

—En verdad no comprende, dígame Frederick cómo debe estar Phoebe al escuchar de sus labios que su futuro esposo es un ultrajador de jovencitas.

—Es que es la verdad.

—¿Usted fue testigo?

El caballero miró a su padre con odio e indicó:

—Ya sé a que va todo esto, usted enlazó a la mayor con un Marqués, ahora desea enlazar a la menor con un Conde.

Esta vez, fue la señora Wadlow quien propinó una bofetada a su primogénito, más, no dejó que su hijo hablara, lo miró con fuerza al decir:

—Su alma no conoce el amor.

Los esposos salieron de la estancia, dejando al señor Frederick como un león enjaulado, caminando de un lugar al otro.

La señora Violet, siguió a su hija creyendo que la muchacha se marchaba a su recámara, más la señorita Phoebe salió por la puerta de atrás, sin ella poder detenerla, por esa razón, retornó a la estancia donde estaba su esposo y su hijo.

Al escuchar a su primogénito despotricar a su padre, ella con toda sus fuerzas le atizono una bofetada, para que él recapacitara en sus palabras.

El Conde caminaba con la cabeza encorvada, no podía creer que todo había terminado de aquella manera, porque no le contó a su amada de aquel incidente o al señor Wadlow. Él estaba al tanto de que el odio del hijo mayor de los Wadlow era inmensurable, más no meditó que esto acabaría con su felicidad.

Cuando la señorita Phoebe miró al Conde caminar al sendero de la

mansión, lo detuvo al decir:

—¿Todo lo que dice mi hermano es verdad?

El Conde levantó el rostro y se encontró con la señorita Phoebe mirándolo de frente, así que indicó:

—No.

—Entonces ¿Que ocurrió?

—Fionely era una joven que la quería mucho, desde que la conocí siempre la protegí, porque ella era hija de mi padre —, el suspiró al decir —, la tuvo con una dama, cuando estuvo en Francia, la buscamos mucho, más cuando la encontré, ella estaba enferma, cuidé de ella, le compré un palacete y la cuidé como lo que era, mi hermana.

El Conde pasó su mano por su pelo, suspiró y continuó:

—La semana que recibí la carta de mi padre, explicándome de su enfermedad, le rogué que viniera conmigo a Inglaterra y se ella me comentó que eso sería una afrenta a mi madre, además, que no le quedaba mucho tiempo de vida, ella era una dama que antes de encontrarla, se ganaba la vida con los soldados, eso hizo que contrajera una enfermedad, se veía inocente y dulce, más poseía muchas cicatrices internas en su vida.

La señorita Phoebe se sorprendió por las palabras implícitas que él quería decir, más no comentó nada, ya que deseaba escuchar toda la historia:

—Ella me comentó que el capitán Wadlow deseaba hacer su vida con ella, más que eso no podía ser, por su pasado y por su enfermedad, sin saber que ocurría, viajé a Inglaterra a resolver los problemas de la familia, al retornar a Francia, me encontré con la noticia de que ella se había ahorcado, un día después de mi salida, todos especulaban y hablaban pues fue notorio mi dolor por su muerte, más nadie sabía la verdad, sólo algunos allegados de la familia y claro está, mi amigo Maxin Lewis que fue quién me ayudó a encontrarla.

La señorita Phoebe se quedó pasmada escuchando:

—La noche de mi llegada a Francia tuve un altercado con su hermano, él estaba ebrio, así que no le tomé a cuenta su falta a un superior, además, ya la conocía a usted, al recibir la noticia de la muerte de mi padre, dejé la marina y cavilé que también dejaba atrás todo ese incidente.

—¿Por qué no me habló de ello?

—Porque fui un egoísta, exclusivamente me enfoqué en mí y me olvidé de todos e inclusive del dolor de su hermano, de la muerte de mi hermana y la de mi padre, únicamente me importó el dolor de no tenerla.

—¿Por qué no habla con Frederick y se lo explica?

—No me entendería, ya que sé que se siente tener odio y rencor, las palabras no lo calman, tampoco el razonamiento.

—Entonces ¿Qué hacemos Clark?

El Conde comprendió con aquella pregunta, que ella le creía, así que con más fuerzas indicó:

—Será mejor que mantengamos la distancia, hasta que la cordura llegué a la mente de su hermano y orearé para que sea pronto, ya que no me veo lejos de usted.

Ella poco a poco se aproximó a él y se acurrucó en su pecho, en tanto el Conde la abrazaba y besaba su pelo.

De esa forma se quedaron un tiempo, hasta que él indicó:

—Viajaré a Londres, a mi retorno la buscaré.

—¿Se marchará?

—Sí, todavía he de buscar esa licencia especial.

Ella aún con las mejilla rojas por las lágrimas, sonrió.

El Conde embarcó su rostro con las dos manos y la besó, fue un beso ligero y rápido, después indicó:

—Vaya a su residencia, no deseo incomodar más a su familia.

—Sí.

Más cuando ella se alejaba, la agarró por la cintura, la atrajo a su pecho y la besó de forma apasionada, con ansias y esperanza.

El Conde esa misma tarde, partió a Londres.

Desde su llegada el señor Frederick no dejaba a la señorita Phoebe sola, la perseguía a todas partes, ya había transcurrido tres semana de la marcha del Conde a Londres y ella no había recibido noticias de él.

Cada noche, ella trataba de escabullirse al jardín, más su hermano la acorralaba, tenía vigilada a la muchacha.

Una mañana la señorita Phoebe le explicó a su madre lo que el Conde le había declarado acerca de la señorita Fionely y eso aclaró las cosas para la señora Violet, por esa razón, ella se lo refirió a su esposo:

—Ese fue el motivo de que el Conde no le comentó nada a Frederick.

—Es que nuestro hijo no lo creería.

—Lo sé, un caballero enamorado no escucha las voces adecuadas.

—Así es Violet y un caballero con su corazón con odio y con el alma envenenada por el rencor, y celos, es sordo y ciego.

—Tenga paciencia con él Kellian.

—La tengo.

—Más no sé como ayudar a nuestra hija.

—Deje las cosas así, no es bueno dejar que el Conde continúe viendo a

nuestra hija a escondidas, deje que Frederick alargue sus encuentros.

—Pero nuestra hija está sufriendo.

—Eso hará que se amen más.

—Jajajaja, usted es un caballero sabio Kellian.

—Y un caballero con experiencia en el asunto.

—Jajajaja, Jajajja.jajaja.

—Creo que usted y Phoebe pueden ir a visitar a Layla, este es un buen tiempo.

—Usted cree que ella deseará alejarse de aquí.

—Debe hacerlo, eso ayudará a nuestra hija a afianzar su decisión.

—Está bien hablarle con ella, además, me hace mucha falta Layla.

El Conde acudía a escondidas, al lugar donde su amada cada noche se reunían en secreto, para su desilusión, no podía aproximarse a ella, pues el hermano mayor a cada instante la vigilaba y aunque muchas veces la dejaba sólo esperando que él apareciera, el Conde conociendo sus intenciones, quedaba oculto, observando a su amada desde la distancia.

La familia Wadlow se trasladó a vivir en la mansión, fue cuando la señorita Phoebe entregó un mensaje al lacayo para que se lo hiciera llegar al Conde, más el señor Frederick le preguntó antes de él salir al pueblo:

—¿A que va usted al pueblo?

—La señora Wadlow me entregó una carta para Lady Normandy, debo ponerla en la diligencia postal.

—¿Esa sola carta lleva?

—Sí, señor.

—Muy bien, puede marcharse.

La señora Violet al ver su hijo indagaba al lacayo, le preocupó la posición que él estaba tomando, así que le indicó esa tarde:

—Frederick hijo, que es lo que pretende, haciendo interrogatorios a todos los palafreneros que salen al pueblo.

—Sólo que Phoebe no cometa una estupidez.

—¿A que llama usted estupidez?

—A que no le envié cartas al degenerado de Byrne.

—Hijo usted al parecer no se ha dado cuenta de algo.

—¿De qué madre?

—De que el señor de todo esto es su padre, Kellian aun vive y él posee la autoridad de dar la mano de su hermana en maridaje al Conde.

—No lo permitiré.

—¿Con cual autoridad?

—Con mi arma, si es necesario mataré al maldito.

—Mucho cuidado Frederick, controle su vocabulario.

—Perdón, madre.

—Ya veo hijo que usted actúa de la misma manera por la que reprocha al Conde.

—¡Nunca!

—Pues está dispuesto a matar, para no verlo feliz, a diferencia de que él, no tomó sus manos para hacer daño a nadie, como usted nos indicó, fue la dama que se quitó la vida, en cambio usted, está decidido hacer que el caballero sea infeliz aun acosta de la felicidad de su hermana.

—Ella es joven y bella, puede encontrar a otro caballero.

—Usted también lo es, puede dejar todo a un lado y encontrar a otra dama.

—No podría, sólo amaré a Fionely.

—Se ha preguntado que si eso que usted sintió por esa dama, es lo

mismo que siente su hermana por el Conde.

El caballero no supo que responder a su madre, así que cuando esa noche su hermana solio al jardín, él no la siguió, permaneció sentado en un lado de la estancia, en lo que su padre leía y su madre bordaba.

La señorita Phoebe, al darse cuenta que su hermano no la seguía, deseo ir en busca del Conde, más comprendió que eso tal vez era lo que deseaba su hermano, así que se devolvió y desde la puerta de la estancia, indicó:

—Freck, vamos al jardín, me va ha dejar sola.

El caballero se sorprendió por la solicitud de su hermana.

Cuando salía detrás se ella su hermano, los señores Wadlow sonreían complaciente.

En el Jardín la señorita Phoebe, preguntó a su hermano:

—Freck, ¿Cómo era Fionely?

El caballero se sorprendió por la pregunta de su hermana, así que con añoranza, respondió:

—Ella era hermosa, alta y esbelta, poseía una cabellera de color castaño claro, casi rubio, con ojos verde profundo como el mar, me decía que su padre era Ingles y su madre Francesa.

—Usted describe a la dama como si fuera la hermana del Conde.

—¿Hermana?

—Sí, Clark posee los ojos verdes profundo y la cabellera castaña clara.

—Usted es una ingenua Phoebe, usted cree que una hija de un noble viviría tan simple, además, fue el mismo amigo del capitán quien me afirmó que era él quien mantenía a Fionely y que cuidaba de ella.

—¿Cuál amigo?

—Maxim Lawy, es como su hermano, ese caballero hace comercio en Francia y viajaba con él siempre.

—Fue el señor Maxim Lawy que le contó que ellos eran amantes.

—Usted no debería decir esa palabra.

—¿Alguien más le corroboró la historia?

—No, ninguno de los demás caballeros se atrevían hablar mal del Comandante.

—Ella alguna vez le habló del Conde.

—No, sólo que él cuidaba de ella, cuando le hablé de mis sentimientos y de que deseaba formar una familia con ella, me sonrió y me comentó:

—Usted no sabe quién verdad soy, no conoce mi pasado, si lo supiera, no me estuviera hablando en estos momentos y sus palabras fueran ofensivas.

Le respondí:

—No me importa que sea la dama que cuida el comandante.

—Es usted un buen caballero Frederick Wadlow, si mi destino no estuviese marcado, aceptaría su proposición.

—Si usted desea la podría hacer mi esposa antes que él retorne.

—Usted ni nadie me salvarían de mi dolor, sólo la muerte...

Se formó el silencio, después el señor Frederick comentó:

—Al día siguiente la encontraron ahorcada, en el hermoso palacete que ese mal nacido, le pagaba.

—Cuanto siento hermano que estando sólo pasaras por ese dolor, pero porque no retornó de una vez.

—Después de eso, reñí con cada caballero que habló mal de ella, con cada capitán, soldado y me hundí en el alcohol, ya cuando no poseía nada, me encontré una vez más con el señor Maxim Lewis y él me pagó el pasaje de regreso, me regaló algunas ajuaras y me indicó, que ya era tiempo de retornar y hacer pagar al verdadero responsable de la muerte de Fionely.

—Eso le dijo el señor Maxim.

—Sí, y poseía toda la razón, pues si hubiese esperado una semana más,

usted hubiese sido víctima de ese patán.

—Se equivoca, si usted hubiese esperado una semana más, ahora fuera la dama más afortunada, estaría al junto del caballero que amo y usted no hubiese podido separarnos.

El señor Frederick Wadlow observó a su hermana, como si lo hiciera por primera vez desde que llegó y le preguntó:

—¿Tanto lo ama?

—Sí, lo amo con todo mi ser, más mi lealtad a usted también es grande, ahora conociendo su dolor y la ira que le tiene a mi amado, no podría tomar una decisión, mejor prefiero sacrificar mi amor y sufrir en silencio, que permitir que usted le haga daño o el Conde a usted, más hay algo que no comprendo, cómo siendo el señor Lewis el mejor amigo del Conde, confabula a sus espaldas para que usted lo odie, o hay algo más que el caballero no le ha dicho o que oculta.

El señor Frederick se quedó meditando en las palabras de su hermana y esa noche, en su lecho, recordó el comentario de uno de los soldados:

—Ella era la fulana del señor Lewis, antes de aparecer el Comandante...

Él no había puesto oídos a ese comentario, sino que se peleó con el soldado por faltarle al respeto a su difunta Fionely.

Se preguntó si eso era lo que movía al señor Lewis para ayudarlo, ahora que su hermana le habló, fue que comprendió que el caballero poseía un odio oculto al Conde.

La señorita Phoebe acompañada de su hermano, fueron a entregar a la señora Dixon una canasta con unas jaleas.

Al ingresar en la estancia, la anciana no estaba sola, Lady Maggie Millertone, estaba acompañando a la dama.

El Señor Frederick desde que vio a la hermosa joven, permaneció retraído.

La anciana hizo la presentación y después indicó:

—Mi cuñada se ha marchado y por fin ha dejado a mi sobrina conmigo.

La dama al igual que el caballero, se sintió afectada por la elegancia de él.

La anciana dándose cuenta, indicó:

—Su madre me ha invitado a que los acompañe a Normandy y bueno tendré que reusar, ya que no podré acompañarlas, pues mi sobrina se quedará un tiempo conmigo.

A la señorita Phoebe, aunque la joven no le caía bien, ya que estaba al tanto de que pretendía a su Clark, más por decoro que por otra cosa, comentó:

—Si su sobrina desea, puede acompañarnos.

La joven la miró de forma asombrada, más no respondió, fue la señora Dixon que indicó:

—Pues todo resuelto, nosotras haremos también el viaje, en verdad deseo conocer Normandy, me comentan que es bello en esta época del año, con abrazales y los árboles cambiando de color, debe ser un espectáculo a la vista.

La anciana se puso en pie e indicó:

—Acompáñeme querida a la cocina, deseo enviarle algo a su madre.

En toda la visita, el señor Frederick miraba de reojo a la hermosa

sobrino de la señora Dixon, aprovechó que la anciana al junto de su hermana, fueron a la cocina e indicó:

—Es usted una dama muy callada.

—Las apariencias engañan, señor.

—Me creo un caballero de audaz discernimiento del carácter.

—No lo creo, usted simplemente mira lo que ve delante de sus ojos, por ejemplo, ahora mismo, me ve y cree que soy una dama callada, rescatada y sumisa.

—¿Y no lo es?

—Si lo fuera señor, entablaría este tipo de conversación, con un caballero que desconozco y que es la primera vez que lo veo.

—Creo que no.

—Pues ahí está la respuesta.

—Pero se ve usted inocente.

—La inocencia no es falta de conocimiento, es falta de maldad.

—En verdad posee usted facilidad del habla.

—Cuando deseo señor.

En ese instante la anciana retornaba al junto de la señorita Phoebe, Lady Maggie continuó tomando el té con toda calma, como si nunca hubiese abierto sus labios.

Ya había transcurrido un mes, de la última vez que había visto al Conde, y la señorita Phoebe estaba desesperada, ya que al día siguiente, marcharían a ver a su hermana.

El señor Frederick vio inquieta a su hermana, así que indicó:

—Me acostaré temprano, mañana tendremos que madrugar para partir, buenas noches a todos.

Ella al poco tiempo se despidió también.

Caminó al jardín, esperó un tiempo prudente, más el Conde no se presentó, así que desilusionada y abatida, retornó a su recámara, quedándose despierta, la gran parte de la noche.

La señora Dixon viaja en compañía de los señores Wadlow, en cambio los dos jóvenes lo hacían en otro carruaje.

El señor Frederick iba en su montura, próximo al carruaje de las jóvenes.

Cuando pararon para descansar, el señor Frederick amarró su caballo a un lado, entró al carruaje, sentándose al junto de su hermana, como la señorita Phoebe había dormido poso, la noche pasada, a poco tiempo del viaje, se quedó dormida.

El señor Frederick miraba con picardía a la dama que estaba sentada al frente de él y se animó a hablarle:

—Mi Lady, me informaron que es usted hija de un Duque.

—Así es señor Wadlow, más en verdad soy la viuda de un Marqués.

—¿Viuda?

—Sí, mi padre me enlazó a los dieciséis años con aun anciano que podía ser mi abuelo, este murió tres años después.

—Lo que quiere decir que es usted, una dama con experiencia.

—No comprendo la pregunta, ya que si estar enlazada a un caballero anciano y vivir tres años sin salir de su mansión a eso le llama usted experiencia, en tal caso la tengo.

—Perdone, no fue mi intención incomodarla.

—Mucho cuidado Wadlow, sus palabras dicen una cosa, más su mirada expresa otra.

—Es usted una dama muy sagas Mi Lady.

—A qué le llama usted sagas, a una dama con experiencia en las artes amatorias, oh a una ingenua como su hermana.

—A la primera categoría Mi Lady.

—Pues en eso puedo decirle que poseo experiencia, ya que mi difunto esposo se encargó de ello.

—No comprendo Mi Lady.

—Y es mejor que no me comprenda.

Se formó el silencio.

El señor Frederick en verdad se sentía atraído por la hermosa rubia que estaba sentada al frente, miro a su hermana de costado, ella continuaba dormida, así que se animó a decir:

—Usted es muy hermosa, creo que ningún caballero se resista a su belleza.

—Una vez más se equivoca, para ser más exacta, un Conde me dejó sola en su recámara pues según sus palabras, amaba a otra dama.

—Pues ese caballero es un tonto.

—No lo creo, ya que en verdad ganó mi admiración, pues me enseñó que el amor es mayor que la pasión.

—Se lo enseñó de mala forma.

—En el momento fue así, más cuando recapacite en lo sucedido, lo admiré, pues la nobleza de un caballero no está en su posición o título, sino en

su corazón.

—Me está diciendo usted Mi Lady, una hija de un Duque y viuda de un Marqués, que admira usted más, a un noble de corazón, que a uno con título y abolengo.

—Así es señor Wadlow, en mi corta vida aprendí que un elegante traje no hace a un caballero, tampoco la pertenencias que posea, un cerdo puede poseer un título y un caballero puede ser un lacayo.

—Su convicción es fuerte Mi Lady.

—Más de lo que usted se imagina.

Se formó el silencio, los dos sólo se miraban, ella de vez en cuando observaba a la joven que dormía al lado del caballero.

Cuando hicieron una parada para estirar las piernas, la señorita Phoebe se despertó, después continuaron el viaje.

Las dos damas no hablaban, en tanto, el señor Frederick estaba al tanto de todo los movimientos de la Lady.

Lady Maggie Millertone para poner conversación a la señorita Phoebe indicó:

—Es usted afortunada señorita Wadlow.

—¿Afortunada dice usted Mi Lady?

—Sí, usted es la dama que posee el corazón de uno de los caballeros más nobles y caballeroso que conozco.

La señorita Phoebe no deseaba que la dama hablara del Conde delante de su hermano, así que trató de hacerse la estúpida, más la dama continuó:

—Sí, hablo de Clark, es evidente que muere por usted.

La señorita Phoebe echó un vistazo de reojo a su hermano, él no comentó nada, así que la joven continuó:

—Mi hermano Maxim se expresa con atrocidades de él, pero se que es sólo envidia.

—¿El señor Maxin Lewis es su hermano? —. Preguntó el señor Wadlow asombrado.

—Sí, mi hermano desheredado, él es uno de esos caballero, que le comenté hace poco

—¿No comprendo? —. Indicó la señorita Phoebe.

—Pues mi hermano nació con linaje y fortuna, más, es un cerdo, ya que deshonró a una dama, en su primera temporada, la joven era hija de personas que habían quedado en la ruina, y ella no poesía dote, así que, se negó a enlazarse con ella, mi padre lo desheredó, entre comillas, bueno, en verdad, a él no le importó, ya que era el segundo hijo, así que, se marchó a Francia claro está, con una gran suma que le dio mi padre, y con malos negocios, se hizo de más dinero, como conocía a Clark lo buscó en Francia, más cuando su amigo lo encontró, encontró también a su hermanastra.

—¿Hermanastra? ¿El Conde posee hermana? —. Preguntó una vez más un asombrado el señor Frederick.

—Así es señor Wadlow, mi hermano viajó a Francia a espiar al hijo de Conde, enviado por la Condesa, pero a poco tiempo, la madre de Clark le contó en un telegrama a mi hermano, indicándole, que su hijo mayor había encontrado a la hija del Conde en Francia y que la dama pertenecía a la vida libre, para juego del destino, la muchacha en ese tiempo, era una de las amantes de mi hermano.

La señorita Phoebe se sorprendió de que la joven supiera aquella historia de una forma tan detallada, así que preguntó:

—¿Cómo sabe usted esa historia?

—Veo que usted también la sabe.

La señorita Phoebe se agachó de hombros al contestar:

—Sólo un poco.

—Pues, escuché cuando la Condesa, se lo contaba a mi madre la otra parte y mi hermano me lo explicó.

—¿Qué ocurrió con la joven?

—Bueno, la Condesa pagó a Maxim para que buscara a la muchacha y que Clark no la encontrara, pero mi hermano nunca pensó que la joven siempre había estado debajo de su mismo techo.

El señor Frederick escuchaba la historia, y se dijo que ese maldito estaba pagando por su maldad, más no había unido todo, hasta que Lady Maggie indicó:

—La pobre muchacha, estaba enferma de una manera fuerte y contagió a mi hermano, pues ella al estar con muchos soldados, la enfermaron, bueno, usted como dama soltera señorita Wadlow, no sabe de esas cosas, pero así fue, ella estaba muriendo, su hermano la encontró tarde, sólo pudo cuidar de ella, únicamente tres meses y después, ella prefirió ahorcarse que vivir con esa enfermedad.

Fue cuando el señor Frederick reaccionó:

—¿Ahorcarse?

—Sí, ella aprovechó que su hermano viajó por la enfermedad del padre y se ahorcó.

El señor Frederick se quedó mirando a la dama, ella continuaba hablando, más, su mente se había detenido en un punto, así que miró a la Lady y preguntó:

—¿Cómo se llamaba la joven?

—Bueno debió de llamarse Fionalia Conroll, o algo así, más el Conde nunca la declaró.

El Señor Frederick repitió:

—¡Fionely Conroll!

—Sí, ese es el nombre.

El señor Frederick se quedó pasmado, en choke.

La señorita Phoebe lo miraba asustada, esperando su reacción.

Lady Maggie comprendió que algo ocurría y preguntó al caballero:

—¿Se encuentra bien?

En ese instante, él reaccionó, con el puño, le dio al techo del carruaje y el fuerte golpe retumbó dentro, no bien se detuvo, él saltó del carruaje, dando algunas vueltas en el suelo, más se puso de pío y tomando su caballo, se alejó a toda prisa.

Los palafreneros y lacayos se quedaron observando como el caballero de alejaba.

El carruaje donde iban los más mayores de detuvo.

Todos salieron de sus respectivos carruajes y como pudo la señorita Phoebe comentó que su hermano deseaba llegar más rápido a la mansión del Marqués, tomaron sus palabras y continuaron su camino.

Después de un instante Lady Maggie Millertone le preguntó a la señorita Wadlow porqué su hermano reaccionó de esa forma, la joven de narró lo que había ocurrido en Francia, más no le comentó de la devoción de su hermano por la muchacha, sino que su hermano no deseaba que ella se enlazara con el Conde porque lo creyó un depravado.

Ella comprendió todo e indicó:

—Su hermano la ama mucho, para cuidar de usted de esta manera.

Al día siguiente, llegaron a Normandy, y como había comentado la

señora Dixon, los campos estaba bañados de colores, ya que las hojas estaban cambiando de color y los hermosos árboles de fresales complementaba el paisaje pintoresco.

El señor Frederick no terminó de hacer el viaje con ellos, ni tampoco se había presentado a la mansión del Marqués, por esa razón, los esposos Wadlow hablaron con su hija poco tiempo después de su llegada.

La señorita Phoebe le explicó lo ocurrido y ellos sólo se miraban, al finalizar el señor Wadlow indicó a su esposa cuando se quedaron solos:

—Que Dios, cuide de nuestro hijo.

—Sí Kellian, más usted debe estar preparado para cuando retorne arrepentido.

—Sí, Violet debo pedirle a Dios que me de sabiduría.

Ese día el señor Frederick no retornó, tampoco el siguiente y el Marqués decidió buscarlo.

Las damas estaban en espera de noticias.

Ya entrada la noche, se escucharon trotes de caballos y después algunas pisadas fuertes por el pasillo.

En el umbral del salón donde estaban todos reunidos aparecieron el Marqués y el Conde llevando a rastras a un muy borracho Frederick.

La servidumbre se apresuró a ayudar a los caballeros, el Marqués indicó:

—Lo llevaremos a descansar.

De esa forma, se llevaron al señor Frederick.

La señorita Phoebe sólo tenía ojos para el Conde, él también se veía desaliñado y demacrado.

Cuando los dos caballero retornaron, el Marqués fue al lado de su

esposa y le dio un beso en la frente.

El Conde saludó a todos con una reverencia, más sólo poseía ojos para la señorita Phoebe.

Fue el Marqués que indicó:

— Me gustaría tomar un té caliente en el salón amarillo.

Todos comprendieron y salieron del salón verde, dejando a la pareja, mirándose uno al otro.

Cuando el señor Wadlow salía, le puso una mano en el hombro del Conde y le indicó:

—Un gusto verlo.

Salió del salón cerrando la puerta detrás de sí.

El Conde no esperó más y en dos pasos se aproximó a su amada y la abrazó.

Ella lloraba entre sus brazos de alegría.

El Conde con sus labios enjugaba sus lágrimas y sin poder contener más su desesperación, se apoderó de sus labios.

Los dos se saciaron de su sabor, de su aroma y de su deseo fue en aumento, hasta que la cordura llegó a tiempo y el Conde dejó poco a poco de besarla, sólo la abrazó a su pecho.

Cuando tuvo suficiente fuerzas indicó:

—Estaba perdiendo la razón sin usted, si no hubiese sido por la esperanza que Dios me envió a través del Libro Sagrado y después de esa nota que usted me envió, creo que ahora mismo estuviese peor que su hermano.

—Oh, Clark, cuanta falta me ha hecho.

Él se separó un poco de ella para mirarla al rostro:

—¿Le hice mucha falta?

Ella se sonrojó al decir:

—Mucha es poco.

El Conde sonrió y volvió a besarla, pero esta vez no se excedió.

—Eso quiere decir señorita Wadlow que siente algún afecto hacia mi persona.

—Pues Mi Lord, antes poseía un cariño a sus besos, a su forma y a su porte.

—No me diga.

—Sí, más ahora, añoro sus besos, anhelo su compañía, sueño con su presencia, desvarío por su aroma, deseo estar a su lado y amar su ser.

El Conde se apoderó de sus labios, sin medida ni conciencia, se aferró a ella como todas sus fuerzas y la fundía a él sin decoro, más un golpe en la puerta hizo que retornara a la realidad.

Ella se compuso como pudo y él puso distancia y dijo:

—Adelante.

Era el mayordomo con una bandeja de té, el cual preparó en silencio y colocó una taza en una mesa al lado de un diván y la otra al lado de una butaca, cómo separando a los enamorados sin decir palabras, al finalizar el anciano indicó:

—Los Marqueses estarán con ustedes en un momento.

El Conde vio salir al mayordomo, el anciano dejó la puerta abierta, así que él escoltó a la señorita Phoebe a donde estaba una de las tazas, después él tomo asiendo al frente.

Así los encontraron los señores Wadlow y los Marqueses, ya que la señora Dixon y su sobrina se habían retirado a sus aposentos.

El Marqués indicó:

—Gracias amigo por cuidar de Frederick.

La señorita Phoebe miró al Conde con asombro y le preguntó:

—¿Usted cuidó de mi hermano?

—Bueno, lo que se llama cuidar, no mucho, ya que no pude impedir que

tomara mucho, nos encontramos en una posada a unas millas de Normandy.

—Usted pudo hablar con Frederick.

—Sí señora Wadlow, hablamos de mi hermana y de su enfermedad, aclaramos las cosas, más me indicó que lo dejara tomar para sacar ese remordimiento que sentía, asentí, estuve con él todo el día, hasta que por tanto tomar, se quedó dormido.

—Fue cuando los encontré, y le comuniqué a Clark que todos estaba preocupados por él, entre los dos convenimos que era más fácil traerlo en ese estado que esperar al día siguiente.

—Mi hijo posee una fuerte convicción del honor.

—Lo sé señor Wadlow, por esa razón lo hospedamos en una recámara que sólo posee una salida y estará cerrado, además está en el tercer nivel que le será difícil salir por la ventana.

—Usted conoce muy bien a nuestro hijo, Mi Lord.

—Así es, fui su comandante por tres años, tiempo suficiente para saber su forma de proceder.

—Gracias Mi Lord, por todo.

—Si alguien hay que agradecer hoy, no es a mí, sino a Dios, quien en su misericordia permitió todos estos acontecimientos, para que hoy podemos estar juntos y que pronto seamos familia.

La última palabra la dijo mirando a la señorita Phoebe.

La joven se sonrojó y el Conde disfrutó de su belleza.

El Marqués indicó:

—Ahora debemos descasar, en especial usted Clark que se ve agotado.

—Ya el cansancio se desvaneció de mi vida.

—Puede que se haya desvanecido de su vida mi buen amigo, más no de su rostro.

Todos sonrieron y cada uno se dispuso a salir de la estancia, el Conde

antes de marcharse dio un beso en la frente a su amada, delante de todos, después formó una reverencia colectiva y se marchó.

Los demás lo imitaron.

La señora Violet compartía con su hija mayor en el salón rosa, donde la joven se refugiaba.

—Es que muchas veces no lo comprendo madre.

—Los caballero poseen una forma diferente de ver las cosas hija.

—Todo estaba bien, hasta que vinimos a vivir aquí, ahora ya no posee tiempo para su hija o para mí y cuando se aproxima es sólo para hablarme de los problemas, y trato de ayudarlo, más eso al parecer que lo irrita.

—Layla hija, Jesús nos enseñó cómo ayudar. Por ejemplo, cuando un caballero enfermo se le acercó para pedirle ayuda, él no le resolvió de inmediato su problema. Primero lo escuchó, después sintió su angustia en el corazón, y por último, lo sanó (Marcos 1:40-42). Trate de seguir también esos tres pasos. Recuerde que lo más probable es que su pareja espere comprensión, no una solución instantánea. De modo que escuche con cuidado, sienta lo que el otro siente, y entonces, solo entonces, piense qué se puede hacer. Así le mostrará verdadero respeto.

—No comprendo madre.

—Hija intente esto, la próxima vez que su esposo empiece a hablarle, reprima el impulso de contestarle inmediatamente. Espere a que termine, y no le responda hasta que usted comprenda lo que quiso decir.

—Es decir que no le dé solución a su problema.

—No, sólo escúchelo, preste genuina atención.

—Pero él sólo se desahoga y luego se marcha.

—Tenga cuidado hija, no siga en el error de las esposas.

—¿Cuál es madre?

—Es algo muy normal, criticar, insultar y hablar con sarcasmo al esposo, hay parejas donde las burlas, los gritos y los apodos despectivos son normal en la pareja, no permita que esa raíz sutil entre a su relación, empieza de forma silente más se convierte en un monstruo que va desolando a su paso.

—Es difícil mantener la calma, cuando algo dentro de una siente que el caballero se está volviendo egoísta e egocéntrico.

—Tenga cuidado Layla, ese es una señal de que usted sólo mira las faltas de su esposo y no su virtudes.

—Cómo puedo ver sus virtudes, si sus faltas son mayores.

—Hija, asegúrese de que cuanto hable sobre su esposo “sea bueno para edificación según haya necesidad, para que imparta lo que sea favorable a los oyentes” (Efesios 4:29). Dicho de otro modo, sus palabras deben transmitir una imagen favorable de su pareja.

—Madre confieso que últimamente estoy mirando sólo sus falta.

—En tal caso, cerciorarse, de que incluso cuando estén a solas, no caiga en la tentación de usar lenguaje hiriente u ofensivo. En el antiguo Israel, Mical se enfadó con su esposo, el rey David, y con desprecio le dijo que se había portado “como uno de los casquivanos”. Al llamarlo casquivano, o alocado, no sólo ofendió a su esposo, sino que también desagradó a Dios (2 Samuel 6:20-23). ¿Cuál es la lección? Cuando hable con su cónyuge, preste atención a lo que dice (Colosenses 4:6). Le diré, que los desacuerdos son normales en la pareja, más no la deslealtad.

—Madre usted poseía la razón, los caballeros para conquistar a una no son ellos mismo.

—Layla hija, usted tampoco fue usted misma para conquistar al Marqués, los recién enlazados creen erróneamente que como la Biblia dice que son “una sola carne”, desde el momento de su unión, que los dos han de tener la misma

opinión y personalidad (Mateo 19:5). Sin embargo, no tardan en descubrir que esa idea no es realista. Al poco tiempo, sus diferencias provocan frecuentes discusiones.

—Sí madre, fíjese usted, Albert se preocupa menos por las cosas de la mansión y de su propia hija. A veces está tan tranquilo mientras me muero de angustia, así que termino enojándome porque me parece que el asunto no le importa tanto como a mí, por Dios, es su hija, más él no le da importancia.

—Layla acepte a su esposo como es y respeten sus diferencias.

—Pero cómo hacerlo madre.

—Muy fácil hija, cuando su esposo, opine o reaccione de forma distinta a usted, tenga en cuenta los sentimientos de él y no se centre en los suyos (Filipenses 2:4).

—Usted debería hablar con Albert.

—Creo que eso es innecesario si usted hace su parte.

—Es que siempre tengo que deponer para que nos llevemos bien.

—Incorrecto hija, usted debe entender sus errores para que pueda tener una mejor comprensión del problema, sabe el respeto aporta satisfacción y seguridad en el matrimonio, si usted cultiva eso, exclusivamente respeto, le aseguro que su relación se fortalecerá y como resultado de su esfuerzo recibirá amor verdadero de su esposo.

Lady Layla escuchó atenta a las palabras sabia de su madre y las guardó en su corazón.

El señor Frederick al día siguiente, despertó con un dolor de cabeza, por la mala decisión de estar tomando alcohol todo el día anterior.

El Mayordomo del Marqués le preparó una tizana la cual aminoró el malestar del caballero, más se quedó toda la mañana en la recámara.

Después del almuerzo, se escuchó un toque en su puerta, él cavilo que era el mayordomo así que indicó:

—Entre.

La puerta se abrió sin demora.

Él estaba aun con la bata que le había prestado su cuñado, ya que no poseía la intención de salir de su recámara.

—Un sirviente vino por la bandeja.

Habló observando por la ventana al jardín, donde su hermana menor, caminaba de mano con el Conde.

La puerta una vez más se cerró, pero una voz indicó:

—No he venido por la bandeja.

El señor Frederick se giró con prontitud, pues quien estaba en su recámara era Lady Maggie Millertone.

—Disculpe Mi Lady, no estoy presentable para recibirla.

—Todavía no me perdona.

—No es eso, usted es una dama y está en estos momentos en los aposentos de un caballero.

—Soy consciente de ello, señor Wadlow.

—Se me olvidaba que usted está acostumbrada a presentarse a los aposentos de los caballeros.

—Ahora desea herirme con sus palabras.

—Creo que debe marcharse Mi Lady.

Ella dio unos pasos más e indicó:

—No lo haré, hasta que usted comprenda que lo que hice, fue para

ayudar a su hermana y al Conde.

—No comprendo.

—Sabía que usted no deseaba a Clark como pretendiente de su hermana, porque lo creyó un depravado, más usted no sabía que la dama, bueno en pocas palabras, estaba enterada de todo, ya que el Conde estaba fuera de sí, por no poder estar cerca a su hermana.

—Ahora comprendo, usted decidió decirme la verdad.

—Puedo decir que preparé todo para hacerlo.

—Usted urdió todo en un plan.

—Sí, desde ir a hospedarme con mi tía, hasta hacer que usted y su hermana fueran ese día a llevarnos las jaleas, y claro está, conociendo el noble corazón de la señorita Phoebe, estaba segura de que nos invitaría acompañarlos.

—Es usted muy parecida a su hermano.

—Somos hermanos debemos poseer algo en común no cree, más no cavile en su dolor, y en verdad no deseaba herirlo de ese modo.

El señor Frederick se giró una vez más a la ventana para decir:

—Fue lo mejor, me comporté como un patán, fui egoísta y colmé mi corazón de odio, no miré lo que era obvio y preferí sacar mis propias conclusiones, así que usted hizo lo correcto.

Lady Maggie preguntó:

—¿No me odia por lo que le hice?

—No, más aléjese de mí.

—No se preocupe, que ahora mismo me voy, sólo deseaba aclarar las cosas, antes de marcharme a Londres.

El señor Frederick se giró de pronto y con asombro preguntó:

—¿Se marcha de la mansión?

—Sí, poseo una residencia en Londres y bueno, deseo pasar el invierno

allí.

El señor Frederick bajó el rostro y se mordió el labio, después indicó:

—Espero que no ande entrando a las recámaras de los caballeros.

—Le aseguro que está, será la última.

Ella formó una sutil reverencia y se encaminó a la puerta, más escuchó una suplica detrás de ella:

—No se marche.

Ella se giró poco a poco, el señor Wadlow estaba caminando hacia ella.

—Debo hacerlo señor Wadlow, usted debe aclarar su mente, poner sus ideas claras y tal vez usted desee viajar a Londres, para que visite a una amiga viuda.

—Me permitiría visitarla.

—Tal vez, desearía algo más, que una visita señor Wadlow.

Ella se giró y salió de la recámara, dejando a un señor Frederick Wadlow con una sonrisa en su rostro.

La Marquesa viuda se despidió de sus anfitriones y en compañía de su tía, se marchó con destino a Londres, más la anciana le indicó:

—No deseo ir a Londres.

—Pero tía.

—No deseo pasarme el invierno en esa ciudad donde únicamente habitan muertos.

—¿A dónde desea ir?

—Retornemos a mi residencia, algo me dice que usted le agrada cierto caballero.

—No creo tía que ese caballero posea ojos para mí.

—Hija, soy una anciana y advertí en la mirada del caballero que siente algo por usted.

—Lo sé, tía.

—Por eso nos marchamos, verdad.

—Sí, es difícil ver sufrir por amor a un caballero que a una le gusta.

—Me habla usted del señor Frederick Wadlow.

—De quien más tía.

—Pues podía ser por el Conde.

—No, hace mucho que comprendí que Clark es mejor, un amigo que un amante, por eso se marchó madre, ya que le comunicué que no seguiría nunca más su juego y se enojó.

—Una muy buena decisión hija, su madre es igualita a mi hermano, que únicamente les importa el que dirán.

—También eso comprendí.

La señorita Phoebe disfrutaba cada momento de la compañía de su prometido, el Conde, él por más que deseó desposar a la joven con una licencia especial, el señor Frederick no se lo permitió, indicando que sería mejor para todos que ellos se enlazaran en Lewes y no en Normandy.

La cordura llegó al corazón del Conde y estuvo de acuerdo con su cuñado de que ese era el mejor proceder, así que se enviaron invitaciones al señor Ethan y a su esposa, a la madre del Conde y a su esposo a Bath, así como a la señora Dixon y a la Marquesa vida, cosa que alegró el corazón del señor Frederick.

El Conde no deseaba viajar sólo a Lewis sin su amada, más era lo más prudente, así que el señor Frederick lo acompañó.

La familia del Marqués, así como los señores Wadlow y su hija,

retornaron a Spontex, más esta vez, con rostros muy diferentes, con alegría.

Lady Layla durante el viaje no se sentía bien, por eso al llegaron a Spontex, el Marqués envió por el galeno para que revisara a su esposa, en lo que él estaba fuera, caminando en el pasillo, de un lado al otro, diciéndole a su suegro:

—Espero que no sea nada grave.

—No lo será.

—Es que Harriet se estaba comportándose de forma extraña antes de ustedes llegar, más de repente cambió su actitud, ahora se enferma, usted como su padre tal vez me pueda decir que le ocurre.

—Bueno, creo mi buen amigo, que ningún caballero posee la capacidad de conocer a una dama, aunque soy el padre, creo que ella y su hermana son indescifrables, sin decir que la madre es más.

El Marqués se quedó asombrado mirando al señor Wadlow.

En ese momento, la puerta se abrió y el galeno indicó:

—Felicidades Mi Lord.

El Marqués no comprendió, así que, se caminó a donde estaba su esposa a costada y le preguntó:

—¿Por qué el galeno me felicita?

—Es porque usted será padre una vez más.

El Marqués miró a la puerta donde estaba el galeno y el señor Wadlow sonriendo, este último, cerró la puerta dejando sólo a la pareja.

El Marqués sonreía, besaba y abrazaba a su esposa:

—Oh, Harriet, ¿La maltrato?

—No, en verdad usted me hace falta.

—Pero y el bebe.

—A él o a ella usted también le hace falta.

El Marqués besó a su esposa, en toda la tarde y la noche, no salieron de sus aposentos.

La señora Violet estaba feliz por la noticia, más estaba reteniendo la emoción de decirlo, ya que su hija y su nieta aun no estaba enterada, ya que debía ser los Marqueses quienes lo comunicaran, por esa razón los señores Wadlow se despidieron temprano.

Al día siguiente, todo en la residencia grande, se regocijaron con la noticia, de que la Marquesa estaba en una dulce espera.

Lady Chantal estaba tan feliz que no se separaba de su madre, cuidado según ella a su hermanito.

El Marques de igual forma estaba al pendiente de su esposa.

Los señores Wadlow disfrutaban de la felicidad de sus hijas, ya que la menor al junto de la señora Dixon, Lady Maggie y su madre hacían todo lo preparativo para las nupcias.

El señor Frederick una tarde se aproximó al despacho de su padre y al verlo el señor Wadlow le indicó:

—Entre hijo mío, hace unos días que deseaba hablarle.

El caballero entró y cerró la puerta detrás de sí.

El anciano le señaló un sillón y él muy obedientemente se sentó:

—Dirá usted padre.

—He notado que está usted muy distante Frederick ¿Es que no se alegra de la felicidad de sus hermanas?

—Sí padre, me alegra mucho saber que mis dos hermanas encontraron caballeros que las aman y también aman a Dios.

—¿Entonces?

—Es que verá usted, últimamente me he sentido culpable, por tener

ciertos sentimientos hacia una dama y me encuentro que con ellos estoy siendo infiel al amor que profesaba a la señorita Fionely.

—Esos sentimientos son hacia la Marquesa viuda.

—Sí, padre.

—No creo que usted sea infiel por lo que siente, según sus palabras, la señorita Fionely nunca correspondió a su amor.

—Ahora comprendo que no lo hizo porque me amaba, de lo contrario estaría ahora como el señor Maxin Lewis, postrado en cama con mucho dolor.

—Usted posee toda la razón, más hijo comprenda que la dama está fallecida, así mismo, nunca fue nada suyo, o me equivoco.

—No se equivoca padre.

—Pues la infidelidad es la ruptura de un contrato, acuerdo o pacto implícito o explícito, en el cual uno de los dos miembros en una pareja, tiene algún tipo de relación con una tercera persona, ¿Poseía usted un pacto con la señorita Fionely?

—No.

—Y si lo hubiese tenido ese pacto o contrato estaría roto, por el ejemplo, si hubiesen estado enlazados, usted fuera libre, ya que la dama no está entre nosotros.

Su hijo se quedó meditando un instante, en aquel momento el señor Wadlow le preguntó:

—¿Se siente usted que le está haciendo infiel a Dios, Frederick?

El caballero miró a su padre, y se quedó observándolo por un tiempo, más no respondió, así que el anciano indicó:

—Nosotros muchas veces somos infieles a Dios, porque rompemos el trato que hicimos cuando venimos a Él para que nos perdone y que por medio de la sangre de Cristo nos salve de la condenación del pecado, más cuando nos vemos libres, creemos que podemos vivir a nuestro modo y a la vez, tener

una relación con Dios, pero eso no es así, Dios es Santo, no puede convivir con pecadores, retractares.

—Sí padre, le he sido infiel a Dios, me he llenado de odio, rencor, amargura, dolor, me hundí en una pocilga con todos los caballeros que nunca han hecho un pacto con Dios, le fallé, le negué y lo saqué de mi vida, claro que le he sido infiel, tanto en cuerpo, mente y alma, me revolqué en la maldad del mundo, me acosté con mi propia concupiscencia y deje que se anidara en mi alma la culebra de la amargura, hablando así cosas impropias y tomando del liquido amarillo, que hace una ilusión pasajera, más que deja un sabor amargo en la vida, y están poco tiempo que dura su efecto, que deseamos volver a sentirlo para nuestro propio mal.

Se formó el silencio.

El señor Wadlow se aproximó a su hijo y sentándose a su lado le indicó:

—¿Hijo desea volver a tener esa relación con Dios? ¿Desea pedirle que permita que usted se le aproxime?

—¿Cómo hacerlo padre si le he fallado?

—Todos, sin excepción en algún momento de nuestra vida le ha fallado, ya que el pecado que mora en nosotros nos aleja de su pureza, más gracias a Dios por la sangre de Jesucristo que nos limpia de todo pecado y Dios nos ve como si estuviese viendo a su hijo.

—¿No comprendo como estuve tan ciego?

—Un amigo me comentó una vez que caminábamos en un bosque, y comenzó a llover, él buscando refugio de la lluvia encontró una cabaña abandonada, cómo estaba a oscuras entró, pasó un tiempo y decidió prender el fuego, al hacerlo, una parte se iluminó, así que miró a su alrededor, y al ver lo que le rodeaba, salió corriendo de ese lugar y prefirió mojarse que volver a entrar.

—¿Qué fue lo que vio padre?

—En un lado estaba un esqueleto, y a su lado un serpiente, la cual lo miraba.

—Eso debió ser aterrador.

—Así es hijo, ese es el mundo, cuando vivimos alejados de Dios que es la luz, no nos damos cuenta del peligro que nos asecha, de la maldad que nos rodea y de los enemigos que nos observan, ya que estamos ciegos, más cuando venimos a Dios a través de Jesús, nos damos cuenta de nuestras faltas, su palabra nos alumbra el camino hacia la rectitud y su compañía nos protege del mal, usted estaba como mi amigo, sentado muy cómodo en la oscuridad, más ahora debe de levantarse y salir corriendo, debe ir al trono divino e implorar a Dios su perdón, para que se pueda reconciliar con Él.

El señor Frederick se cubrió el rostro con sus manos.

El señor Wadlow dio una palmadita en el hombro de su hijo y levantándose, lentamente, lo dejó sólo.

El caballero entendiendo todo lo que había en su corazón, se deslizó al suelo y postrando el rostro lloró amargamente...

La madre del Conde de Bute envió una carta enviando a decirle a su hijo, que no se sentía bien de salud y que por esa razón no podría asistir a sus nupcias.

El señor Ethan Byrne y su esposa llegaron a la mansión del Conde dos días antes del enlace, dándole la agradable noticia de que pronto sería tío.

El Conde con alegría recibió la noticia y esa tarde cuando visitó a su

prometida le comentó, cuando caminaban por el jardín:

—La esposa de Ethan está en la dulce espera.

—¿De verdad?

—Sí, sólo tiene algunos meses y está muy abultado su vientre.

—Debe ser muy difícil tener ese peso delante.

—Creo que no mucho, ella es muy ligera, además no deja sólo a mi hermano.

—Jajajaja. Ella es la perfecta dama para él.

—Sí y usted es la perfecta dama para mí.

—¿Usted cree Mi Lord?

El Conde sonrió y mirando para los lados, la cautivó a su pecho, abrazándola, la besó.

Un día antes de las nupcias, el Conde se reunió con el señor Wadlow, el anciano muy complacido, le indicó al caballero:

—Si usted desea podemos dar una caminata afuera, aunque se está poniendo un poco fresco.

—Me gustaría caminar, le acompaño señor Wadlow.

Los dos caballeros salieron de la residencia de la familia Wadlow, ya que el caballero había decidido que se quedaría a vivir con su esposa allí y no en la mansión.

Posteriormente, de un momento, el Conde inquirió:

—Señor Wadlow ¿Qué debo hacer para que mi unión con su hija sea para toda la vida?

El anciano miró al Conde y caminando hacia el árbol que él se reunía con la señorita Phoebe, el anciano tomó asiento en su raíz e indicó:

—Sólo la permanencia de Dios en su vida es que hará la diferencia,

aunque le diré mi buen amigo, que poseo amigos que no tienen a Dios en sus uniones y han durado muchos años juntos, más la diferencia es que cuando Dios es quien los une, quien le toma su mano y también la de Phoebe, su tiempo de unión será como un dulce amanecer, aunque las nubes grises oscurezcan parte de sus días, al llegar la noche se disiparán y al día siguiente, volverán a despertar a la felicidad.

—Deseo ser un excelente esposo para su hija señor Wadlow.

—Pues lo único que tiene que hacer es amarla.

—¿Sólo amarla?

—Así es amarla, en esa palabra se resume que la cuide, que vele por su bienestar, que la haga sentir la Reina de su vida, que le de su lugar, que la mime con pequeñas cosas, que la colme con algo más grande, pues Mi Lord, las damas son, emociones y sentimientos, nosotros somos razonamiento y acción, ellas son volubles y fuertes, nosotros firmes y débiles, ellas son audacia y temor, nosotros somos coraje más somos insensatos, ellas poseen la capacidad de mirar más allá, tanto a las personas como en el futuro, Dios le dio esa habilidad de análisis, si usted la escucha y discierne su corazón, para tomar la mejor decisión, porque recuerde que usted es quien la guía, entonces Mi Lord, su matrimonio será un bello camino por todos sus días, llenos de escapadas clandestinas.

El Conde sonrió, ya que se dio cuenta que el señor Wadlow estaba al tanto de sus reuniones secretas con su hija.

El señor Frederick estaba en la capilla del pueblo de Lewis, presenciando el enlace de su hermana menor, más, su mente estaba junto a la dama de mirada traviesa y sonrisa burlona, que de vez en cuando, giraba el

rostro, para jugar con él, con la mirada.

Cuando el joven vicario indicó:

—Les presento a los Condes de Bute.

Los presentes se pusieron de pie y aplaudieron, fue cuando el señor Frederick volvió a la realidad.

Como la ceremonia había sido familiar, todos se reunirían en la mansión de los Condes para el almuerzo nupcial.

La pareja estaba recibiendo las felicitaciones.

El Conde le indicó a su Condesa:

—Deseo ya que nos marchemos.

—Pero Clark, tenemos que esperar el almuerzo.

—¿Quién dice que lo debemos esperar?

—Pues eso es lo que dicta las normas.

—No deseo empezar nuestra vida, siendo regidos por las norma del hombre.

—En eso estoy de acuerdo Mi Lord, más como hijos de Dios debemos acatar las normas del hombre para que ellos vean a Dios en nuestra vida.

El Conde tomó la mano de su esposa y la besó, sonriéndole con complicidad.

En la mesa estaban todos ya en sus respectivos asientos, el señor Wadlow indicó:

—Hace un tiempo que conocí a mi amigo el difunto Conde de Bute, al pasar el tiempo me presentó a su hijo mayor, en esa época, no se me hubiese ocurrido que ese jovencito, hoy convertido en un Conde, desposara a mi hija menor, y mucho menos, que la amara con tal devoción. Sólo es mi ruego delante de Dios que ese amor que hoy los une como pareja, perdure el resto de sus vidas. ¡Salud!

Todos con alegría brindaron por los nuevos Condes.

La pareja casi no probó bocado y cuando transcurrió un tiempo prudente, el Conde se puso de pie e indicó:

—Le damos la gracias por ser participe de este día tan importante para nosotros, ya que pasamos por muchos obstáculos para que por fin este día llegara, más hoy miro hacía atrás y me digo valió la pena, porque mi amada hoy es mi esposa.

Todos los presentes aplaudieron.

—Ahora si nos disculpan nosotros deseamos continuar celebrando a solas, así que ustedes continúen sin nosotros.

La Condesa se ruborizó, en tanto, las risas de los presentes, retumbaban en el salón.

El Conde aprovechó, tomando a su ahora esposa, formó una reverencia colectiva y se retiraron.

El señor Frederick en voz baja decía a la dama que estaba a su lado:

—Me gustaría hacer lo mismo, que mi cuñado.

—Pues quien se lo impide señor, usted puede retirarse.

—Sí pudiera retirarme lo haría en su compañía Mi Lady.

—¿Y quién le dijo que deseo retirarme con usted?

—Tal ves sus ojos.

—Usted no ha aprendido que los ojos de una dama pueden decir muchas cosas y a la vez nada.

—Según escuché en la guerra, que los ojos expresan lo que el corazón siente.

—Pues creo señor, que los suyos debían de estar cabizbajos y triste por

haber perdido la dama que su corazón amaba.

Lady Maggie se puso de pie, aprovechando que algunos lo hacia, dejó al señor Frederick solo, caminó con pasos lentos al jardín de la mansión y se apoyó en un árbol.

La dama deseaba llorar, de enojo y frustración al escuchar las palabras de su tía cuando caminaban desde la capilla a la mansión:

—Cúidese de los caballeros hija, cuando saben que una dama es viuda la creen presa fácil.

—¿Por que me dice eso tía?

—He visto como el hijo de los Wadlow la mira, más su madre me comentó, que él estaba muy enamorado de una dama en Francia y era tan grande su amor por ella, que se descarrió por el camino correcto, al parecer hija, usted le agrada, más esa dama posee su corazón, aunque claro está, usted ahora posee ventaja, ya que la dama no está en este mundo.

Lady Maggie comprendió todo, ahora entendía la reacción del caballero, no era porque cuidara a su hermana del Conde, era en verdad, porque el amaba a la joven muerta, eso le desgarró el corazón.

Se refugió en el árbol, apegando su espalda en el.

Había sido una tonta, un caballero únicamente poseía ese odio a otro caballero, cuando se siente que le están quitando lo que le pertenece y ella como una idiota se dejó llevar por sus sentimientos, más él sólo jugaba con ella, como había hecho su difunto y malvado esposo.

El señor Frederick salió al jardín en busca de Lady Maggie, la vio cuando se alejaba por el sendero, adentrándose más a los espesos árboles. Caminó sin prisa, cuando escuchó unos gemidos, la vio recostada en un árbol

con las dos manos en su rostro, cubriéndoselo.

Se aproximó en silencio y tomándola del hombro la aferró a su pecho.

Lady Maggie al principio no reaccionó, más después deseo apartarse de él, diciendo:

—Aléjese de mí.

—¿Por qué me pide eso?

—Usted, usted...

—Sus ojos muchas veces me dicen que le agrado.

—Sólo he sido una tonta.

—No lo es, usted es la dama más hermosa que he visto y además con mucho coraje y astucia.

—¿Eso mismo le dijo a la hermana del Conde?

El señor Frederick comprendió lo que ocurría, así que mirándola a los ojos le explicó:

—Ella no era como usted, es decir, ella se hacia como si fuera una dama inocente, más poseía mucho mundo.

—¿Entonces a usted le gusta las damas que se hacen la inocentes?

—No, me gusta las damas que me enfrenta, que me dice la verdad, la que juega con la mirada y la que me vuelve loco son su sonrisa.

—Ahora me negará usted que estaba enamorado de la hermana del Conde.

—No le niego que creí estarlo, pero en verdad estaba obsesionado con ella, pues fue la primera dama, que me rechazó.

—A diferencia de mi persona que desde que lo conocí le he puesto todo en sus manos.

—No en verdad, si me hubiese puesto todo en mis manos, hoy fuera usted la señora Wadlow.

—No se burle de mí.

—No lo hago, lo que siento por usted es algo más que lo carnal, es una mezcla de admiración, devoción, añoranza, lealtad, libertad y felicidad.

—¿Y qué sentía por la otra dama?

—¿Desea que le sea totalmente sincero?

Ella descendió el rostro al decir:

—Sí.

Más el señor Frederick con un dedo en la barbilla se la levantó e indicó:

—Posesión, la veía como mi propiedad, como un objeto, más a usted, la veo, como a una dama, como mí dama, la que amo, no solamente quiero, la que añoro en mis brazos, no la que simplemente deseo, a la que deseo que sea feliz, la que aspiro hacerla feliz.

Él sin más, se apoderó de sus labios.

Lady Maggie se dejó llevar por la pasión y se aferró al cuello del señor Frederick.

Cuando los dos estaban sin aliento se separaron.

El señor Frederick miró a la dama y le indicó:

—Deseo que sea mi esposa.

—Mis padres no permitirán nuestro enlace.

—En tal caso usted es una dama adulta.

—Sí y viuda.

—Pues podemos enlazarnos en Francia.

—Creo que no me gustaría viajar a Francia después de lo que sé.

Él volvió a besarla, después indicó:

—Marche ahora mismo conmigo a Escocia.

—Eso me gusta más, pues poseo una finca allí.

—Vaya por sus cosas, la pasaré a buscar.

—¿Está seguro de lo que hace?

—Más seguro que nunca.

Y con sus labios le enseñó la seguridad que poseía en su corazón.

Lady Maggie habló con su tía y ella convino en acompañar a la pareja a Escocia, para evitar cualquier incidente en el camino, además, si su hermano se enteraba de que su hija viajaba a Escocia en su compañía, lo vería normal.

Así fue que esa noche el señor Frederick Wadlow se despidió de sus padres y con su bendición marchó a buscar a su amada.

Una semana, después, la prensa anunciaba los enlaces de los Condes de Bute y el de la Marquesa viuda de Northerlo, con el señor Wadlow.

Los padres de la dama no pudieron hacer nada, ya que esa misma semana, falleció el señor Maxim Lewis.

La ahora señora Wadlow y esposo se presentaron al entierro del hermano de la dama y fueron saludados de forma seca por sus padres, más ella se sintió aliviada, ya que por lo menos, la saludaron, en cambio, su hermano mayor, el futuro Duque de Norwich, la abrazó y compartió con ellos y su tía, todo el día.

La señora Violet disfrutaba de la compañía de sus nietos, ya eran siete en total, tres hijos de su hija, Lady Layla: Lady Chantal y sus dos hermanitos, dos de su hija Phoebe: un caballerito y una damita y dos damitas de su hijo Frederick, más la esposa estaba en la dulce espera.

La familia se reunía cada año para las navidades.

La familia Wadlow fue de bendición para todos los que compartieron

con ellos y ellos fueron bendecidos con la alegría de ver crecer a sus nietos y de la felicidad del matrimonio de sus tres hijos.

Hebreos 13:4

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios”. Reina-Valera 1960 (RVR1960)

Lo más hermoso, es honrar a quien uno ama.

Amable lector que su vida sea un instrumento honroso ante Dios y los hombres.

L.C

Fin